

La remolienda
y otras obras de teatro

© 1993, ALEJANDRO SIEVEKING
Inscripción N° 87.924, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por
© Editorial Universitaria, S.A.
Avda. Bernardo O'Higgins 1050. Santiago de Chile.

editor@universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias,
sin permiso escrito del editor.

ISBN 956-11-1843-2

Texto compuesto en tipografía *ITC New Baskerville 10/12*

Se terminó de imprimir esta
OCTAVA EDICIÓN,
de 1.500 ejemplares
en los talleres de Imprenta Salesianos S.A.
General Gana 1486, Santiago de Chile,
en mayo de 2006.

DISEÑO DE PORTADA Y DIAGRAMACIÓN

Paula Díaz Rodríguez

Yenny Isla Rodríguez

www.universitaria.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Alejandro Sieveking

*La remolienda
y otras obras de teatro*

*Prólogo
Eduardo Guerrero*



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Visite nuestro catálogo en
www.universitaria.cl

Índice

Prólogo de <i>Eduardo Guerrero</i>	9
INGENUAS PALOMAS	19
TRES TRISTES TIGRES	69
LA REMOLIENDA	121
MONTAJES DE LAS OBRAS	181

Prólogo

La creación de los teatros universitarios —el 41 el Teatro Experimental de la Universidad de Chile y el 43 el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica— dio lugar en los años cincuenta y sesenta a espectáculos que “revolucionaron” el ambiente santiaguino. Así, fiel a sus propias denominaciones —experimental y ensayo— se preocuparon de desarrollar un repertorio que diera cuenta del estado actual de la dramaturgia universal (Ionesco, Miller, Pinter, Beckett...), sin dejar al margen el interés por la teatralidad de los montajes, considerando la conjunción de los lenguajes involucrados en la puesta.

Este cambio de perspectivas no sólo se manifestó en un mejoramiento gradual de las técnicas de actuación (asimilación de corrientes extranjeras), de un trabajo colectivo en la producción teatral, un manejo más adecuado de los instrumentos físicos, sino que también permitió que naciera un grupo de dramaturgos conscientes de su importante papel protagónico en esta renovación de la escena nacional: “La generación actual es, indiscutiblemente, el resultado del movimiento renovador de 1941. Estos autores nacieron y se van perfeccionando dentro de la permanente labor de los teatros universitarios” (Domingo Piga).

De esta manera, en torno a este proceso, se genera un trabajo dramático en lo que se ha denominado *generación del 50* o *generación de dramaturgos de los teatros universitarios*, y que comienza a dar fruto en los años sesenta, con el aporte de autores como Jorge Díaz, Egon Wolff, Sergio Vodanovic, Isidora

Aguirre, Luis Alberto Heiremans, Alejandro Sieveking, por nombrar los de mayor trascendencia.

Entre el realismo folklórico y el realismo crítico

A pesar de que el grueso de su obra data de antes del golpe militar de 1973 y, en consecuencia, de su partida a Costa Rica, Alejandro Sieveking (1934) sigue siendo un nombre vigente en la escena nacional, no sólo por el estreno o reestreno de algunas de sus más connotadas piezas (con una producción cercana a los treinta títulos), sino por su dedicación ciento por ciento profesional al oficio, tanto como director, actor, profesor, estudioso del teatro. Además, una obra como *La remolienda* —con sus múltiples puestas en escena a lo largo del país— se puede considerar, sin discusión, como un clásico del teatro chileno.

Dentro de los posibles cambios y variaciones de su dramaturgia, siguen siendo plenamente válidas las siguientes palabras de Alejandro Sieveking, publicadas en 1966 en el volumen de *Teatro Chileno Actual*: “Actualmente me siento entre dos corrientes. La primera, un teatro inspirado en el folklore (...). La segunda corriente por la cual me siento profundamente atraído es el teatro social”. De esta manera, sin dejar de lado un primer momento marcado por un realismo psicológico (en obras como *Mi hermano Cristián*, *El paraíso semiperdido*, *Cuando no está la pared*, *Parecido a la felicidad*, *La madre de los conejos*, todas de fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta), es pertinente distinguir dos etapas en la dramaturgia de Sieveking: realismo folklórico-poético y realismo crítico-social.

En relación con este realismo folklórico poético, el propio dramaturgo enfatiza: “Más que nada, nace de un afán de encontrar raíces absolutamente chilenas y de la necesidad de hacer un teatro popular”. Así, el paradigma de esta corriente

lo constituye una obra como *La remolienda* (1965), “pequeño clásico criollista” (Gastón v. d. Bussche). Dentro de esta visión, en su aspecto global, también podemos nombrar otras obras, donde lo popular, lo costumbrista, lo mitológico, pasan a constituirse en elementos significantes: *El cherube*, *Animas de día claro*, *Manuel Leonidas Donaire y las cinco mujeres que lloraban por él* e incluso *La comadre Lola* (1985), cuya historia está ambientada a fines de los años cincuenta en un barrio popular de Santiago.

Por su parte, el realismo crítico-social se inserta en la preocupación por “escribir un testimonio del momento actual”, manifestando un interés tanto en lo estrictamente social como en lo político. Obras como *Tres tristes tigres*, *Peligro a cincuenta metros* (en colaboración con José Pineda), *Cama de batalla*, *Pequeños animales abatidos*, dentro de su diversidad, son buenos ejemplos para recalcar temáticas relacionadas con esta visión de una sociedad, muchas veces, enferma.

La remolienda

La temporada teatral de 1965 fue pobre. Como lo señala *Cri-tilo* en su recuento anual, “el teatro, entre dificultades económicas y preocupaciones de diverso carácter, se limitó a sobrevivir”. De entre los trece estrenos nacionales, destaca el de *La remolienda*, segundo éxito del año después de *El tony chico*, de Luis Alberto Heiremans (dos obras aún vigentes en nuestro panorama teatral). El montaje estuvo a cargo del ITUCH (Instituto de Teatro de la Universidad de Chile), bajo la dirección de Víctor Jara y actuaciones, entre otras, de Bélgica Castro, Mario Lorca, Luis Barahona, Kerry Keller, Sonia Mena, Eduardo Barril, Tomás Vidiella, Tennyson Ferrada, nombres importantes en nuestra escena.

La obra consta de dos actos, cada uno de los cuales —a su vez— está constituido por dos cuadros. En el primer cuadro

del primer acto, en una loma en el campo, al sur de Villarrica, se nos presenta a doña Nicolasa y sus tres hijos, Nicolás, Gilberto y Graciano, quienes se dirigen al "pueulo". Para ellos, este viaje es un verdadero acontecimiento ("no habíamos salido nunca del rancho"), por lo cual se mezcla una sensación de temor con incredulidad, ante tanta maravilla que dicen sobre dicho lugar, entre ellos su difunto padre.

En el segundo cuadro, el autor nos sitúa en el otro espacio, la pista de baile en el patio de la más afamada casa de remolienda de Curanilape. Junto a doña Rebeca —que resulta ser la hermana de doña Nicolasa—, se encuentran tres prostitutas jóvenes, Yola, Isaura y Chepa. A ese lugar, justamente, llegan los tres huasos y su madre y, por tanto, se suscitan una serie de situaciones jocosas. Finalmente, el segundo acto tiene como finalidad consolidar la relación entre las muchachas y los jóvenes, pues es la gran oportunidad de sus vidas: para ellas, una especie de redención; para ellos, el encuentro del amor, en su más amplia pureza.

Lo que más atrae en una obra como ésta es su simpleza, su ingenuidad, la nobleza de espíritu de los jóvenes campesinos. Por el contrario, la aparición de tres hombres borrachos con una mujer desgredada, en busca de la diversión de la supuesta casa de remolienda (ahora las prostitutas están en otra), sirve para acentuar la oposición valórica entre esos dos mundos, una especie de confrontación entre el campo y la ciudad, es decir, valores positivos frente a valores negativos.

También hay que destacar el tono festivo en *La remolienda*, su poesía popular, su chispeante diálogo —con mucho de picardía— y el acierto en el retrato y caracterización de los personajes. En este sentido, la apropiación de Sieveking del lenguaje campesino, con sus salidas, sus expresiones, sus sentencias populares, sus incorrecciones fonéticas, resulta plenamente convincente, por su naturalidad y, más que nada, por transmitir belleza y verdad.

Tres tristes tigres

El grupo independiente "El Cabildo", formado por ex integrantes del Teatro de la Universidad de Concepción (Nelson Villagra, Jaime Vadell, Delfina Guzmán, entre otros), estrenó en 1967, en el Teatro Talía, *Tres tristes tigres*. Poco después, el cineasta Raúl Ruiz realizó una película basada en la mencionada obra.

Tres tristes tigres se inserta —como se indicó anteriormente— en la segunda línea de preocupación temática del autor: la social (realismo crítico). Y en lo específico, en la marginalidad social —con todas las otras marginalidades que ello involucra (económicas, afectivas...)— en que viven algunos seres humanos. En este sentido, hablar de marginalidad social no es algo nuevo en el teatro chileno, sino que asume el papel de temática recurrente desde la década de los sesenta en adelante. Por esto mismo, es válido plantearse la obra en este contexto, sin olvidar que su escritura e inicial puesta en escena tuvo lugar en circunstancias políticas e ideológicas de hace veinticinco años.

La obra consta de dos actos, en el primero de los cuales ya conocemos las motivaciones de los tres personajes centrales, de los "tres tristes tigres", y de sus desesperados intentos por sobrevivir en un medio que les ha cerrado todas las puertas: "tres maderos semipodridos, a la deriva en el río de una vida y de un destino sin sentido" (César Cecchi). De esta forma, su vaciedad existencial, sus frustraciones, sus soledades, sus actitudes decadentes, no son gratuitas, sino que responden, muchas veces en forma violenta y agresiva, a estímulos que la sociedad impone. Por eso, el conflicto dramático que enmarca las diversas situaciones de la obra, está regido por la dualidad Hombre-sociedad.

Rudi es un personaje desenvuelto, ambicioso, arribista, un aparente triunfador en la vida, un ser sin remordimientos de conciencia ante los diversos actos que realiza con el fin de

obtener, sobre todo, beneficios económicos. Esta proyección tiene su punto máximo cuando Rudi confiesa el verdadero motivo que lo ha llevado a asumir ante la vida una actitud muy distinta a la que supuestamente debiera haber asumido: la honradez de su padre no le sirvió para nada; por eso, "en este país hay que ser vivo, ¡eso fue lo primero que aprendí!".

Los otros dos personajes que giran en torno a Rudi también evidencian mediocridad en sus actos: por un lado, Tito, el "hombre invisible" para Rudi, sólo desea escalar posiciones, no para demostrar socialmente su valía, sino que para que Rudi, su empleador, tome conciencia de su decisivo aporte como hombre de confianza: "Yo trabajo con él... Soy una especie de ...de empleada para todo servicio"; por otro lado, Amanda, hermanastra de Tito, vive la decadencia de su papel de vedette venida a menos, en un desesperado esfuerzo por estabilizarse emocional y afectivamente.

En el fondo, Rudi, Tito y Amanda son tres seres que se necesitan y, a su vez, están encerrados en el mundo de sus propios sueños e ilusiones, con el objeto de abandonar la agobiante marginalidad. Esto mismo no les permite romper el círculo de sus propias existencias, de esa historia pasada que con demasiada fuerza los proyecta hacia el futuro: Rudi quiere casarse con Verónica sólo por interés económico; Tito quiere que Rudi lo contrate como vendedor en su negocio de compraventa de automóviles (hasta el momento sólo es una "empleada para todo servicio"); Amanda, que ha sido llevada al departamento de Rudi para que Tito logre sus propósitos, desea prolongar su tumultuosa noche de amor con Rudi, con el fin de estabilizarse, una vez por todas: "tú me dijiste que lo hiciera, que viniera y me conquistara al Rudi pa' pedirle que te probara de vendedor". Al final, estos tres seres flotantes seguirán sumergidos en sus sueños imposibles: los hermanos no logran sus objetivos y Rudi debe dejar el departamento por no haber cancelado el arriendo.

En función de lo anterior, *Tres tristes tigres* es una obra, en cierto sentido, patética, donde confluyen motivos como la soledad, el vacío interior, la sobrevivencia, la ambición, el engaño, la decadencia.

Ingenuas palomas

Estrenada en 1989 por el "Teatro El Carrusel", *Ingenuas palomas* marca el retorno de Alejandro Sieveking, como dramaturgo, a los escenarios chilenos (además, asume la dirección de la obra). Cuenta con las actuaciones de Anita Klesky, Kerry Keller, Bélgica Castro —como las tres hermanas—, Claudia Celedón y Pablo Ausensi.

En el prostíbulo más caro de la costa del Pacífico, ocurre un crimen pasional, en el cual están involucrados Martín y su amante. Ambos mueren. Este hecho genera la acción dramática de *Ingenuas palomas*, pues la obra se inicia cuando las tres mujeres son acosadas por los periodistas para obtener mayor información sobre este suceso de carácter policial (se habla de estrangulamiento y posterior suicidio). A continuación, las tres hermanas de Martín —Antonieta, Amelia y Leontina—, se posesionan físicamente del mencionado lugar, ya que se sienten herederas de las riquezas dejadas por el "tacaño" de su hermano, demostrando con ello la legitimidad de sus aspiraciones ("sacarle un peso era como sacar una ostra desde el fondo del mar"). Pero, frente a ellas, se levanta un gran obstáculo: la presencia inesperada de Loreto, hija de Leontina, encargada justamente de desenmascarar a las tres hermanas, de ubicarlas en su justo sitio. Aún más, por instrucciones de su tío, es la heredera del negocio.

Asistimos, a lo largo de la obra, a un juego "casi" trágico, incluso con una buena dosis de morbosidad: estas "ingenuas palomas" no saben en realidad en qué mundo viven y, por lo tanto, están expuestas —por su misma fragilidad— a ser fácil-

mente pasadas a llevar. Además, cada una de ellas transporta tras de sí una historia en cierta manera corrosiva, lindante con lo grotesco. En palabras de la sobrina, "son pintorescas, por decirlo en forma suave".

Tras la posible sátira a las novelas policiales, como el mismo dramaturgo confesó en su oportunidad, en *Ingenuas palomas* se esconde un mundo subterráneo, de lo no dicho, de las verdades a medias, de las confesiones dolorosas. Es la hora de la sobrevivencia; es la hora de quitarse la máscara y de llegar al fondo de los problemas. Cuando Loreto, por ejemplo, les dice: "Él pensaba que ustedes eran unas sanguijuelas que le chupaban la sangre", les está enrostrando una gran verdad.

En *Ingenuas palomas*, también se vislumbra —indirecta y metafóricamente— una soterrada crítica a los regímenes dictatoriales (en específico, el chileno), con todos sus lenguajes implícitos: lo esperpéntico, lo morboso, lo grotesco, lo oscuro; en lo concreto, Loreto "estubo aquí en la cárcel por sus ideas" y regresa del exilio, desde Holanda. Otro elemento presente en la obra, es el asunto ético, con su moraleja final: a su modo, cada una es culpable.

Las tres obras incluidas en este volumen —*La remolienda*, *Tres tristes tigres* e *Ingenuas palomas*— son una buena instancia para conocer y acercarse a la dramaturgia de Alejandro Sieveking: las dos primeras como paradigmas de sus dos etapas principales y, la última, en la búsqueda de cierto grotesco esperpéntico. Tal vez una nueva veta que está recién comenzando a explorar. Aún existe mucho velo por descorrer.

EDUARDO GUERRERO DEL RÍO
Doctor en Literatura

Agosto de 1993

Ingenuas palomas

PERSONAJES

Amelia

Antonieta

Leontina

Loreto

Gabriel

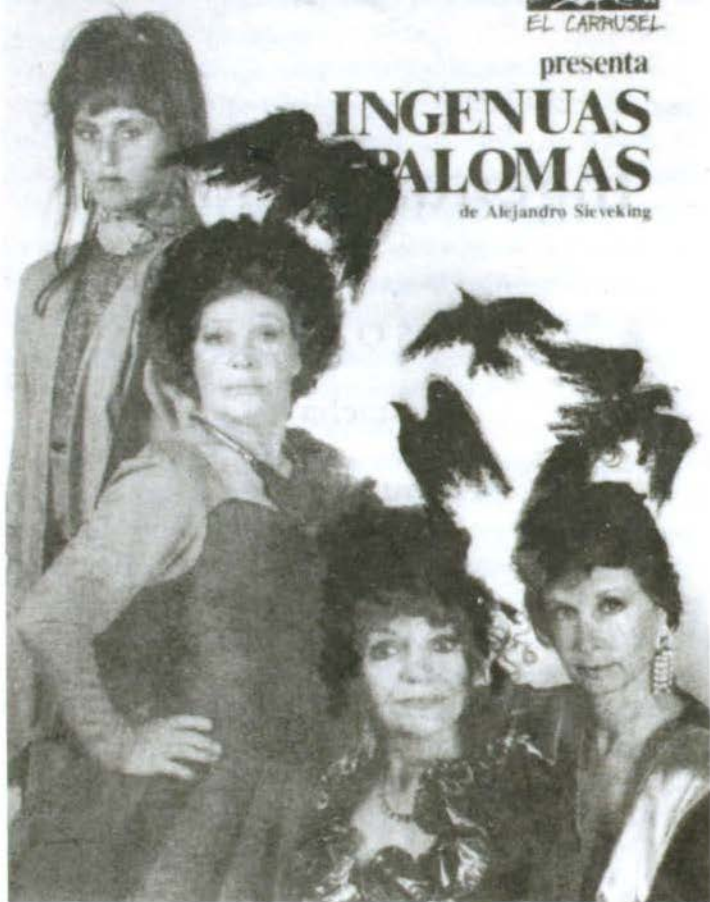
TEATRO

EL CARUSEL

presenta

INGENUAS PALOMAS

de Alejandro Sieveking



Programa del estreno en el Teatro *Galpón*
de Los Leones, abril 1989.

PRIMER ACTO

DE LA OSCURIDAD TOTAL, EMERGEN, DÉBILMENTE ILUMINADAS, TRES MUJERES CON ABRIGOS CORTOS DE PIEL. SON ILUMINADAS VIOLENTAMENTE POR LOS *FLASHES* DE LOS FOTÓGRAFOS Y PERIODISTAS QUE PERMANECEN EN LA SOMBRA, MOVIÉNDOSE ALREDEDOR DE ELLAS. LAS TRES SON MUJERES DE MÁS DE SESENTA AÑOS, ESTÁN BIEN CONSERVADAS Y USAN MAQUILLAJES QUE LAS FAVORECEN, DE MODO QUE SE VEN MUCHO MAS JÓVENES. SE ADELANTAN, TRATANDO DE ESCABULLIRSE DE LOS FOTÓGRAFOS QUE LAS PERSIGUEN.

ANTONIETA —¿Qué les podemos decir?

AMELIA —¿Que es indispensable decir algo?

ANTONIETA —¡Era un hombre maravilloso!

AMELIA —Nuestro hermano menor. Pero, a pesar de eso, era el único apoyo que teníamos.

ANTONIETA —(EMOCIONADA) ¡Un hombre de su casa!

AMELIA —(EMOCIONADA) ¡Tan bueno! ¡Tan correcto!

LEONTINA —Él era...

AMELIA —(ATERRADA) ¡No digas nada, Leontina! ¡Estás tan mal, pobrecita!

ANTONIETA —Los señores entienden, mejor no hables (A LOS PERIODISTAS). Está muy afectada (LEONTINA SONRÍE DESPREOCUPADAMENTE). Era su hermana preferida.

AMELIA —A pesar de que nos adoraba a las tres.

ANTONIETA —¡Nos adoraba! ¡Nos adoraba!

LEONTINA —Dicen que...

AMELIA —(RÁPIDA) ¡Por eso les podemos jurar que no pudo ser como dicen! ¡No se suicidó! ¡Nosotras habríamos sabido algo! ¡Lo habríamos notado! Nos veíamos dos veces a la semana...

LEONTINA —Al mes.

AMELIA —(IRRITADA) ¡A veces nos veíamos dos veces a la semana! (EMOCIONADA) Nos contaba sus negocios. ¡Todo!

ANTONIETA —Todo lo que dicen de él es inventado. ¡Mentiras! ¡Estupideces que no resistirían el menor análisis!

LEONTINA —¿Qué es lo que dicen?

AMELIA —¡No digas nada, Leontina, estás muy afectada!

ANTONIETA —Fue un hombre de una honradez ejemplar. Industrioso...

AMELIA —No, esa no es la palabra.

ANTONIETA —(MOLESTA) ¡Claro que no es la palabra "exacta"! Quise decir que era trabajador, empeñoso. ¡Y un hombre de éxito! ¡No tenía problemas económicos! Bueno... hasta donde nosotras sabemos.

AMELIA —Estaba en este lugar porque... bueno... la propiedad... la casa era suya.

ANTONIETA —Estaría cobrando el arriendo. ¿Qué otra cosa iba a hacer aquí?

AMELIA —Claro que, por supuesto, nosotras no lo sabemos "tooodo", pero, en caso de que hubiera venido a... (AMELIA Y ANTONIETA SE MIRAN, SIN SABER QUÉ DECIR, POR UN SEGUNDO).

LEONTINA —Pudo ser un crimen pasional.

AMELIA —(FURIBUNDA) ¡Imposible! ¿Por qué dices eso? ¡Como si no lo conocieras!

ANTONIETA —Pudo ser un malentendido... ¡una confusión!

AMELIA —Eso sí. Dudo profundamente que un hombre de su cultura, de su fineza, pudiera tener una relación de cualquier tipo con una puta... con una prost... con una persona como...

ANTONIETA —No conocemos el nombre de esa mujer y preferimos no saberlo.

LEONTINA —La única duda que te...

AMELIA —(SE RÍE FUERTE) ¡Lo que nos contaron es increíble!

ANTONIETA —(RISA ESCÉPTICA) ¡Absurdo!

AMELIA —Eso de que él había... estrangulado... a una mujer... esa... mujer... y luego se había...

LEONTINA —(FELIZ DE INTERVENIR)... ¡suicidio!

ANTONIETA —¡No digas nada, Leontina!

AMELIA —(A LOS PERIODISTAS) ¡Ya ven! ¡Las cosas se dicen sin la menor responsabilidad y algo queda! ¡Mi hermana piensa que ese horror podría ser posible!. ¡Y no es cierto!

ANTONIETA —¡Totalmente ridículo! ¡Un hombre como él! ¡Lleno de vida!

LEONTINA —Está muerto, Antonieta.

ANTONIETA —¡Un hombre que corría dos kilómetros todas las mañanas para estar en forma! ¡Estaba a dieta! ¿Estaría a dieta un hombre que piensa suicidarse? ¡Jamás de los jamaes! Un hombre con ese carácter enfrenta sus responsabilidades.

AMELIA —Y suponiendo, sólo suponiendo que la hubiera matado... accidentalmente.

ANTONIETA —La vulgaridad de esa mujer pudo haberlo descontrolado.

AMELIA —Imagínense ustedes, un hombre educado en los mejores colegios. Universitario. ¡Doctorado en los Estados Unidos! Un hombre tan perfecto que nunca pudo encontrar una mujer que estuviera a su altura.

LEONTINA —(INSPIRADA) Un hombre...

ANTONIETA —¡Sí! ¡Sí! ¡Eso!

AMELIA —Disculpennos, por favor. Tengan piedad de nosotras. No sabemos ni lo que hemos dicho... Esto —no estamos acostumbradas a las entrevistas— son palabras, solamente. No deberíamos haber dicho nada porque no sabemos nada.

ANTONIETA —Sólo estamos seguras de lo que NO PUDO PASAR.

AMELIA —Eso es todo.

ANTONIETA —Perdonen.

AMELIA —Eso es todo.

ANTONIETA —¿Nos disculpan?

AMELIA —No tenemos nada más que decir. Por favor...

ANTONIETA —Con permiso. Gracias (LOS PERIODISTAS SE RETIRAN.

ELLAS NO SE MUEVEN. LAS LUCES SUBEN. ESTÁN EN UN SALÓN DE CONFERENCIAS. A LA IZQUIERDA UNA GIGANTESCA MESA DE MADERA CON DOS GRANDES SILLONES EN LOS EXTREMOS Y DOS SILLAS DE LA MISMA LÍNEA A CADA LADO. A LA DERECHA UNA LICORERA QUE, EVIDENTEMENTE, HA SIDO REGISTRADA, LAS POCAS COSAS QUE CONTIENEN ESTÁN EN DESORDEN O EN EL SUELO. ENTRE ESAS COSAS TRES PELUCAS COLORINAS, BOLSAS DE TIENDAS DE ROPA FEMENINA. AL FONDO UN ENORME CUADRO DE INTENCIÓN ERÓTICA. SOBRE LA MESA Y SOBRE EL SILLÓN DE LA EXTREMA IZQUIERDA HAY LÍNEAS BLANCAS COMO LAS QUE DELÍNEAN EL CONTORNO DE LOS CUERPOS EN EL LUGAR DE UN CRIMEN RECIENTE. CERCA DE LA LICORERA HAY OTRA SILLA, CAÍDA. ENTRADAS O PUERTAS AL FONDO, DE PERFIL AL PÚBLICO. CERCA DE LA SALIDA DE LA DERECHA OTRA SILLA CAÍDA. EL LUGAR DEBE DAR LA SENSACIÓN DE LUJO Y SER UN POCO SINIESTRO AL MISMO TIEMPO, POR EJEMPLO BALDOSAS NEGRAS BRILLANTES, MUEBLES NIQUELADOS O GRISES. AL ENCENDERSE LAS LUCES AMELIA PARTE PASEÁNDOSE, FRENÉTICA).

AMELIA —¿Cómo pudimos perder el control en esa forma?

ANTONIETA —Hablabas y hablabas. No había manera de callarte.

AMELIA —¿Y tú? No lo hacías nada de mal. Yo traté de ser sincera (LEONTINA SE ACERCA AL SILLÓN DE LA IZQUIERDA).

ANTONIETA —¡Falsa como la muerte!

AMELIA —¿Qué importa? ¿A quién le importa? ¡Supongo que entenderán!, ¿no? No es algo que le pase a una a cada rato (ANTONIETA LEVANTA LA SILLA DEL FONDO).

ANTONIETA —Ya pasó. Podrías calmarte.

AMELIA —¿Calmarme? (SE RÍE, FURIOSA) ¿Calmarme? ¡Estamos arruinadas! ¡Arruinadas! ¿Qué va a ser de nosotras ahora? ¿Qué vamos a hacer? ¡¡Dime, pues!!

ANTONIETA —Todavía no entiendo lo que pasó.

LEONTINA —(SENTADA EN EL SILLÓN DE LA IZQUIERDA) Aquí lo hizo. Está marcado donde estaba el Martín (APOYA LA CABEZA EN LA MESA). Aquí. Estaba aquí.

AMELIA —¡Sal de ahí!, ¿quieres?

LEONTINA —Se mató por ella.

AMELIA —Me siento mal. ¡Este lugar me da un asco atroz! No podría tocar nada. Tengo la sensación de que hasta las sillas están infectadas.

ANTONIETA —Hay olor a cigarrillo (LEONTINA SE SUBE A LA MESA). Lo que se huele aquí es la muerte (LEONTINA SE TIENDE EN EL LUGAR MARCADO).

AMELIA —¡Es asqueroso! ¡Un antro!

ANTONIETA —¿Qué clase de lugar es éste? (LEVANTA LA SILLA CAÍDA CERCA DE LA LICORERA) Parece una oficina. Todo lo contrario de lo que yo esperaba.

AMELIA —¡Repugnante! ¡Mira ese cuadro! ¡Mira ese cuadro, por favor!

ANTONIETA —¿Qué cuadro? (LO MIRA) ¡Qué atroz!

LEONTINA —Ella estaba aquí. Con un traje rojo y medias negras. Traje rojo y medias negras. Me habría gustado verla.

AMELIA —(A ANTONIETA) ¿La oyes? No parece sufrir mucho por su hermanito querido, ahora.

ANTONIETA —Fue un dolor pasajero. Todo es pasajero.

AMELIA —(SE ACERCA A LA MESA, ENOJADA) ¿Te habría gustado ver qué? ¿Estás loca?

ANTONIETA —(SENTÁNDOSE, AL FONDO) ¿Para qué pierdes el tiempo? No entiende.

LEONTINA —Un traje rojo, ¿se imaginan? Estrangulada con un traje rojo.

AMELIA —Típico de las rubias teñidas.

LEONTINA (ENDEREZÁNDOSE) No era rubia. Era colorina.

AMELIA —¿De adónde sacaste eso?

LEONTINA —Alguien dijo...

AMELIA —¿Y tú crees algo de lo que dicen? Si es por eso, también dicen que él la mató porque ella lo contagió de Sida.

ANTONIETA —Que ella lo estaba chantajeando por un tráfico de drogas. Que era homosexual. Que tenía cáncer.

LEONTINA —¿Y no podría ser cierto?

AMELIA —¿Qué cosa? ¿Cuál de todas?

LEONTINA —Alguna.

ANTONIETA —No le hagas caso, Amelia.

LEONTINA —(SENTADA AL BORDE DE LA MESA) El cáncer es un virus que llega a nuestro planeta sumergido entre las corrientes electromagnéticas de la constelación de Cáncer y se aloja en el cuerpo vital antes de pasar al cuerpo físico. El cáncer es el Karma a que se hacen acreedores los que desobedecen el sexto mandamiento que nos ordena...

AMELIA y ANTONIETA —(LATEADAS) ¡No fornicar!

LEONTINA —No fornicar. O sea... no botar las aguas vivas.

AMELIA —¡No empieces con eso, ¿me quieres hacer el favor?!

ANTONIETA —No creerás que el Martín fornicaba con esa mujerzuela.

LEONTINA —No sé... en las fotos se ve atractiva. Pero enferma.

AMELIA —¡Asquerosa!

LEONTINA —Y el Sida se produjo por la combinación de los gases de las bombas atómicas subterráneas que se mezclaron con las emanaciones del Infierno y por eso no tiene ni tendrá remedio. Eso está demostrado.

AMELIA —¡No digas más burradas! ¡El Martín no tenía Sida, ni era loca, ni tenía ninguna razón para matarse!

LEONTINA —¿Estás segura? (AMELIA SE DESCONCIERTA UN INSTANTE)

AMELIA —¡Lo único que sabes es hablar del Karma y del cuerpo vital y de fornicar! Este asunto está muy lejos de tu posibilidad de comprensión, así es que si no dices algo con sentido más vale que te quedes callada. Así, por lo menos, pareces normal (LEONTINA SONRÍE REPENTINAMENTE).

LEONTINA —Un traje rojo, ¿se imaginan? (SE LLEVA LAS DOS MANOS AL CUELLO) ¿Sería terciopelo rojo o seda roja? ¡Es tan distinto!

ANTONIETA —(SE LEVANTA) ¿Y si alguien lo mató y después la mató a ella y los pusieron ahí? ¿Y si lo hubiera hecho otro?, ¿ah?

AMELIA —¿Quién se iba a tomar la molestia? ¿Y para qué?

ANTONIETA —Por venganza, por envidia, por celos, por odio. Esa mujer era una puta.

LEONTINA —¡No digas malas palabras aquí!

ANTONIETA —¡No seas ingenua! "Aquí" lo único que se decían eran malas palabras. Este lugar es una especie de prostíbulo. Hacían *shows* con mujeres y hombres desnudos haciendo eso que tú sabes.

AMELIA —Eso que tú has hecho.

LEONTINA —¡Uf! ¡Pero fue hace muchos años atrás!

AMELIA —¡Pero lo hiciste!

LEONTINA —Con mi marido...

ANTONIETA —(CON SONRISA PÉRFIDA) Ja-Ja.

LEONTINA —...sin placer, para la gloria del Señor.

AMELIA (SONRISA ESCÉPTICA) ¿Sin placer?

ANTONIETA —(SONRISA ESCÉPTICA) ¿Sin ningún placer?

LEONTINA —Lo que Dios te da es bueno... hacer el amor para tener hijos que le canten desde el fondo de su corazón cuando tú te hayas ido. Y cantarán con mi voz cuando... (SE SACA EL ABRIGO) Si ustedes no lo hicieron no fue por falta de ganas, fue porque nadie se los pidió.

AMELIA —¡ja!

ANTONIETA —¡ja-ja!

AMELIA —Ingenua paloma.

ANTONIETA —(A AMELIA) No sabe en qué mundo vive.

AMELIA —Te crees única en el mundo.

ANTONIETA —Cuando vimos como te iba con tu marido decidimos que era mejor morir solteras.

AMELIA —Ya no te acuerdas, pero eras distinta, antes de casarte. Eras hasta... medianamente inteligente. Como to-

dos. Pero Danilo te cambió. En la primera pateadura te quebró las costillas, en la segunda fue un brazo y, en la tercera... te golpeó aquí... (LE TOCA LA FRENTE). Ahí cambió todo, ¿no?

LEONTINA —Yo soy feliz.

ANTONIETA —Claro (A AMELIA). Eso es cierto. Es feliz.

AMELIA —¡Porque no entiende!

LEONTINA —Yo entiendo.

AMELIA —¿¿Qué?! ¿¿Qué es lo que entiendes?! (SE RÍE FUERTE)
¡La vida! ¡Seguro que entiendes la vida!

ANTONIETA —Es mejor que te tranquilices, Amelia. Estás “desafinando”, para usar tus propias palabras.

AMELIA —(ENTRE DEPRIMIDA Y FURIOSA) Sí. Es cierto. Todo, todo me ha salido mal desde ayer en la mañana. Me levanté y estaba lloviendo.

LEONTINA —Pero te volviste a acostar.

AMELIA —¡Claro! ¡No estoy en edad de luchar contra la naturaleza! La pérfida me ataca por todas partes. Sentía las articulaciones como de madera, los huesos de la cara como si me hubieran crecido.

LEONTINA —(SONRISA DE COMPRENSIÓN) Un anticipo de la muerte.

AMELIA —(LA MIRA CON LÁSTIMA) Cuando se trata de levantar el ánimo eres la reina. Después me puse los lentes de contacto y algo pasó. Seguro que me había olvidado desinfectarlos. Estaban como agresivos conmigo. Me puse el traje equivocado, me veía pésimo. Y maldije nuestra suerte mediana, mediocre, que hace que seamos tan correctas, gente bien, pero pobres (SE LEVANTA, INDIGNADA). ¡Trajes que hacemos durar tres años! ¡Estar a la moda una vez cada tres años! ¡Como para podrirse! No tengo nada nuevo encima desde hace años, aparte de las medias, ¿y por qué?

LEONTINA —Yo rezo y mi voz llega hasta el cielo.

AMELIA —Hasta el techo solamente, mi linda. No más allá.

ANTONIETA — (CERRÁNDOSE EL CUELLO DEL ABRIGO) Puras tonterías.

AMELIA —Entonces me llamó la Loreto (LEVE PAUSA).

LEONTINA —(SE ENDEREZA) ¿La Loreto?

ANTONIETA —¿Desde Holanda?

AMELIA —Está aquí.

LEONTINA —¿Y no me ha llamado?

AMELIA —Te estoy diciendo que me llamó.

LEONTINA —¿Y por qué a ti?

ANTONIETA —¿Por qué a ti antes que a mí?

AMELIA —Les mandó saludos (EMPIEZA A SACARSE EL ABRIGO).

LEONTINA —(MISERABLE) Yo soy su madre.

ANTONIETA —Yo, en persona, le revisé las tareas y la llevé a la Universidad, paso a paso.

AMELIA —(DEJANDO SU ABRIGO SOBRE EL RESPALDO DE UNA SILLA)

No nos vamos a poner a discutir ese problema en este momento. Si la Loreto no les tiene confianza es porque piensa de otro modo que ustedes.

ANTONIETA —¿Que tú piensas como ella?

LEONTINA —¿Y cómo sabe lo que pensamos? Nunca hablábamos... Casi nada. No hablábamos casi... Viene desde tan lejos sin avisar siquiera.

AMELIA —¿Le escribiste alguna vez en estos años?

LEONTINA —¡Sí! Una vez... Traté de explicarle la Biblia, la importancia de entender la Biblia, porque nadie entiende la Biblia y si alguien la hubiera entendido no habrían crucificado al Señor de Gloria, como dice San Pablo en la primera carta a los Corintios, capítulo segundo, versículo séptimo. Eso no me costaba tanto. Es algo claro, ¿no?... Pero... después... usar mis propias palabras... Se me confunden... No sé si exagerar se escribe con jota o con ge... y las ideas... Yo no tengo ideas. ¡Y no le iba a estar diciendo que la quiero!, ¿no? ¡Eso se da por descontado! ¡Soy su madre! Las madres ... Todo el mundo sabe. Lo único... no me atreví. Preguntarle por qué se fue. El marido estaba muerto, perdido, desaparecido desde hacía tanto tiempo. Nos tenía a nosotras solamente.

ANTONIETA —El marido le metió ideas raras en la cabeza, esas cosas de política, le hizo un lavado de cerebro. La alejó de nosotras.

LEONTINA —Sí, la alejó.

AMELIA —Eso hizo.

ANTONIETA —Y se va, haciéndose la ofendida, como si nosotras...

AMELIA —¿Qué haces tú con esa gente?

ANTONIETA —¿Qué haces?

LEONTINA —¿Qué haces?... Es como un remolino (LEVE PAUSA).

ANTONIETA —(SE SACA EL ABRIGO Y LO VA A DEJAR SOBRE LA SILLA DEL FONDO) Jamás fuiste una madre ni medianamente aceptable, Leontina. Pero es lo más comprensible del mundo. Después de tu experiencia matrimonial es un milagro que andes suelta por la calle y digas cosas más o menos coherentes. ¡No te estoy atacando! ¡Todo lo contrario! (A AMELIA) Lo que quiero decir es que la Loreto sabe que esta pobre no es normal y, sin embargo, no llama a su madre. No. Te llama a ti y le manda saludos a su madre. Su pobre madre enferma (LEONTINA RASPA CON LA UÑA UNA PARTE DE LA MESA). ¡No hagas eso, estúpida! ¡Eres muy brutal!, ¿no? ¿Qué estás haciendo?

LEONTINA —¿Esto es sangre? (LAS OTRAS SE ACERCAN A MIRAR).

AMELIA —(CON ASCO) Parece.

ANTONIETA —Sangre seca.

LEONTINA —¿Sangre de Martín?

ANTONIETA —Es lo más probable.

AMELIA —(APARTÁNDOSE) ¡Qué atrocidad! ¡Deberían de haber limpiado bien! ¿No hay gente aquí? ¿No hay empleados? (ANTONIETA TOCA UN TIMBRE QUE HAY JUNTO A LA PUERTA DE LA DERECHA)

ANTONIETA —Listo.

AMELIA —¿Qué haces?

ANTONIETA —Ese era un timbre. Alguien vendrá.

AMELIA —¿Tú crees?

ANTONIETA —No seas ingenua. ¿Crees que nos han dejado solas aquí? ¿Crees que estamos solas?

AMELIA —Más bien no.

ANTONIETA —¿De qué estábamos hablando?

AMELIA —¡No sé! ¡No sé! (A LEONTINA) Cuando se trata de cambiar de tema eres la reina.

LEONTINA —¿Qué es exactamente sadomasoquismo?

AMELIA —¿Exactamente? ¡Uf!

ANTONIETA —Sadomasoquismo es lo que hacía tu marido contigo. ¿Para qué preguntas algo que sabes tan bien? ¿Se te olvidó?

LEONTINA —Sí.

AMELIA —¿Se puede olvidar lo que se sabe? (SE MIRAN, INMÓVILES EN SILENCIO) Sí. Se puede. Me consta (GOLPES EN LA PUERTA DE LA IZQUIERDA).

ANTONIETA —¡Adelante! (ENTRA GABRIEL, ES UN JOVEN, MUY BUEN MOZO Y MUY ATRACTIVO)

GABRIEL —Buenas noches.

AMELIA —Buenas noches...

ANTONIETA —¿Ya es de noche? Ah, sí.

LEONTINA —(LO MIRA, FASCINADA) Buenas...

AMELIA —Usted trabaja aquí, me imagino.

GABRIEL —Sí, señora.

AMELIA —Somos las hermanas de don Martín.

ANTONIETA —Las herederas... Las hermanas.

AMELIA —Hay una mancha de sangre en la mesa. No la han limpiado.

GABRIEL —Nos tenían prohibido tocar nada en este salón, señora. Ni siquiera podíamos entrar desde que...

ANTONIETA —Sí, sí, lógico.

AMELIA —Pero si nos dejaron entrar a nosotras es porque esa prohibición ya no corre. Límpiela, si me hace el favor.

ANTONIETA —O mándela limpiar, si no le corresponde a usted hacer ese tipo de cosas.

GABRIEL —Sí, señora, también hacemos el aseo.

ANTONIETA —¿También?

GABRIEL —Sí, señora.

ANTONIETA —(RÁPIDA MIRADA A AMELIA. LEVE SONRISA) ¿Qué más hacen?

GABRIEL —Atendemos las mesas y trabajamos en el *show*.

ANTONIETA —Ah (LEVE PAUSA EN QUE LO MIRAN FIJAMENTE).

AMELIA —Entonces... límpiela, ¿quiere? Está ahí (INDICA). Por ahí.

GABRIEL —Muy bien, señora (VA A SALIR).

LEONTINA —¿Cómo se llama?

GABRIEL —Gabriel, señora (SONRÍE. ESPERA. SALE).

LEONTINA —(INSPIRADA) El Arcángel San Gabriel anunció a María: "Salve, muy favorecida, el Señor es contigo. No temas porque has hallado gracia cerca de Dios". Entonces María dijo: "He aquí la sierva del Señor". Y el Ángel se fue.

AMELIA —¿Habías pensado en eso, Antonieta?

LEONTINA —Reina y Madre de Misericordia...

AMELIA —Somos las herederas...

LEONTINA —Vida, vencedora de todas las batallas de Dios...

ANTONIETA —(TRATA DE NO SONREÍR) Sí, se me pasó por la mente.

LEONTINA —Señora de los Ejércitos...

ANTONIETA —Pero me parecía horrible tocar el tema, cuando todavía...

LEONTINA —Abogada nuestra...

ANTONIETA —Bueno, el pobre Martín todavía no está enterrado.

AMELIA —La Loreto también será heredera, ¿no?

LEONTINA —A ti llamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos... (SUSPIRA) ¿No les pareció terriblemente buen mozo?

ANTONIETA —¿Qué dices?

LEONTINA —Que Gabriel es buen mozo.

AMELIA —¿Qué tiene de buen mozo, me quieres decir? Es un roteque. Y mejor ni hablar de lo que hacen él y los demás que trabajan aquí.

LEONTINA —¿Qué hacen?

AMELIA —¿Que no oíste a la Antonieta?

ANTONIETA —Los hombres hacen *striptease* los días martes para las señoras.

LEONTINA —¡No puede ser!

ANTONIETA —¡No me oyes! ¡Nunca me oyes! ¿En qué mundo vives?

LEONTINA —¿Los martes? (LEVE PAUSA) ¿Qué día es hoy?

ANTONIETA —Y según he oído, los jueves era de hombres y mujeres revueltos. Ese era el día más caro.

AMELIA —¡Es increíble que permitan esas cosas! ¡Es asqueroso! ¡No lo entiendo, sencillamente no lo entiendo!

LEONTINA —¿Y ustedes creen que Martín era una especie de regente de esta casa?

AMELIA —¡Jamás lees un diario! Sólo ves los noticiarios de la tele. Entre eso y los golpes de tu marido no es raro que estés como estás.

ANTONIETA —(SE RÍE) ¡Yo sé que no debería reírme, pero no puedo evitarlo! Después de llevar esta vida de convento, ahorrando como pordioseras, podremos comprarnos ropa, mucha ropa. ¡Podremos comprarnos una *boutique* entera para cada una! A ustedes no les importa lo mal que vivimos porque tú (a AMELIA) te lo pasas tomando, y tú (a LEONTINA) rezando, o en la luna. Pero yo veo los avisos de la televisión y salen departamentos desde donde se ve como aparece el sol por la cordillera nevada y cómo se pone sobre un mar cubierto de veleros y jóvenes tostados que hacen *surf* y *windsurf*. ¡Vuelan sobre las olas! La vida podría ser distinta. Podría ser divertida.

AMELIA —Estamos viejas. Es muy tarde.

ANTONIETA —Yo no estoy vieja. Y era peor la idea de ser viejas sin plata.

AMELIA —¿Era tan rico? ¿Será verdad?

ANTONIETA —Este es el prostíbulo más caro de la costa del Pacífico. ¡Hasta tenían clientes japoneses! Eso es lo menos que dicen.



Escena de *Ingenuas palomas* en que figuran: Loreto (Claudia Celedón), Antonieta (Anita Klesky), Amelia (Kerry Keller) y Leontina (Bélgica Castro).

AMELIA —¡El hipócrita! Y a nosotras nos tenía como monjas. A pan y agua. (A LEONTINA) ¿No te quería tanto a ti? ¿No eras su hermanita regalona?

ANTONIETA —Descuidaste a tu propia hija por él y te tenía vestida como a una empleada, comiendo carne una vez a la semana, y sacarle un peso era como sacar una ostra desde el fondo del mar. ¡Y a su amiguita la vestía de seda roja!

AMELIA —¡Seda roja!

LEONTINA —Bueno, sí... Pero a ella la estranguló y a mí no.

AMELIA y ANTONIETA —(SUSPIRAN, CANSADAS. SE MIRAN. SE RIEN)
¡Somos ricas!

ANTONIETA —¿Calculas cuánto vale este edificio?

AMELIA —Es sólo un poco menos que el Club de la Unión.

ANTONIETA —¡Claro! ¡Aquí la Unión era en otro sentido! (SE DOBLAN DE LA RISA)

LEONTINA —Era un hombre bueno.

ANTONIETA —¡Un tacaño!

AMELIA —¡Un vicioso! ¡Mira ese cuadro! ¡Mira ese cuadro, por favor!

LEONTINA —Ese sería el gusto de ella, de la colorina. Martín era un hombre tan fino... Y está muerto, no se olviden de eso. Está muerto. Lo tendrán en una sala de la morgue y lo estarán abriendo y examinándole el corazón y las venas, escarbando en su cerebro. Pero igual no van a armarlo de nuevo. Lo que fue el Martín se terminó para siempre. Y está pagando sus culpas, el pobrecito, en el mismísimo infierno.

AMELIA —Cuando se trata de amargarnos la vida eres la reina, eso hay que reconocértelo. Te queda poco tiempo, aprovéchalo. Apenas hagamos la repartición, adiós. ¡Chao!

ANTONIETA —Será fácil. Mañana mismo podríamos poner un aviso para vender esta casa.

AMELIA —Necesitamos un abogado.

ANTONIETA —Cada una con su plata y a gastarla como mejor le parezca.

LEONTINA —Después de esto no podremos volver a mirar a la gente a la cara.

AMELIA —Después que se sepa la plata que tenemos, la gente andará mirando ansiosa qué cara les ponemos.

LEONTINA —Esto no va a terminar bien. Yo sé que no (GOLPES EN LA PUERTA). Dile que entre.

AMELIA —¿Por qué no se lo dices tú? (LEONTINA SE SIENTA, ATRÁS.

AMELIA SE SIENTA EN PRIMER PLANO)

ANTONIETA —Adelante (ENTRA GABRIEL. TRAE UN BALDE DE PLÁSTICO COLOR ROSADO Y UN ESTROPAJO).

GABRIEL —Con permiso... ¿Dónde está la... la mancha?

ANTONIETA —(INDICA) Ahí (SE SIENTA EN EL SILLÓN, A LA DERECHA DE LA MESA. GABRIEL LIMPIA). La señora que administraba aquí... ¿cómo era?

GABRIEL —(LIMPIANDO) Bonita... Era colorina.

ANTONIETA —Teñida, seguro. Una morena teñida de colorina.

GABRIEL —(ENOJADO) ¡No! ¡No era teñida! (SILENCIO. LO MIRAN)

ANTONIETA —(CON SONRISA CRÍTICA) Bueno... no es como para ponerse nervioso. Da lo mismo. Es decir "a nosotras" nos da lo mismo.

GABRIEL —(INSEGURO, TRATANDO DE DISIMULAR EL EXABRUPTO) Era... colorina. Pecosa. La piel... la piel era como transparente... Ella era... pero después se puso canosa y se ponía pelucas.

ANTONIETA —Ah.

AMELIA —¿Pelucas?

ANTONIETA —No era una mujer joven, entonces.

GABRIEL —¡Se veía joven!

ANTONIETA —(SONRÍE) Y atractiva.

GABRIEL —Sí... Las pelucas están... (MIRA HACIA LA LICORERA) ¡en el suelo! (VA A RECOGERLAS) ¡Cómo las dejaron! ¡Toda la casa está igual! (GUARDA LAS PELUCAS EN LA LICORERA)

ANTONIETA —¿Varias pelucas? ...Dígame, Gabriel. Esta señora Corina... (AMELIA Y LEONTINA LA MIRAN, EXTRAÑADAS) eh... (SONRÍE) ¿Se llamaba Corina, no? (GABRIEL ASIENTE) Esta señora tan especial que despertaba tal PASIÓN entre sus empleados...

GABRIEL —¿Pasión?

ANTONIETA —¿No?

GABRIEL —Respeto.

ANTONIETA —Ah. Debe de haberles pagado bien.

GABRIEL —Era una buena patrona.

ANTONIETA —¡Buen sueldo!, ¿ah?

GABRIEL —Y mucho trabajo.

ANTONIETA —Por lo que hemos sabido "intenso" y... (RISA ENTRE DIENTES) "desgastador".

GABRIEL —Es un trabajo como cualquier otro.

ANTONIETA —¿*Striptease* masculino y bailes eróticos en pareja?

GABRIEL —(SONRÍE SIN VERGÜENZA NI PETULANCIA) Sí, también.

ANTONIETA —¿Usted lo hacía?

GABRIEL —Sí, señora (VUELVE HACIA LA MESA).

LEONTINA —¿Ha leído la Biblia?

GABRIEL —Eh... Vi la película.

LEONTINA —¿Y la entendió?

GABRIEL —(DESCONCERTADO) Sí... o sea...

LEONTINA —No se preocupe, todos tenemos un nivel diferente de nuestro ser interior profundo.

AMELIA —No te pongas latosa, Leontina.

LEONTINA —El hombre está divorciado de la divinidad a causa de la caída de Adán y Eva. O sea... el hombre, al caer en este mundo de sólo tres dimensiones: largo, alto y ancho... (ESTÁ PEGADA A GABRIEL)

AMELIA —Y aburrido. (LEONTINA LA MIRA. SONRÍE. MIRA A GABRIEL)

LEONTINA —Vuelvo atrás. Es importante que me entienda. El hombre, al caer en este mundo de tres dimensiones, descubrió y estableció leyes basadas en la lógica. Y como la lógica está limitada a tres dimensiones únicamente, no sirve para comprender el sentido oculto, de sabiduría y de magia de la Biblia.

AMELIA — (A GABRIEL) O sea que no entendemos la Biblia, ¿se ubica?

LEONTINA —No la entendemos.

AMELIA —De acuerdo. Ahora siéntate.

ANTONIETA —(SE MIRA LAS MANOS. MIENTRAS TANTO LEONTINA VUELVE A SUBIRSE A LA MESA) No le vamos a negar que estamos bastante choqueadas con lo que ha pasado y... lo que se dice de este lugar... ¡Es muy incómodo para nosotras! No estamos acostumbradas a estos... ambientes.

AMELIA —¿Qué estás haciendo?

ANTONIETA —(VE DE PRONTO A LEONTINA, QUE ESTÁ TENDIDA AL LADO SUYO Y SE ASUSTA MUCHO) ¡Ayy! (SE HA LEVANTADO DE UN SALTO) ¡Bájate de ahí!

LEONTINA —La mató aquí. Ella estaba con un traje rojo de seda. Así (SE HACE LA MUERTA).

AMELIA —Supieras lo ridícula que te ves, te bajarías inmediatamente de esa mesa.

LEONTINA —(ENDEREZÁNDOSE, A GABRIEL) ¡El Gnosticismo Científico Revolucionario es la única forma de entender la Gran Manifestación Cósmica que nos rodea!

ANTONIETA —(CON GABRIEL LA AYUDAN A SENTARSE AL BORDE DE LA MESA) Sí, sí. No te agites más.

AMELIA —(A GABRIEL) Todo esto que ha pasado fue un golpe terrible para nosotras. Sobre todo para ella.

GABRIEL —Me imagino. Yo entiendo, señora (LEONTINA SE PONE DE PIE, SOBRE LA SILLA).

LEONTINA —¿Entiende?

GABRIEL —Sí, señora.

LEONTINA —Eso es maravilloso. (LE PONE LA MANO EN LA CABEZA) Entonces usted todavía tiene salvación. (AMELIA SE RÍE, INCÓMODA. ANTONIETA Y GABRIEL AYUDAN A LEONTINA A BAJAR DE LA SILLA. LEONTINA SE SIENTA)

AMELIA —Hay una anécdota de mi hermana que no puedo dejar de contarle para que la entienda. Iba en una micro atroz, llena de gente igualmente desvencijada, maleantes, mafiosos, lumpen-lumpen, ¿se ubica? Y de repente, la Leontina ve que un tipo le ha metido la mano en la cartera y le dice, aterrada: “¿Qué me está ECHANDO?” (AMELIA Y ANTONIETA SE RÍEN)

ANTONIETA —¿No la halla amorosa?

AMELIA —¡El despiste total! El ladrón le estaba robando hasta los anteojos de leer y ella pregunta: “¿Qué me está echando?” (SE RÍE. SE APARTA) ¡Qué diría Freud!

ANTONIETA —A mí el chiste que más me gusta es el de Gourdief. No tiene nada que ver con la Leontina, ni con nosotras... O, a lo mejor, sí. O, a lo mejor, tiene que ver con todo el mundo. Gourdief era un tipo que buscaba la razón de la existencia, el sentido de la vida, ¿entiende? Uno que no se conformaba con que el té inglés es el mejor que hay y que la ropa francesa es la más bonita. No sé si me

entiende. ¡La verdad o nada! Y este hombre va a Egipto y de Egipto lo mandan a la India y de la India al Tibet y del Tibet al Nepal y en todas partes preguntaba: “¿Dónde está la felicidad? ¿Qué es la felicidad?” Y nadie sabía. ¡Nadie! Pero seguía buscando. Y por último llega al fin del mundo. Ya estaba a punto de perder las esperanzas cuando le dicen: “En medio del desierto hay un oasis y en el oasis vive un hombre. Él sabe, porque lo sabe todo”. Y allá fue Gourdief al desierto, al oasis. Y encuentra una casita miserable y golpea la puerta. Y le abre un viejito viejísimo y le muestra un jardín bastante raquítico, una monada para estar en medio del desierto, pero roñoso, en todo caso. Y Gourdief le pregunta: “¿Usted sabe lo que es la felicidad?”. Y el viejito sonríe y le dice: “La felicidad es este jardín”. Y los dos miran el jardín. Y de repente el viejito se asusta y le dice: “¿O no?” (AMELIA Y ANTONIETA SE RÍEN. GABRIEL Y LEONTINA SONRÍEN)

AMELIA —¿O no? ¡Es para matarse!

LEONTINA —(A GABRIEL) En realidad ese no es un chiste exactamente.

ANTONIETA —(SERIA) ¡Si lo explicas, te mato!

LEONTINA —No lo iba a explicar. Iba a contar otro chiste.

AMELIA —Espero que no sea el mismo de siempre.

LEONTINA —Él no lo sabe.

ANTONIETA —¿Cómo sabes que no lo sabe?

AMELIA —¿Conoce el chiste del niño optimista y el niño pesimista?

GABRIEL —No.

LEONTINA —(FELIZ) Bueno...

AMELIA —(LA INTERRUMPE) Pero seguro que sabe algunos chistes, ¿no?

GABRIEL —(SONRÍE) ¡Claro!

ANTONIETA —¿Se pueden contar? Quiero decir, ¿se pueden escuchar?

GABRIEL —No son chistes para señoras.

ANTONIETA —(INDICA A LEONTINA) Ella es la única señora en este grupo. Cuénteme.

LEONTINA —Bueno, voy a contar el chiste. Había una vez dos hermanos, uno de ocho años, que era optimista, y uno de nueve, que era pesimista.

AMELIA —Leontina, te hemos dicho miles de veces que no tiene ninguna gracia.

ANTONIETA —(MIRA SU RELOJ) ¿Saben qué hora es?

LEONTINA —(A AMELIA) Yo te dejé contar tranquilamente esa tontería del “¿Qué me está echando?”. Ahora me toca a mí (HA ENTRADO SILENCIOSAMENTE UNA MUJER DE TREINTA Y TANTOS AÑOS, MÁS QUE LAS HERMANAS, FACHA DE EUROPEA. PELO MUY CORTO, UN GRAN BOLSO Y UNA ENORME CÁMARA FOTOGRÁFICA).

AMELIA —(MOLESTA, AL VERLA) ¡Más periodistas! (LEONTINA Y ANTONIETA SE HAN QUEDADO MIRANDO A LA MUJER COMO SI LA CONOCIERAN Y NO RECORDARAN QUIÉN ES)

LORETO —Soy la Loreto, tía.

LEONTINA —(CORRE HACIA ELLA) ¡A mí primero! ¡A mí me tienes que besar primero! (LA ABRAZA) ¡Todo está olvidado! ¡El pasado! ¡Todo olvidado y perdonado! ¡Todo! (LA MIRA, LLORA) ¡Estás tan distinta! ¡Tan distinta! ¡No importa! ¡A mí no me importa! ¡Es el tiempo! ¡Yo estaré muy distinta también! (AMELIA ABRAZA A LORETO Y LANZA UN GRITO COMO SI LE HUBIERAN DADO UN CUCHILLAZO)

AMELIA —(SE APARTA) ¡Ayyy!... ¡Me enterraste la máquina fotográfica hasta el alma!

ANTONIETA —Ya era hora de que perdieras la virginidad en alguna parte.

AMELIA —Habló la estrella del *Play-Boy*.

ANTONIETA —(ABRAZA A LORETO FRIAMENTE) ¿Por qué te cortaste el pelo en esa forma?

LORETO —Me gusta así.

ANTONIETA —¿De veras? Raro.

LEONTINA —¡Tu maravilloso, maravilloso pelo dorado que era la envidia de todas tus compañeras de colegio!

LORETO —Eso fue hace mil años.

ANTONIETA —Dos mil años.

AMELIA —Hemos tenido noticias de tus éxitos. ¡Impresionante! Tus fotografías en las revistas de moda, el *Vogue*, *Elle*, *Burda*, etcétera.

LORETO —Yo no est...

AMELIA —(SIN OÍRLA) Que publicaste un libro muy... comentado... con fotos un poco... o sea... poco edificantes, como por ejemplo...

LORETO —(VA A DEJAR SU CARTERA SOBRE LA MESA) ¿Poco edificantes?

LEONTINA —¿Un libro? ¿Cuándo? Yo no sabía... No me acuerdo.

AMELIA —(A GABRIEL) ¿Se podrá tomar algo así como un trago?

GABRIEL —Lo que ustedes quieran.

AMELIA —Haberlo sabido antes. Un *whisky* en las rocas, entonces.

ANTONIETA —Un *Bloody Mary* para mí. ¿Qué quieres tú, Loreto?

LORETO —Un vaso de vino... blanco... frío.

GABRIEL —(LA MIRA SIN PESTAÑAR) Vino blanco, frío (MIRA A LEONTINA ANTES DE SALIR).

LEONTINA —Y yo... eh... ¡Agua mineral, si es tan amable! (GABRIEL SALE) ¡Sin gas!

LORETO —(A AMELIA) Ya puedes seguir, tía. Se fue el Moro.

LEONTINA —¿Por qué le dices Moro?

ANTONIETA —(LATEADA) El Moro en la Costa.

LORETO —¿Qué es lo que tenía mi libro de poco edificante?

AMELIA —Lo vi.

LORETO —Ah.

LEONTINA —Yo no.

AMELIA —Mejor. Te habrías muerto. Mujeres con tres pechos, hombres con... es decir, SIN. O enormes enanos con el sexo al aire. Mujeres con argollas ahí donde tú sabes y otras exquisiteces por el estilo.

LEONTINA —¡No es verdad!

LORETO —Sí. Y mucho más. Me gustan los monstruos. Son como... mi familia.

AMELIA —Siento que vienes con una mala onda, ¿sabes? Malas vibraciones.

LORETO —¿Quedan buenas ondas en este lugar? Aquí se murió mi tío, ¿no?

LEONTINA —¡Se suicidó!

AMELIA —(SE ENCOGE DE HOMBROS) Eso dicen.

LEONTINA —Se suicidó después de estrangular a su amante. Mira, ella estaba ahí, encima de la mesa. Tenía las manos amarradas al cuello. Un traje rojo de seda. Él estaba ahí, caído hacia adelante, pobrecito, con el revólver en la mano izquierda... como era zurdo.

AMELIA —Y tú, ¿cómo sabes todas esas cosas? (TODAS MIRAN A LEONTINA. INMOVILIDAD DURANTE UN PAR DE SEGUNDOS)

LEONTINA —(SENTÁNDOSE JUNTO A LORETO, ANIMADA) ¿Sacas esas fotos? La depravación se encuentra en el infrasexo.

ANTONIETA —¿Infrasexo? ¡Un palabra nueva, al fin!

AMELIA —¿Qué es el infrasexo, si puede saberse?

LEONTINA —Homosexualismo, lesbianismo, prostitución, promiscuidad. Ahí es donde la gente pierde la poca conciencia que les queda y se transforman en cascarones humanos. Al abandonarlos la conciencia, el cuerpo físico se debilita extremadamente quedando a merced de los instintos y se convierten en terreno propicio para enfermedades incurables, el crimen y toda clase de delitos. (PAUSA) Sí.

ANTONIETA —Se lo sabe de memoria.

AMELIA —(A LEONTINA) ¿Qué quisiste decir? ¿Que el Martín era lesbiana?

ANTONIETA —(SERIA) Fue por amor... un amor turbio. Un accidente... pero tu tío... Todo fue por amor.

AMELIA —(LEVE SONRISA) Todo muy normal. Un crimen pasional de lo más corriente. No había monstruos aquí.

ANTONIETA —Aparte de nosotras tres.

LEONTINA —¡Podrías sacarnos una fotografía!

AMELIA —¡Cierto! ¡Qué buena idea!

LORETO —(VAGA) Claro...

AMELIA —Podríamos ponernos las pelucas de la muerta. Están ahí. ¿Cómo nos veríamos colorinas? ...Pero eso te parecerá aburrido, ¿no? No lo suficientemente depravado.

LORETO —Los monstruos no son depravados, tía. Son distintos y no pueden ser de otra manera.

ANTONIETA —Ni nosotras tampoco, linda. Habrás pensado en eso, de vez en cuando, allá, tan lejos.

LEONTINA —Claro que podemos ser distintas, podemos ser mejores. ¿Conoces el chiste del niño optimista y el niño pesimista?

LORETO —No.

LEONTINA —Te lo voy a contar. Había una vez... (GOLPES EN LA PUERTA)

AMELIA —¡Salvadas! ¡Adelante! (ENTRA GABRIEL CON UNA BANDEJA CON VASOS Y COPAS. LA VA A DEJAR SOBRE LA MESA)

ANTONIETA —¡No! ¡Sobre esa mesa no!

GABRIEL —Sí... Disculpe (LE ENTREGA EL VASO CON *BLOODY MARY* A ANTONIETA, DESPUÉS DE ENTREGARLE EL *WHISKY* A AMELIA).

ANTONIETA —Tiene buena memoria usted.

GABRIEL —Es mi trabajo, señorita.

ANTONIETA —Hasta se acuerda de que soy señorita (SIN MIRARLO). Yo, eso, preferiría olvidarlo.

LORETO —(SACA SU COPA, SIN MIRARLO) Gracias.

GABRIEL —(SIN MIRARLA) De nada.

LEONTINA —(TOMANDO SU VASO DE AGUA) El alcohol es una de las...

AMELIA —...cosas más ricas que hay. (A GABRIEL) A lo mejor me voy a tomar otro, antes de irnos.

GABRIEL —Muy bien, señorita (SALE).

LEONTINA —¿Te gusta?

LORETO —(PRUEBA EL VINO) Está bien.

LEONTINA —No, no. El mozo. Gabriel se llama. ¿Te gusta?

LORETO —Es muy atractivo.

ANTONIETA —Si te gusta es cuestión de que se lo digas. Es un puto. Esta es una casa de mala fama, como ya sabrás.

AMELIA —A propósito, Loreto, ¡qué coincidencia tan extraordinaria que hayas vuelto justo para la muerte de tu tío! ¡Qué oportuna!

LORETO —Él me pidió que viniera.

AMELIA —¿Por qué razón, si puede saberse?

LORETO —Me dejó esta casa. (PAUSA) ¿No lo sabían?

ANTONIETA —No, la verdad es que no.

AMELIA —¿Y cómo íbamos a saberlo? Es un poco prematuro para hacer sesiones de espiritismo.

LEONTINA —¡El espiritismo está prohibi...!

AMELIA —¡Cállate! (A LORETO) ¿El Martín te llamó por teléfono a Holanda y te dijo: "Me voy a suicidar, mi linda, y de herencia te voy a dejar un prostíbulo"?

LORETO —Me llamó un par de veces por teléfono, me dijo que se iba a retirar de los negocios, que tenía un problema serio...

AMELIA —(SONRIENDO, INDIGNADA) Ah, te llamó para decírtelo.

LORETO —...que no se atrevía a discutirlo con ustedes y que si podía venir, me mandó el pasaje para...

ANTONIETA —Así es que nuestro querido y... difunto hermano, avaro, sadomasoquista, asesino y suicida, pobrecito... ¡confió en ti!

LORETO —¡No te pongas celosa! Fue porque...

ANTONIETA —¿Celosa yo? Yo estoy al margen. Yo siempre he sido la que ha estado al margen de la vida familiar. Solamente trataba de mantener el equilibrio, para que no se mataran unas a otras, aconsejaba a Martín, le escondía sus cochinas, le limosneaba para poder vivir en forma decente. Y a la hora de la verdad, el miserable no confió en mí. Confió en una desertora que se fue a Europa por estupideces.

LORETO —(AGRESIVA) ¿Estupideces se llaman todavía?

ANTONIETA —Te fuiste por tus ideas, pero ahora vuelves por la plata.

LORETO —Usted no me conoce.

ANTONIETA —¡Entonces nadie en el mundo te conoce! ¿Quién te educó? ¿Fue tu madre? ¿Tu padre? ¿Quién fue?

LORETO —Usted, tía. Fue usted.

ANTONIETA —Bueno, gracias a Dios que te dignas reconocerlo. Al fin y al cabo lo único que hice fue perder mi juventud por ti. ¡Casi nada! Yo te conozco. Sé como eres.

AMELIA —(SONRIENDO) Como dicen en el cine: "Conozco a las de tu clase, muñeca" (BEBE).

ANTONIETA —Sí. Te conozco, Loreto, la artista. ¡Egoísta de mierda! Lo sacrificas todo para conseguir lo que quieres. Sacrificaste a tu propia madre.

LEONTINA —¡Yo estoy bien!

ANTONIETA —Entre los golpes del marido y los insultos de la hija, no es raro que esta pobre sea lo que es. ¡Mírala! ¡Mírala!

LEONTINA —(ANSIOSA) Sí, mírame, mi linda querida, mírame.

LORETO —(LA MIRA) Yo te quiero, mamá. Quiero que estés bien.

LEONTINA —(LLORA DULCEMENTE) ¡Yo sé! ¡Yo sé!

AMELIA —Saquen pañuelo las madres presentes. (PAUSA) No hay madres, no hay pañuelos.

ANTONIETA —¡La despreciabas! ¡No podías soportarla!

LEONTINA —(SONRÍE) Estás celosa.

ANTONIETA —¡Estúpida y feliz de serlo! Ese va a ser tu epitafio.

LEONTINA —Tú no entiendes.

ANTONIETA —(RISA HISTÉRICA) ¡Yo! ¡Yo no entiendo! ¡Ese sí que es el mejor chiste de la temporada! ¡Y tú me lo dices a mí! ¡Dios mío! ¡Si pudiera reírme fuerte me oirían hasta en Holanda, que es un lugar bastante alejado de mi presupuesto!

AMELIA —¿Van a seguir? Me enferman estas discusiones por plata.

LORETO —¿Qué?

ANTONIETA —¿Qué estás diciendo?

LEONTINA —¿Por plata? (SE RÍE)

AMELIA —Estás furiosa porque la Loreto se va a quedar con la casa que queríamos nosotras.

ANTONIETA —(DESCONCERTADA) ¿Qué casa?

AMELIA —¡Esta, tesoro! Esta donde estamos.

ANTONIETA —¡No sé de qué hablas!

AMELIA —¿Lo dices en serio? (ANTONIETA SALE CORRIENDO POR LA PUERTA DE LA DERECHA) ¿Adónde vas? ¡No puedes irte sola! ¿No sabes dónde estás? ¡Antonieta! (SALE DETRÁS DE ANTONIETA)

LEONTINA —(DISCULPÁNDOSE) Voy a ir con ellas. (TOCA EL TIMBRE) Me pueden necesitar.

LORETO —¿Me tienes miedo?

LEONTINA —¿Cómo te voy a tener miedo? Eres mi hija. (RETROCEDE DISIMULADAMENTE HACIA LA PUERTA)

LORETO —Por eso mismo.

LEONTINA —(SONRÍE, NERVIOSA) Tú no me harías nada malo.

LORETO —Hablar es malo... a veces...

LEONTINA —¡No hablemos, entonces! (SE MIRAN, MIRAN EL SUELO. SE MIRAN. SE RÍEN) ¡Contémonos chistes! Tu padre anotaba los chistes en una libreta para que no se le olvidaran. Una especie de ayuda memoria. Decía que los chistes no se te quedan en la cabeza, a menos que signifiquen algo para ti. Por ejemplo el chiste del niño optimista y el niño pesimista. En realidad no es exactamente un chiste... O sea... No es para reírse a gritos, pero yo... siempre me acuerdo de él. Mira, llegó la Navidad...

LORETO —¿Se dice Navidad, ahora? Antes se decía Pascua.

LEONTINA —Sí, es que yo... trataba de traducírtelo. Bueno, llegó la Pascua y los dos niños dejaron sus zapatos junto a la ventana...

LORETO —Ah, es un chiste argentino. En Chile nadie deja los zapatos en la ventana.

LEONTINA —(SE APARTA, ENOJADA) ¡Estás como la Amelia, echando a perder los chistes, a menos que los diga ella! ¡Si quieres cuenta un chiste tú! ¡Cuéntalo! (SE SIENTA)

LORETO —No sé ninguno.

LEONTINA —Entonces, ¿por qué me echas a perder el mío?

LORETO —¡No fue mi intención! Será porque no me gusta la gente que cuenta chistes. Me gusta la gente divertida.

LEONTINA —(DESOLADA) No te entiendo.

LORETO —Perdona, ¿qué estoy diciendo? ...Me gusta la gente que... la gente positiva, como... ¡Ah! No sé si te lo había contado. Me volví a casar en Holanda.

LEONTINA —¿Cuándo?!

LORETO —Trece años... ¡No! ¡Doce!... Era un tipo genial... pero no resultó, tampoco. Nos separamos.

LEONTINA —¿Por qué nunca me cuentas nada?

LORETO —(SERIA) ¿Por qué nunca me cuentas nada?

LEONTINA —¿Ah?

LORETO —Tú tampoco me cuentas nada.

LEONTINA —Yo... A mí me cuesta.

LORETO —A mí también.

LEONTINA —¿Tú? Tú hablas de corrido, cuando quieres.

LORETO —¿Tú no?

LEONTINA —Me aprendo las frases de memoria.

LORETO —Mamá, si yo hubiera creído que eras tonta de verdad, no te habría dejado sola. Creía que como mi papá te pegaba y mis tías te retaban tú te hacías la tonta, para que te dejaran tranquila. Como hacer un personaje. ¿O no?

LEONTINA — ¡¿O no?! (RÍE) ¡Ese chiste es especial! “¿O no?”
(SE RÍE. SE PONE SERIA) ¿Te vas a quedar?

LORETO —¿Por qué me lo preguntas? ¿Por esta casa? (ENTRA GABRIEL, APURADO)

GABRIEL —Perdón, señora, me confundí... como tocaron el timbre y... las señoritas salieron...

LORETO —¿Se fueron?

GABRIEL —No... eh... Están en el dormitorio de la señora Corina.

LORETO —¡Apuesto a que están registrando! ¡Apuesto!

GABRIEL —Eh... Sí. Están mirando la ropa... Está todo desordenado... como la policía estuvo revisando por si... encontraban algo...

LEONTINA —(SE LEVANTA) Me gustaría ver, a mí también. ¿Dónde es?

GABRIEL —Las acompaño.

LORETO —Yo me quedo aquí.

LEONTINA —¡Ven! Debe ser entretenido.

LORETO —(SE SIENTA) No me interesa.

LEONTINA —A mí siempre me ha fascinado la ropa que usan los demás. Sobre todo los zapatos. Me impresiona la gente que tiene muchos zapatos. Tuve docenas y docenas cuando vivía tu padre. Cuando una tiene muchos zapatos se siente protegida. Tu abuela tenía más de ciento veinte pares. Estantes y estantes llenos de zapatos. Me acuerdo de unos de plástico, transparentes. Nunca se los puso, que yo recuerde. No tenía edad para esas gracias, tampoco. ¿Cuántos zapatos tendría esta... esta mujer? ¡Voy y vuelvo! ¡No te vayas! No. ¿Cómo te vas a ir? Esta es tu casa. (A GABRIEL) ¿Dónde están? (GABRIEL HACE UN GESTO HACIA LA PUERTA DE LA DERECHA. LEONTINA SALE. GABRIEL LA SIGUE. LORETO PERMANECE INMÓVIL UN PAR DE SEGUNDOS. REPENTINAMENTE SE DOBLA Y LANZA UNA EXCLAMACIÓN, DESAHOGÁNDOSE DE LA TENSIÓN DE LOS REENCUENTROS. SE CALMA. MIRA HACIA LA LICORERA. VA A LA MESA Y SACA UNA MÁQUINA FOTOGRÁFICA MÁS PEQUEÑA DE SU BOLSO. GABRIEL ENTRA. SE MIRAN. DA UN PAR DE PASOS HACIA ELLA, SONRIENDO).

GABRIEL —¿Puedo pasar?

LORETO —Gracias por no decirle a nadie lo de antenoche.

GABRIEL —Nada es gratis.

APAGÓN

SEGUNDO ACTO

GABRIEL Y LORETO ESTÁN EN EL MISMO LUGAR EN QUE ESTABAN AL TERMINAR EL PRIMER ACTO.

LORETO —(DEJA LA MÁQUINA FOTOGRÁFICA SOBRE LA MESA) Tú sabes que yo no tuve nada que ver con lo que pasó.

GABRIEL —(SONRÍE) No. No sé.

LORETO —(TOMA EL VASO DE VINO) Yo no mato a la gente. La despellejo.

GABRIEL —¿Cómo?

LORETO —Les quito la piel. Me gusta ver a la gente sin piel... o, por lo menos, sin ropa. ¿Me vas hacer el *show*?

GABRIEL —(ABRAZÁNDOLA) Si quieres. En privado. Es más caro, eso sí.

LORETO —(SE APARTA DE ÉL) ¿No puedes hablar de otra cosa que no sea de plata?

GABRIEL —Bueno... todo tiene que ver con plata en algún momento. Lo que pasa es que la gente que tiene plata siempre se olvida de que hay algunos que no tienen y... es muy desagradable tener que hablar del asunto... después.

LORETO —¡Tienes toda la razón! Es un desastre. Y si uno paga por adelantado puede exigir que te den lo que te han prometido.

GABRIEL —Claro.

LORETO —Si te saco unas fotografías no me las cobrarás aparte, me imagino.

GABRIEL —¿Qué tipo de fotografías?

LORETO —Del *show*. Completo. Con todos los demás, con luces, con música, con todo.

GABRIEL —Esto está cerrado.

LORETO —No para mí. Yo soy la nueva dueña.

GABRIEL —¡Puf! ¡Hasta que eso se sepa ya no voy a estar en edad de hacer el *show*!

LORETO —Ya se sabe.

GABRIEL —Pero ellas... ¿que no es de ellas?... Las herederas... Una hermana es más que una sobrina.

LORETO —Ese es problema mío. En todo caso, ¿puedo sacarte otras fotos en privado?

GABRIEL —¿Para qué las quieres?

LORETO —Según. Para recordar un buen momento, si es que el momento es realmente bueno. Para publicarlas en un libro sobre los hombres que he conocido, si es que te llevo a conocer. O porque siempre saco fotografías de todo lo que me encuentro en el camino. (APAGA LA LUZ. SÓLO QUEDA UNA LUZ —DE LA CALLE— QUE TOMA PARTE DE LA MESA) ¡Podrías aparecer retratado en Holanda! Podría ser tu lanzamiento como el chico sexy 1989.

GABRIEL —(SE ACERCA A ELLA Y LA ACARICIA) No creo que me elijan el más sexy tres años seguidos. (ELLA PRENDE LA LUZ. ÉL SONRÍE) Era broma. No. No quiero fotos. Y no te tengo miedo, ¿ah? Puedo hacer lo que quiera y no me puedes echar. ¿O quieres que cuente que estuviste esa noche con el finado? ¿Que fuiste la última en verlo?, ¿ah?

LORETO —Puedes decírselo a quien quieras. Va a ser una lata, pero no tengo nada que ocultar.

GABRIEL —Entonces lo voy a hacer.

LORETO —Hazlo. Cierto. Puedes hacer lo que quieras... Si es que quedas libre de culpa, será eso.

GABRIEL —¿Qué culpa?

LORETO —Eras amante de la señora Corina, ¿cierto? (APAGA LA LUZ) ¿La mató mi tío, cuando se enteró? ¿O la mataste

tú? (PRENDE LA LUZ) ¿O mi tío la mató y tú mataste a mi tío?
(GABRIEL SE VA A SENTAR EN UNA DE LAS SILLAS QUE ESTÁN JUNTO
A LA MESA, RIENDO) Típica risa nerviosa.

GABRIEL —¡Na que ver! No estoy nervioso.

LORETO —¿Has estado en la cárcel, alguna vez? (ÉL RÍE) ¿Te
han violado? (ÉL RÍE) ¿Has estado a punto de que te ma-
ten, con un revólver en la boca?... ¿Has perdido un diente
por un golpe? (APAGA LA LUZ) No creas que uno cambia
mucho. Uno puede sobrevivir y seguir adelante. Lo im-
portante es sobrevivir. No te imaginas lo importante que
es eso. (PRENDE LA LUZ, GABRIEL SE LEVANTA Y SE PASEA FURIOSO,
MIENTRAS HABLA)

GABRIEL —¿Sabís que más? ¡Erei última! ¡Última! ¡No, poh!
¡Se acabó esta cuestión! ¡Vamos a llamar a los pacos y va-
mos a aclarar la cuestión!

LORETO —Bueno, llama. Yo espero aquí. No te preocupes, no
me voy a escapar. (SACA UN CIGARRILLO Y LO ENCIENDE)

GABRIEL —Yo los conozco. ¡Yo tengo amigos! Me van a creer a
mí. ¡No se puede andar inventándole cosas a la gente! ¡Cla-
ro! ¡Todos creen que porque trabajo en esto, me pueden
usar como estropajo! ¡Pero no, señora, no! ¡Si tú estuvierai
en mi lugar habríai hecho cosas que yo no he aguantao!
¿Sacarse la ropa? ¡¿Qué importa sacarse la ropa?! ¡Me la
saco! (SE SACA LA CASACA Y EMPIEZA A DESABOTONARSE LA CAMISA)
¡Hay gente que se saca mucho más que eso!

LORETO —¡Pero qué niñito tan tonto! Era una broma, un jue-
go. Es que te pones difícil para sacarme más plata o no
sé qué es lo que pretendes. Nadie te va a creer nada. ¿No
ves que ya mentiste antenoche? Yo no he mentido. Ahora
vas a irte afuera y me vas a esperar junto a la puerta de tu
pieza y yo voy a ir a verte apenas hable con mis tías y mi
madre querida, que están escuchando junto a esa puerta
en una posición muy incómoda para sus años y su digni-
dad. (RUIDOS, CARRERAS Y CUCHICHEOS JUNTO A LA PUERTA DE LA
DERECHA. GABRIEL RECOGE SU CASACA Y SALE POR LA IZQUIERDA)

Así que se disfrazaron, como de costumbre. ¡No sacan nada con esconderse! ¡Ya las vi! (AMELIA, LEONTINA Y ANTONIETA ENTRAN RÁPIDAMENTE, VESTIDAS CON TRAJES DE FIESTA DE CORINA. SON TRAJES EXAGERADOS. NEGRO CON DORADO. MORADO CON FUCSIA. TULES. JOYAS ENORMES. TRAJES DISPARATADOS PERO QUE CONSTITUYEN UNA UNIDAD ENTRE LOS TRES)

AMELIA —¡Eres una farsante!

LORETO —(RIENDO) ¡Qué elegantes! ¡No hay palabras para expresarlo!

LEONTINA —¡Son tan divertidos!, ¿cierto? ¡Son tan...!

AMELIA —¡Fue muy instructivo! Una conversación digna de recordarse.

LORETO —Y eso que no la escucharon desde el principio.

AMELIA —Estuviste aquí antenoche, ¿ah?

LORETO —Siento que vienes con una mala onda, ¿sabes? Malas vibraciones, tía. Y como no estoy para explicaciones latosas, las dejo y me voy a (TOMA LA MÁQUINA FOTOGRÁFICA Y EL BOLSO) ...fotografiar un poco el lugar. Simpáticos los trajes. No se los saquen. Las quiero fotografiar así. (VA A SALIR. AMELIA LA TOMA DEL BRAZO)

AMELIA —¡Oye!

ANTONIETA —¡No te vayas!

AMELIA —¿De qué hablaste con Martín esa noche? ¿Qué te dijo? ¿Por qué te hizo venir?

ANTONIETA —¿Qué le pasaba? ¿Qué pasaba? (LORETO SE SUELTA Y SALE) ¡¡No te vayas!! (SE OYE LA RISA DE LORETO)

LEONTINA —¡Loreto! ...Se fue.

ANTONIETA —¡Qué fresca! Pero no irá lejos. Al dormitorio más cercano con ese puto.

AMELIA —¡Te encanta la palabra puto, te fascina!

ANTONIETA —¡No seas reprimida!

AMELIA —¡Típico! Una vez que tenemos algo importante de que hablar y te dedicas a insultarme. En cambio a ésta (INDICA A LEONTINA QUE EXAMINA LAS PELUCAS) nunca le dices nada.

ANTONIETA —Bueno, de acuerdo, hablemos. ¡Hablemos, pues!

LEONTINA —Ésta para ti, ésta para mí...

AMELIA —¡Te quedaste con la mejor!

ANTONIETA —(A AMELIA) ¿Te has vuelto loca? ¿Te vas a poner a pelear por la peluca de una muerta? Todo esto, los trajes, era por los juegos de antes, los disfraces. Una broma para la Loreto.

AMELIA —¡La bromita! ¡Nos embromó a nosotras!... Claro que, a lo mejor, la Loreto no quiere quedarse, finalmente. A lo mejor esto la asquea. Es bastante asqueroso.

LEONTINA — (QUE SE HA PUESTO LA PELUCA, SE LA ARREGLA) Se va a quedar, creo yo.

AMELIA —La fotografía de monstruos es un campo muy limitado.

ANTONIETA —No creas.

AMELIA —Después de fotografiarnos a nosotras y a nuestras amigas se va a quedar sin material. La Loreto debe ser feliz en Europa. Es otro mundo. Debería volverse, ¿no crees?

LEONTINA —Es mi niña.

AMELIA —Si antes no nos metíamos con ella, ahora menos. No nos quiere como nosotras la queremos. No nos necesita. Estamos viejas ya. A lo único que podemos aspirar es a tener una buena pieza en una clínica, cuando nos llegue la hora. A tener cuidados y calmantes para soportar el dolor que tendrá que llegar... que está llegando.

LEONTINA —¿Estás enferma?

ANTONIETA —¿Qué tienes?

AMELIA —(TRATANDO DE SONREÍR) No es una enfermedad muy espectacular de novedosa, pero igual me va a despachar. ¡Y no quiero morirme en una sala común! ¡Le tengo terror a eso! (TRANQUILA) Quiero morirme en forma privada.

LEONTINA —(ANGUSTIADA) No te preocupes, pobrecita, de alguna manera nos arreglaremos, pero tendrás una clínica de lo mejor. ¡Y flores! ¡Y televisión en colores!, ¿verdad, Antonieta? (A AMELIA) No eres la única que tiene miedo.

AMELIA —Me siento mal.

ANTONIETA —¿Y cuál es tu enfermedad? ¿La vejez?

AMELIA —(SE VUELVE VIOLENTAMENTE HACIA ELLA.) Sí. Me está matando.

LEONTINA —Nos está matando a las tres.

ANTONIETA —¡A mí no! ¡Soy mucho más joven que ustedes! ¡Podría casarme todavía!

AMELIA —¡La novia de Frankenstein!

ANTONIETA —Podría. Si quisiera, podría. (CAMINA HACIA LA PUERTA DE LA IZQUIERDA) Por ejemplo, podría... ¿Han pensado que en este mismo momento la Loreto está haciendo el amor con Gabriel a pocos metros de nuestras narices? ¿Se lo imaginan? (MANOSEÁNDOSE A SÍ MISMA Y MIMANDO EL RECHAZO) “¡Ah! ¡Ah! ¡Mi amor! ¡Mi vida! ¡Ah! ¡Oh! ¡No! ¡Sí! ¡Muévete para allá! ¡Mmmm! ¡Ay! ¡Más rápido! ¡No tan rápido! ¡No me muerdas la oreja! ¡No, no! ¡Muérdemela, no más! ... ¡MMMM! ¡Ay! (SE TIENDE SOBRE LA MESA CON LAS PIERNAS ABIERTAS) ¡Tatatatán!”

AMELIA —Tú, de lo que estás enferma, es de vulgaridad (SE PONE LA PELUCA. PAUSA. LEONTINA AYUDA A AMELIA A ACOMODARSE LA PELUCA. ANTONIETA SE ENDEREZA LENTAMENTE SOBRE LA MESA Y LAS MIRA).

ANTONIETA —Ahá. ¿Así es que quieren hablar realmente en serio?

AMELIA —Lógico.

LEONTINA —Yo siempre hablo en serio.

ANTONIETA —(SE BAJA DE LA MESA Y VA A BUSCAR SU CARTERA). De acuerdo. Eso es lo que vamos a hacer, entonces. Volvamos al tema. Necesitamos la casa y la Loreto no.

LEONTINA —Parece que sí la necesita.

AMELIA —La vamos a tener que chantajear. Estuvo metida en mucha cosa política.

ANTONIETA —Eso ya está pasado de moda.

AMELIA —Sin contar que estuvo aquí, antenoche.

ANTONIETA —También podríamos chantajear a Gabriel, que no lo dijo.

LEONTINA —Si es por eso yo podría chantajearlas a ustedes dos.

AMELIA —Ah, ¿sí?

LEONTINA —Pero eso es algo que no se hace con la gente. No es justo.

ANTONIETA —(INCRÉDULA) ¿No es qué?

LEONTINA —(TEMBLOROSA) ¡La justicia! Lo que está bien y lo que está mal. Y yo no voy a permitir...

ANTONIETA —¿Tú?

LEONTINA —(RETROCEDE UN POCO, INSEGURA) ¡Sí, yo!

ANTONIETA —Tú no deberías abrir la boca jamás. Tienes un tejado de vidrio del tamaño del océano Pacífico. La Loreto te podría acusar a ti de ser una madre desastrosa, por haber engañado miles de veces a tu marido. ¿No te pegaba cada vez que lo engañabas?

AMELIA —(SE RÍE) ¡Noo! ¡Estaría muerta! ¡Sólo le pegaba cuando la descubría!

ANTONIETA —Todo se reduce a lo que se decía en el Colegio: "Caliente como una plancha".

AMELIA —Uy, yo hace años que desenchufé la plancha. Lo único que nos queda es sobrevivir dignamente.

ANTONIETA —Mira, lo de dignamente es secundario.

LEONTINA —Si un hombre tiene buen cuerpo es natural que una se inquiete... Es un deseo instintivo de superación de la especie... O sea...

AMELIA —¡Esa serás tú!

LEONTINA —Toda la gente es igual.

AMELIA —¡Completamente falso! ¡Yo me puedo poner la ropa de esa mujer! ¡Su peluca! ¡Pero yo no soy como ella! ¡Yo soy yo! ¡Porque no me vas a decir que has pensado por un momento que tengo algo en común con esa mujercuela!

ANTONIETA —¡Ustedes dos son increíbles! ¡No se puede concretar nada! ¡No se puede tener una conversación lógica! Y ahora, déjenme hablar.

AMELIA —¡Qué risa! ¡Como si no hubiera estado hablando todo!...

LEONTINA —(SIMULTÁNEAMENTE QUE AMELIA) Pero si nosotras estamos calladas, no hemos abierto la...

ANTONIETA —¡A callarse! ¡No quiero que se muevan siquiera! ¡Me distraen! ¡Me pongo tan loca como ustedes! Hemos perdido la costumbre de razonar. Y hay que establecer ciertos puntos básicos para seguir adelante. Es indispensable, tal como están las cosas... Martín muerto en esa forma, junto a esa mujer... La Loreto heredando esta casa tan repentinamente... Estuvo con Martín antenoche. Ese sujeto, Gabriel, la encubre. ¿No es lógico pensar que ella lo mató? Ella con sus monstruos adentro. ¿No es lógico?

AMELIA —Es evidente.

LEONTINA —Es imposible.

ANTONIETA —(A LEONTINA) ¡Tú no sabes nada!

AMELIA —A ver, ¿qué vida ha llevado tu hija en Europa? ¿Con quién se ha juntado? ¿Quiénes son sus amigos? No sabes.

ANTONIETA —Y la gente que ha estado en la cárcel nunca vuelve a ser la misma. Es lo que dicen.

LEONTINA —La Loreto estuvo aquí en la cárcel por sus ideas. No es que haya hecho nada malo.

ANTONIETA —Cuando las ideas son malas son lo más nefasto que puede haber. ¿O no? (LEONTINA Y AMELIA SE MIRAN)

AMELIA Y LEONTINA —“¿O no?” (SE RÍEN) “¿O no?” (SE RÍEN) “¿O no?”.

ANTONIETA —¡A callarse! ¡A callarse, he dicho! (SILENCIO) Así es que ya lo sabemos todo. Pero, ¿qué podemos hacer nosotras? No podemos acusarla a la policía.

AMELIA —Impensable.

LEONTINA —Claro. No nos conviene.

ANTONIETA —¿No hablabas de la Justicia? Bueno, ¿y la Justicia?

AMELIA —Bueno, no te pongas fantasiosa...

LEONTINA —Si lo hizo, Dios la castigará.

ANTONIETA —Leontina, es terrible, yo sé lo que sientes, como si fuéramos siamesas y la misma sangre y los mismos pen-

samientos nos circularan por el cuerpo. La Loreto será sangre de tu sangre, pero yo la armé, ¿entiendes?, como si fuera un rompecabezas yo armé a la Loreto ¡de cuerpo y alma!... Es peor para mí. ¡Mil veces peor! Si tu corazón sangra, es mi cerebro entero el que se desangra, el que empieza a morir. ¡Y no es justo! ¡No, señor! ¡Nones!... Trata de entender.

LEONTINA —(ANGUSTIADA) Yo trato, ¡de veras!

ANTONIETA —¡La Loreto no puede irse sin un castigo! ¿Por qué crees tú que quemaban a las brujas? ¿Como un ejemplo para los demás? “¡Si hacen esto correrán la misma suerte!” ¡No! ¡Las quemaban porque así salvaban sus almas, ¿entiendes lo que quiero decir? (LEONTINA NIEGA) Si morían sin castigo sus almas quedaban condenadas por la eternidad. ¿Quieres eso para tu hija?

LEONTINA —¡Pero... la Loreto no es una bruja!

ANTONIETA —Es una asesina. Es peor. Mató a tu hermano.

AMELIA —¿Y quieren que deje de tomar? (BEBE)

ANTONIETA —No podemos seguir hablando y dejar que las cosas pasen, sin intervenir. Tenemos que salvarla a la pobrecita... la pobre infeliz... Miren, yo aquí tengo esto. (MUESTRA UN FRASQUITO PEQUEÑO QUE HA SACADO DE SU CARTERA) Es la muerte. Lo mejor en veneno que he conseguido en todos estos años. Me ha costado, ya no es tan fácil como en la antigüedad. Yo quería morirme porque este mundo es una porquería, ya lo sé.

AMELIA —(CANTURREA) En el quinientos diez
en el dos mil también!

ANTONIETA —Podrido, todo podrido sin vuelta. Mejor morir.

LEONTINA —(DESCONTROLADA) ¡Queda demostrado que las religiones esotéricas no pueden ni podrán comprender las enseñanzas de Nuestro Señor el Cristo en sus aspectos trascendenta...!

ANTONIETA —¡Eres desesperante! ¡Habría preferido que fueras alcohólica, como la Amelia!

AMELIA —¡Ja! (BEBE)

ANTONIETA —No estoy para bromas. Ni una más. Ni siquiera juegos de palabras. Sólo voy a decir esto una vez. (TOMA EL VASO DE LORETO) Este es el trago de la Loreto. Vino blanco. Aquí echo el veneno. (LO HACE) Listo. Dejémoslo a la suerte. Si se lo toma es porque Dios quiere que vivamos. Y que vivamos bien. ¡Porque así yo no puedo seguir! ¡Como un parásito!, ¡viviendo de prestado! Y también es justo que ella viva porque es más joven. ¡Pero ha tirado a la basura todas sus posibilidades! ¡Lo bueno que le había enseñado con tanta dedicación y amor! ¡Dejándonos por ideas extranjeras, para terminar sacándole fotos a enfermos y degenerados! Asesinando a un hombre tan... nuestro hermano. (LIMPIA EL BORDE DEL VASO CON UN PAÑUELO) Aquí está. Es un veneno rápido. (SONRISA TRANQUILIZADORA A LEONTINA) Casi no duele. Ustedes no lo toquen ¿Entendiste, Leontina?, ¿entendiste bien?

LEONTINA —Yo lo entiendo todo. ¡Ustedes me tratan como si fuera una estúpida! Y eso es porque tienen una terrible confusión entre dos mandamientos de la Ley de Dios. El sexto mandamiento nos ordena NO FORNICAR, lo que es muy distinto a NO ADULTERAR, de adulterio. Fornicar es botar el agua pura de la vida, o sea, el semen.

ANTONIETA —(TAPÁNDOSE LOS OÍDOS) ¡No!!!

AMELIA —¡No digas esa palabra inmundada! ¡Sabes que no puedo soportarla!

ANTONIETA —(CON LOS OÍDOS TAPADOS) ¿Ya terminó?

LEONTINA —¡No, no! No fornicar es apreciar las aguas de vida sabiamente.

AMELIA —¡Sabiamente! En eso fuiste más sabia que Salomón.

LEONTINA —Ese es el gran secreto de la vida y de la redención humana. No fornicar es VIDA, CASTIDAD CIENTÍFICA, FELICIDAD. Fornicación es DESTRUCCIÓN y MUERTE. Se fornicia con la mente, el verbo y los órganos creadores.

AMELIA —Menos mal que el teléfono está libre de culpa.

ANTONIETA —¡Agarró vuelo!

LEONTINA —Si se aprende a controlar los órganos genitales se logra la CASTIDAD CIENTÍFICA. (ENTRA LORETO. LEONTINA SE VUELVE HACIA ELLA Y LE ENDILGA EL DISCURSO) ¡Fornicación fue el delito contra natura cometido por los Adanes y las Evas. Fue la violación al Gran Mandato Universal. Génesis: del dos al diecisiete. Levítico: todo el capítulo quince, especialmente los versículos dos y del quince al dieciocho. ¡He aquí el pecado original! ¡Quien quiera ir a parar a los abismos para su desintegración total, donde sólo se oye el llorar y el crujir de dientes, allí está el sendero del Mal! ¡La FORNICACIÓN!

AMELIA —(A LORETO) ¡Estás rutilante!

ANTONIETA —(SONRIENDO MALICIOSAMENTE) Diez años menos. Como si hubieras tomado sol en la playa.

LORETO —(DEJA SU BOLSO SOBRE LA MESA) Fue algo así.

ANTONIETA —¿Puedes contarle algo a tus viejas tías?, ¿para imaginarnos cómo fue?

LORETO —Saqué unas fotos bien atractivas. Un bonito cuerpo. ¡Es tan desinhibido!

ANTONIETA y AMELIA — (LIBIDINOSAS) ¡Mmmmm!

LORETO —Creo que pueden resultar novedosas.

AMELIA —(SONRISA ESCÉPTICA) ¿Sólo fotografías?

LORETO —Un rollo completo.

ANTONIETA —¿Las podremos ver, después... ampliadas? Tengo una sólida formación plástica, tú sabes.

LORETO —(MIRA A SU ALREDEDOR) Voy a cambiarle el rollo a la máquina. (LO HACE EN UN RINCÓN, EVITANDO LA LUZ)

AMELIA —Lo sabemos todo, que estuviste aquí, antenoche, que Gabriel no se lo dijo a la policía, que Martín te dejó esta casa como herencia. No nos parece justo, así es que vamos a darte problemas si si... (BEBE)

LORETO —Te estoy escuchando, tía.

ANTONIETA —Si te quedas.

LORETO —No me pienso quedar.

LEONTINA —¡Yo sabía! ¡Es una buena niña!

LORETO —Voy a vender esta casa y me voy a ir. No todavía, lógico. Tengo que hacer otras sesiones de fotografía.

AMELIA —Leontina, no es una buena niña.

LORETO —No me quieren quitar la casa, ¿no?... ¿O sí?

AMELIA —Tenemos que sobrevivir de alguna forma, mi linda. ¿Y qué es eso de que eres la heredera de la casa? ¡No pudo habértela dejado para ti sola ni aunque hubiera querido! Te corresponde una cuarta parte de todo, cuando mucho. O menos. Supongamos un octavo. Una hermana es más que una sobrina.

ANTONIETA —Y una cuarta parte de libre disposición, que se llama.

AMELIA —¡Pero nada más!

ANTONIETA —¡Nada más!

AMELIA —¡Eso es lo legal! ¡Si no somos estúpidas!

LORETO —Dejó un testamento.

ANTONIETA —Habría que verlo.

AMELIA —¿Y adónde está?

LORETO —En Investigaciones.

LEONTINA —(MIRA EL VASO CON VENENO) Toda nuestra vida está en Investigaciones.

AMELIA —Ahí veremos, entonces.

LORETO —Por supuesto. Esta casa me la dejó a mí. Fue su decisión. Yo jamás le escribí. Nunca le pedí nada. Lo único que hacía era mandarle una tarjeta de Pascua cada dos años. A veces pensé llamarlo y pedirle prestado para un proyecto y nunca me atreví. ¿Realmente están preocupadas por el futuro, ustedes? Lo que me dijo a mí es que iban a quedar protegidas. Fue lo único que me dijo.

AMELIA —(SE RÍE FEROSAMENTE) ¡Protegidas! ¡Alegrémonos, chiquillas! ¡No nos van a mandar a un asilo de ancianas!

ANTONIETA —¡Qué felicidad! ¡No tendremos que pedir limosna! Y podremos cubrir nuestros huesos con ropa usada pero limpia.

LORETO —¡Para lo que han trabajado en sus vidas es bastante!, ¿no? (SILENCIO MORTAL. ANTONIETA SE LEVANTA Y, SIN MIRAR A NADIE, VA HACIA LA LICORERA. TOMA UNA PELUCA COLORINA Y SE LA PONE)

ANTONIETA —¿Cómo me queda? (LEONTINA CORRE A ACOMODÁRSELA)

LEONTINA —¡Regia! Pareces colorina auténtica. Tienes la piel como transparente. Y las manchas se te ven como las pecas de la gente joven. Transparente.

ANTONIETA —Es curioso, ¿ah? La muerta tenía exactamente nuestra talla, es decir, kilos más, kilos menos.

AMELIA —¿Dónde dejé mi trago yo?

LEONTINA —¡Aquí está mi vaso! Este es el mío.

ANTONIETA —Es atroz que estemos vestidas como la muerta. Atroz. ¿Por qué lo hacemos?

AMELIA —Son trajes divertidos. Siempre nos disfrazamos. Siempre.

LORETO —Estábamos hablando de plata.

ANTONIETA —Si vas a sacar la foto, hazlo rápido. No voy a soportar esto mucho más.

LORETO —¡Plata! ¡Plata! No se hagan las sordas. Quiero publicar otro libro de fotografías. La venta de esto me dará para bastante más que eso, lógico, pero quiero hacer algo a gran nivel. Tengo derecho a hacerlo porque tengo talento. Ustedes se colgaron del cuello de mi abuelo y cuando el pobre viejo se murió, agotado, se colgaron del cuello del tío Martín. Él pensaba que ustedes eran unas sanguijuelas que le chupaban la sangre. No era bueno mi tío Martín. Le gustaban las mujeres malas que se ganan la vida. Decía que las mujeres buenas le habían costado una bola y la mitad de la otra.

AMELIA —Eres mala.

ANTONIETA —¡Martín no puede haber dicho eso!

AMELIA —Y si lo dijo era un mentiroso. Un avaro, además. ¿Sabes cuánto nos daba para vivir al mes? ¿Para las tres?

¡Trescientos mil pesos! ¡Mil dólares, apenas! ¿Tú crees que se puede vivir en forma decente con eso? ¿Pagar dos empleadas, un jardinero, mantener el auto? ¿Comprar los remedios, las vitaminas? ¿Invitar a las amigas? ¿Crees que se puede? ¡No se puede!

LEONTINA —Loreto, ¿quieres ponerte una peluca? Hay más.

(AMELIA LE LANZA UNA MIRADA ASESINA Y DA UNA PATADA EN EL SUELO)

AMELIA —(BUFIDO) Por supuesto que no te vamos a chantajear.

Ni a ti ni a ese pobre diablo que te ha gustado tanto. Era una manera de decirte lo desesperadas que estamos. A nuestra edad nos merecemos una buena posición. Pero tú, por tus libros inmundos, eres capaz de pasar por encima de nuestro cadáver... Bueno, ¡ya pasaste por encima del cadáver de tu tío!

ANTONIETA —Quedarás para siempre como una ingrata.

AMELIA —Para siempre.

LORETO —¿Ante quién?

ANTONIETA —Ante nosotras, que te lo hemos dado todo.

LORETO —¿Todo?

ANTONIETA —¡Todo!

LORETO —¡También mi manera de ser y de pensar! ¡No tienen nada que echarme en cara!

ANTONIETA —¡Tú antes no eras así! Fue tu marido el que te engañó y te dijo que lo negro era blanco.

AMELIA —¿Quién eres tú, en todo caso, para que vengas a pedirnos cuentas de lo que ha sido nuestra vida? ¿Quién eres? ¡Una morbosa que saca fotos repugnantes!

LORETO —Eres un dinosaurio, tía. Vivirás hasta que te mueras, pero después nadie pensará como tú. Tu especie se extingue.

AMELIA —(RIE FEROSAMENTE) ¡Ingenua paloma! ¡Mi especie prospera! ¡No eres la única que puede ponerse encima el título: YO SOY HUMANA.

ANTONIETA —A lo mejor la mandaron de Europa para dictaminar quién puede llevar el título.

LORETO —En Europa ustedes no son nada. “Nosotros” no somos nada. No existimos casi. Como si fuéramos una tribu de caníbales que anda haciendo estupideces por ahí, comiéndose un misionero cada cierto tiempo.

ANTONIETA —(A AMELIA) El viejo continente está gagá.

LORETO —¿Es que no se dan cuenta de lo que han sido sus vidas? ¿Ah? ¿Qué sentido tienen sus vidas?

LEONTINA —Estamos vivas... para no morirnos.

AMELIA —¿O quieres que nos suicidemos, también?

ANTONIETA —¿Quieres matarnos?

LEONTINA —(DESOLADA) Te gustaría que estuviéramos muertas.

LORETO —¡Las mismas tonterías de antes! ¡Me gustaría que fueran distintas! ¡Que trabajaran, que hicieran algo! ¡Algo, cualquier cosa positiva!

AMELIA —(A ANTONIETA) Somos un lastre.

ANTONIETA —Sí, una carga pesada.

LEONTINA —(ENSIMISMADA) Estamos de más. Mi propia hija me lo dice. (LORETO HACE UN GESTO DE IMPACIENCIA. LEONTINA CORRE HACIA EL VASO CON VENENO Y LO TOMA) ¡Mira! Este vaso tiene veneno. (ANTONIETA Y AMELIA REACCIONAN) Es un veneno rápido... Casi no duele. Sujétalo, tómallo en la mano, te lo entrego (LORETO TOMA EL VASO) Si quieres eliminarme del mundo, dámelo. Yo lo tomaré si tú me lo ofreces. De veras, si tú me lo pasas yo lo tomaré y adiós.

LORETO —¡Te encanta hacer teatro! ¿Crees que con eso me ubicas entre los malos y tú te ubicas entre las víctimas? (BEBE UN TRAGO DEL VASO) Ya no está frío, tiene un gusto atroz. (PIENSA QUE LO DEL VENENO PODRÍA SER VERDAD, MIRA A LEONTINA QUE ESTÁ ATERRADA. ESO LE CONFIRMA QUE ERA VERDAD. EMPIEZA A MOVERSE MÁS LENTO, COMO SI ESTUVIERA MUY DISTRAÍDA. DEJA EL VASO SOBRE LA MESA)

AMELIA —(NERVIOSA) La foto. ¿Nos vas a sacar la foto?

ANTONIETA —¿Dónde nos ponemos? ¡Loreto!

LEONTINA —(JUNTÁNDOSE CON SUS HERMANAS) ¿Podría ser aquí? Mira, ¿así?

LORETO —Sí... ahí están bien... Sonrían.

LEONTINA —¡No puedo sonreír!

AMELIA —(A LORETO) ¡Apúrate! ¡Apúrate!

LORETO —Están muy serias.

ANTONIETA —Esto no resultó muy divertido.

LORETO —(SE SIENTA EN EL LUGAR DE MARTÍN) No, no mucho.

LEONTINA —¿Sacaste la foto?

LORETO —(SE SIENTA EN EL SILLÓN DE MARTÍN) Sí.

LEONTINA —Qué raro, no oí el "click". (A AMELIA) ¿Las máquinas ya no hacen "click"?

AMELIA —(A LORETO) ¿Qué te pasa?

LORETO —Estoy pensando en mi vida, en lo que ha sido. En mi hijo...

LEONTINA —(MUY SORPRENDIDA) ¿Ah?

LORETO —Tengo un hijo de doce años. Tiene un conjunto rock... Pero las computadoras... son su fuerte.

LEONTINA —¡Soy abuela! ¡Así, tan de repente!... ¿Le has enseñado los juegos que te enseñaba yo?

AMELIA —¿Te acuerdas de esto? (LAS HERMANAS SE JUNTAN Y CUCHICHEAN. SE PONEN FRENTE A LORETO Y RECITAN, MIMANDO)

LEONTINA —Calla, calla, princesa

AMELIA —dijo el hada madrina.

LEONTINA —que en caballo con alas hacia acá se encamina
(ANTONIETA HACE DE PRÍNCIPE) en el cinto la espada y en la
mano el azor, el feliz caballero que te adora sin verte y
que viene de lejos, vencedor de la muerte.

LAS TRES —¡a encenderte los labios con un beso de amor! (SE
RIEN Y APLAUDEN. AMELIA SE ADELANTA HASTA LA MESA)

AMELIA —Y esto, ¿te acuerdas de esto? (CANTA)

Wednesday morning at five o'clock as

the day begins

silently closing her bedroom door

leaving the note that she hoped would

say more.

She goes to the kitchen

clutching her handkerchief.

*Quietly turning the back door key
Stepping outside she is free.
She*

LORETO — (APENAS AUDIBLE) *We gave her most of our lives*

AMELIA — *is leaving*

LORETO — *sacrificed most of our lives*

AMELIA — *home.* (LEONTINA Y ANTONIETA APLAUDEN) ¡Qué recuerdos! ¡Me dio sed! (VA A TOCAR EL TIMBRE)

LEONTINA — ¡Recién vengo a entender lo que significa esa canción. Eso de que lo dieron todo por ella. Que apenas se fue de la casa se sintió libre. Hay tantas cosas que no entendemos... No es sólo la Biblia. La Biblia es un libro santo que tendría que ayudarnos a vivir, pero la verdad es que nuestra capacidad de comprensión es tan pequeña, ¿verdad? Es... tan pequeña.

ANTONIETA — En estos tiempos no hay nada que entender. (TOMA SU CARTERA Y SE VA A SENTAR) Todo es con computadoras y rayos láser y máquinas que ven hasta debajo de la tierra. (SACA SU INHALADOR)

LEONTINA — Y nosotras aquí, encima de todo, tratando de... (ANTONIETA SE APLICA EL INHALADOR. LEONTINA LA MIRA) ...Ya no me acuerdo. (SE SIENTA)

AMELIA — (MUY ANIMADA) Este lugar no es tan repulsivo, al fin y al cabo. Una se acostumbra. Tiene ambiente. Y ese cuadro, si uno lo mira dos veces, ¡tres veces!, tiene gracia. (GOLPES EN LA PUERTA)

AMELIA Y ANTONIETA — ¡Adelante! (ENTRA GABRIEL)

ANTONIETA — ¡Menos mal que llegó, Gabrielito! ¿Estaba vistiéndose o desvistándose?

AMELIA — ¡Estamos muriéndonos de sed! ¡Tenemos mucha sed! (GABRIEL LE LANZA UNA MIRADA DE REOJO A LORETO Y VA A BUSCAR LOS VASOS SOBRE LA LICORERA.)

LORETO — ¿Quién es?

LEONTINA — El feliz caballero que te adora sin verte y que viene de lejos, vencedor de la muerte, a encenderte los la-

bios... con un... beso de amor... (GABRIEL RECOGE LOS VASOS EN UNA BANDEJA)

GABRIEL —Vino blanco helado, *whisky* en las rocas...

AMELIA —Doble.

GABRIEL —...*Bloody Mary* y agua mineral sin gas.

LEONTINA —¡Espere! (SE LEVANTA, CORRE HACIA GABRIEL, AGARRÁNDOLO DE LA CASACA) ¿Sabe? Voy a tomarme un trago, yo también. (DUDA) ¡Una margarita!

AMELIA —(APARTA A LEONTINA Y EXAMINA UN BOTÓN DE LA CAMISA DE GABRIEL, MIENTRAS HABLA) Oiga, Gabriel, hemos estado pensando cómo funcionará este negocio, ¡debe dar un montón de plata!, y nos gustaría saber en qué consiste ese *show* que hace usted y sus compañeros...

GABRIEL —(INCÓMODO) Es distinto, según el día.

ANTONIETA —(VA HACIA ÉL Y LE BAJA LA CASACA) Queremos ver eso cuando usted se desnuda.

GABRIEL —¿El *show*?

ANTONIETA —Claro, el de los días martes, para señoras solas. (LE SACA LA CAMISA DEL PANTALÓN. AMELIA CONSIGUE SACARLE LA CASACA)

AMELIA —Hágalo bien, mi lindo, su futuro depende de eso.

GABRIEL —(DEFENDIÉNDOSE DÉBILMENTE) No creo que sea el momento, señorita.

AMELIA —Tenemos que decidir lo antes posible si vendemos esta casa o la dejamos funcionando, tal como está.

ANTONIETA —(ABRIÉNDOLE LA CAMISA) Ya, pues, Gabrielito, no se haga de rogar. Nadie se lo va a comer.

GABRIEL —(ANGUSTIADO) ¡No es eso! ¡Es que... la música! ¡Hay que poner la música!

ANTONIETA —¡Hágalo rápido!, ¿qué espera?

AMELIA —¡Estamos muy optimistas con respecto a este negocio!

LEONTINA —¡Optimistas! ¡Optimistas! ¡Es el momento de contar mi chiste!

AMELIA —¡Noo! (EL GRUPO ALREDEDOR DE GABRIEL SE DESARMA.

ANTONIETA VUELVE A SU SILLA, IRRITADA. GABRIEL SE METER LA CAMISA EN LOS PANTALONES Y LEVANTA SU CASACA DEL SUELO)

LEONTINA —Eran dos niñitos, uno de ocho, optimista y otro de nueve, pesimista.

ANTONIETA —¡Oh, no!

LEONTINA —Y llegó la Pascua y los dos hermanos dejaron sus zapatos junto a la ventana. (AMELIA SE SIENTA EN LA SILLA DEL FONDO, MURMURANDO)

AMELIA —¿Qué importa, ahora?

LEONTINA —El padre, que los conocía dejó un enooooorme montón de juguetes en los zapatos del niñito pesimista y una bosta de caballo en los zapatos del niñito optimista. Al amanecer los dos corrieron a ver sus regalos. Y el niñito pesimista dijo: "Ay, mira esos juguetes. Puro plástico. Seguro que se van a romper al tiro. Y estos otros, se me van a perder las piezas y no me van a servir de nada. Y este helicóptero a pila, seguro que si lo hago funcionar se va a ir volando lejos y no lo voy a volver a ver nunca más". Y así todos los juguetes le parecían un desastre. Al final se volvió hacia el niñito optimista, que estaba con la bosta de caballo en la mano. "Y a ti, ¿no te trajeron nada?" "¡Ah, sí!" —dijo el niñito optimista— "me trajeron un caballo blanco maravilloso, con las crines plateadas... Ahora salió a dar una vuelta, pero ya va a volver" (SE RÍE. SE PONE SERIA). Ese era el chiste. (DEJA LA IMAGINARIA BOSTA DE CABALLO SOBRE LA MESA) ¡Yo soy como el niñito optimista!... ¿O no? (SE RÍE. SE PONE SERIA) ¿Cómo... cómo son ustedes?, ¿ah?

ANTONIETA —(QUE ESTABA REVISANDO SU CARTERA) ¡Chucha!

LEONTINA —¿Cómo dijiste? (AMELIA SE ACERCA A ANTONIETA)

AMELIA —¿Qué pasa?

ANTONIETA —(EN VOZ BAJA) El veneno está aquí. (LE MUESTRA DOS FRASQUITOS IGUALES) No entiendo. Me equivoqué. Los frascos son iguales.

AMELIA —¡Típico! ¡Realmente típico!

LEONTINA —¿Qué pasa?

ANTONIETA —¡Nada!

AMELIA —¡Cállate! (VUELVE A SU SILLA)

LORETO —¿Qué le echaron al vino?

LEONTINA —¿Qué cosa?

ANTONIETA —¿Qué crees tú?

LORETO —No era cianuro, por lo menos.

ANTONIETA —(NERVIOSA) ¡Qué tonta! ¡Qué imaginación tienes!

Era perfume. Unas gotas de perfume para hacerte pasar un susto. Pensamos que te asustarías y confesarías cómo mataste a tu tío, con este hombre. No creerás que íbamos a venir a esta casa con un frasco de veneno en la cartera, con la policía y los periodistas por todas partes, ¿no es cierto? ¿Te íbamos a envenenar delante de este joven? ¿Parecemos tan tontas?

LEONTINA —Claro, ¿no creerías eso, no? (SE SIENTA, AGOTADA)

LORETO —Felicitaciones, consiguieron asustarme. De Verdad. Definitivamente. Si no me morí de susto fue por milagro... (SE PONE DE PIE) Es preferible que te vayas, Gabriel.

GABRIEL —¿Ellas creen que nosotros los matamos? ¡Yo no tuve nada que ver en eso! ¿Por qué no hablan con los de Investigaciones?

LORETO —No les hagas caso. Son cosas que dicen para no sentirse tan culpables.

AMELIA —¡Miren la que habla! ¡La ingenua!

ANTONIETA —¿Culpables de qué?

GABRIEL —¡Es que ya me aburrí! ¡No, poh, si uno no es de piedra! ¡Ponerse la ropa de la señora Corina! ¡Sus pelucas! ¡Es una falta de respeto!

LORETO —Ándate, ¿quieres? (GABRIEL VA A SALIR. SE DETIENE EN LA PUERTA)

GABRIEL —¿Vas a volver?

LORETO —No. Ya no. Se acabó. No más fotos ni... ni juegos...

GABRIEL —Si es que... cambias de opinión... voy a estar aquí... por lo menos hasta mañana... (VA A SALIR. SE DETIENE NUEVAMENTE) Entonces... ¿me voy?

LORETO —(SONRÍE) Te vas. (ÉL SALE) Son pintorescas, por decirlo en forma suave. Supongo que querían alejarme de aquí para siempre. Y lo consiguieron.

LEONTINA —(LLOROSA) M'hijita...

LORETO —¡No me hables! ¡Haz de cuenta de que estoy muerta! ¡Me envenenaron! No quiero esta casa, tampoco. (VA A BUSCAR SU CARTERA) Pero no se las dejo. No podrán venderla mientras yo viva y si me muero será para mi hijo. Por ahora se las dejo. (TOMA SU MÁQUINA FOTOGRÁFICA) Tendrán que hacerla funcionar para vivir como les gusta. Harán lo que siempre han hecho ¡vivir a costillas de los demás! (AL CENTRO. NO SABE QUÉ DECIR) ¡Qué lástima!... No se me ocurre nada lo bastante insultante que decirles (SALE, A PUNTO DE LLORAR)

LEONTINA —(ALIVIADA) Nos dejó la casa. Eso prueba que ella no lo mató.

ANTONIETA —(YENDO A SENTARSE) Esta niñita no tiene ningún sentido del humor.

AMELIA —(YENDO A SENTARSE) No. Ella no fue. Nosotras ño pudimos ser. Tendríamos que haber venido disfrazadas aquí, lo que es imposible porque ni siquiera sabíamos que este lugar existía... (SONRÍE CON MALIGNIDAD) Bueno, tú sabías que existía, Antonieta.

ANTONIETA —(CULPABLE QUE DESVÍA EL TEMA) Si es por eso, la Leontina sabía cosas que ni siquiera han salido en los diarios. Todo. Donde cayó el revólver... (SONRÍE) que esa mujer era colorina... el color del traje...

LEONTINA —(CULPABLE QUE DESVÍA EL TEMA) Pero tú, Amelia... (SONRÍE) Tú saliste antenoche... Me llamó mucho la atención.

AMELIA —(SONRÍE) ¡Qué horror! Nunca sabremos quién lo hizo.

ANTONIETA —Nunca.

LEONTINA —(ANIMADA) ¡Y es preferible! Tanta gente que se muere y nadie sabe cómo. Parece que se mató, parece que

lo mataron, parece que fue un accidente. Nunca se sabe. Se olvida. Es el destino, la casualidad. Así fue, ¿para qué saber?

AMELIA —¿Qué se gana con saber?

ANTONIETA —No se puede volver atrás.

LEONTINA —¡Miles y miles de muertos enterrados y olvidados.

ANTONIETA —Es una parte de la Historia.

AMELIA —Somos como capas de hojas. Salen nuevas y vuelven a caer.

LEONTINA —¡Tenemos que ser como el niño optimista! ¡El caballo blanco, con sus crines plateadas, va a volver! ¡Entonces todo estará bien!, ¿no es verdad? ¡Todo estará bien!

(DE REPENTE DUDA) ¿O no? (LAS HERMANAS SE MIRAN)

LAS TRES —¿O no? (SE RÍEN) ¿O no? (SE JUNTAN RIENDO A GRITOS)

¿O no? (LA LUZ LAS MUESTRA APENAS UN INSTANTE JUNTAS, RIENDO, ANTES DEL APAGÓN FINAL)

FIN DE *INGENUAS PALOMAS*

Tres tristes tigres

PERSONAJES

Rudi

Alicia

Tito

Amanda

Tres Tristes Tigres

de Alejandro Sieveking



JAIME AZOCAR
SCHLOMIT BAYTELMAN
VICTOR ROJAS
y Nancy Paulsen como Alicia

Dirección: GUSTAVO MEZA

Programa de la presentación en el *Teatro Conventillo II*. Octubre 1987.

PRIMER ACTO

PRIMER CUADRO

UN DEPARTAMENTO EN UN EDIFICIO DEL CENTRO DE SANTIAGO, MODERNO Y ELEGANTE. LA PUERTA DE ENTRADA ESTÁ A LA IZQUIERDA DEL ESCENARIO Y, JUNTO A ELLA, LA PUERTA DE UN CLOSET. AL FONDO, AL CENTRO, UNA VENTANA CON GRANDES CORTINAS HASTA EL SUELO, ENTRE LA PUERTA QUE DA A UNA PEQUEÑA COCINA —A LA IZQUIERDA— Y LA PUERTA QUE DA AL BAÑO —A LA DERECHA—. EN LA PARED DE LA DERECHA, LA PUERTA QUE DA AL DORMITORIO. HAY REPRODUCCIONES DE BUENOS CUADROS EN LAS PAREDES. LOS MUEBLES SON DE BUENA CALIDAD, PERO HAY UNA LEVE FALTA DE UNIDAD EN EL ESTILO QUE DELATA LA IGNORANCIA DEL DUEÑO QUE EVIDENTEMENTE SE HA ESFORZADO EN CREAR UN AMBIENTE DISTINGUIDO. HAY UNA LICORERA, SILLAS, MESAS A CADA LADO DEL SOFÁ, LÁMPARAS DE PIE Y UNA GRAN ALFOMBRA ROJA. SE ESCUCHAN BOCINAS Y EL PASO DE AUTOS, AMORTIGUADOS POR LA CORTINA. SOBRE LA LICORERA, UN TELÉFONO QUE SUENA A LOS POCOS SEGUNDOS DE ABRIRSE EL TELÓN. DEL DORMITORIO SALE *RUDI*; UN HOMBRE DE TREINTA Y CINCO AÑOS, RUBIO, ELEGANTE Y DESENVUELTO. MUY BIEN VESTIDO. VIENE PONIÉNDOSE LA CHAQUETA Y TRAE UNA CARPETA CON PAPELES EN LA MANO. MIRA EL TELÉFONO, VACILANTE. SE ACERCA A ÉL SIN DECIDIRSE A CONTESTAR. POR ÚLTIMO LEVANTA EL FONO.

RUDI —¿Aló?... ¿Carmen?... (DESINTERESADO) Ah, hola. No te había reconocido la voz... ¿Sí? No, ahora no puedo salir. Tengo que hacer... Tengo que hablar con un posible socio... No, hoy día no hay caso... Estoy solo... ¡Bah, no te digo!... ¿Qué tengo de raro?... Si tuvieras la mitad de mis

problemas, estarías mucho más rara que yo... Dos millones en chirimoyos, ¿te parece poco? (IRRITADO) ¡Claro, va a venir mi hada madrina a solucionarme los problemas! ¡Seguro!... No sé. Ahí veré... (SUENA EL TIMBRE DE LA PUERTA DE ENTRADA) Espérate, un segundo... un segundo... (DEJA EL TELÉFONO SOBRE LA LICORERA Y ABRE LA PUERTA).

ALICIA —(AFUERA) Buenas noches.

RUDI —(MUY AMABLE) Buenas noches, ¿cómo está? ¡Adelante!

ALICIA —Gracias. (ALICIA ENTRA. ES UNA MUJER DE VEINTICINCO AÑOS, MUY POCO ATRACTIVA. TIENE EL DESGANO TÍPICO DE LAS MUJERES DE LA CLASE ALTA, O, COMO ES EL CASO, DE LAS QUE TRATAN DE PARECER DE LA CLASE ALTA. ES UNA CURIOSA MEZCLA DE FALTA DE ENCANTO Y SENSUALIDAD CONTENIDA. LLEVA UN TRAJE DE VERANO ROSADO MUY FINO, PERO POCO ATRACTIVO. TRAE UN SOBRE EN LA MANO)

RUDI —Un momentito, por favor. Asiento. Con permiso. (ELLA NO SE SIENTA Y MIRA A SU ALREDEDOR MIENTRAS RUDI TOMA EL FONO) ¿Aló?... Sí... Yo te llamo, mejor... Sí, te voy a llamar... Sí, sí, claro. Adiós. (CUELGA EL FONO) ¡Qué gusto de tenerla aquí! Se puso ese traje que me gusta tanto, ¿ah?

ALICIA —(DESCONCERTADA) ¿Cómo? Si es la primera vez que me lo pongo.

RUDI —(RÍE) ¡Ah! Siempre me confundo. Pero igual éste le queda estupendo. ¿Se sirve un traguito?

ALICIA —No, gracias. Venía por esto. (SACA UN CHEQUE DEL SOBRE Y SE LO MUESTRA. RUDI LO MIRA)

RUDI —Ah, el cheque del arriendo, ¿no?

ALICIA —Sí. No tenía fondos y lo devolvieron.

RUDI —(MUY SORPRENDIDO) Pero, ¿cómo? ¡Si yo deposité ese mismo día!

ALICIA —(SECA) ¿Sí? Resulta que como es el segundo mes que pasa lo mismo, mi mamá me encargó que, junto con pedirle que le pague en plata, le diga que tenga la amabilidad de dejarle el departamento. Usted sabe lo escasos y lo solicitados que están ahora los departamentos en el

centro, se lo han pedido varias veces, y como a ella no le gusta tener problemas con el pago, usted comprenderá que es el único camino que puede seguir.

RUDI —Le aseguro que no me explico qué puede haber pasado. (MIRA SU LIBRETO DE CHEQUES) Le encargué a uno de mis empleados que fuera a hacer el depósito... El Tito, usted lo debe conocer de vista, viene a hacerme el aseo... No puedo creer que no me haya cumplido el encargo. Con decirle que ya no me había preocupado más del asunto. Pero, en fin, si usted me asegura que no le pagaron el cheque...

ALICIA —No lo pagaron. Mi mamá está muy molesta, como usted comprenderá. Le revientan todos los trámites bancarios, ahora imagínese lo que le habrá parecido que le devolvieran el cheque.

RUDI —¡Me imagino perfectamente! ¡No sabe cuánto lo siento! Voy a averiguar cuanto antes qué es lo que pasó con ese depósito. La gente está tan incumplidora, ya no sé qué pasa. Uno tiene que andar haciendo equilibrios. Justamente, ahora, cuando usted entró, iba a llamar a un señor que me debería haber pagado la semana pasada. ¿Sabe? Lo voy a llamar para arreglar este asunto, inmediatamente. Momentito, por favor. (MARCA UN NÚMERO. SE VUELVE HACIA ALICIA, SONRIENTE). Asiento. (ALICIA SE SIENTA) ¿Aló? El señor Julián Hernández, por favor... ¿Julián? Mi viejo, habla Rudi... Oye, ¿qué fue de esa plata que me ibas a pagar el sábado pasado? ¡La necesito lo antes posible, mi viejo! Pasa mañana como a las once por el negocio. Bueno a las doce. Sí, y llévame la plata. Es urgente. Gracias. Adiós, mi viejo. (CUELGA) Bueno... (ALICIA SE LEVANTA) menos mal que se arregló este asunto... Usted ve como son las cosas. No crea que ha habido dejación de mi parte... ¿De veras que no se quiere servir un trago?

ALICIA —No, gracias.

RUDI —Los problemas de plata son tan desagradables, mejor pasarlos con un buen trago, ¿no le parece? Lo único que quiero es que, ahora que por fin tengo el gusto de tenerla aquí, no se me vaya a sentir incómoda. Me doy cuenta que para usted es una tarea muy ingrata, pero como es algo que se puede solucionar fácilmente... ¿Un gin con gin?

ALICIA —No, de veras. Gin, menos que nada. Me cae pésimo.

RUDI —¿Pisco sour? Lo preparo en un segundo. (ELLA NIEGA CON LA CABEZA, A PUNTO DE SONREÍR) ¿Un vinito blanco heladito?

ALICIA —(VACILA, SE ENCOGE DE HOMBROS) Bueno, un poquito de vino blanco. (RUDÍ ENTRA A LA COCINA) ¡Pero muy poco! Realmente no debería... Por favor, ¡muy poco! ¡Una gota! (RUDI VUELVE CON UNA BOTELLA DE VINO BLANCO Y DOS VASOS)

RUDI —(SIRVIENDO EL VINO) En este momento no ando con plata encima, pero se la puedo pasar a dejar mañana a mediodía al departamento de su mamá. (LE ENTREGA EL VASO).

ALICIA —(SONRÍE) Gracias. Como usted comprenderá, yo no tengo nada que ver con ese asunto... de manera directa. Lo único que hago es transmitirle el recado, nada más. Pero yo creo que lo mejor sería que fuera a hablar con mi mamá lo antes posible, porque ella da por terminado este asunto de su arrendamiento. Así es que si usted quiere conservarlo...

RUDI —¡Por supuesto que quiero! Asiento, por favor.

ALICIA —(SENTÁNDOSE) Otro a este precio no va a encontrar.

RUDI —Y no es sólo el precio, ¡está tan bien ubicado! Además que, con tanto trabajo, no podría estar buscando otro en este momento.

ALICIA —¿Y por qué no le va a hablar inmediatamente?

RUDI —Es que, ¿sabé?... (MIRA SU RELOJ)

ALICIA —Ah, tiene que hacer.

RUDI —No, espero una llamada telefónica y...

ALICIA —Total, está aquí al lado, no se va a demorar nada. Sería mucho mejor.

RUDI —Sí, tiene toda la razón.

ALICIA —(LEVANTÁNDOSE) Además, para que vaya preparado, mi mamá le va a pegar un buen tirón de orejas.

RUDI —(SONRIENDO) ¿Por qué?

ALICIA —(SONRÍE NERVIOSA) Usted sabe. Las fiestas y... el ruido.

RUDI —¿Qué fiestas?

ALICIA —Usted sabe perfectamente. Esas... reuniones... Las risas. En fin, desde el lado parecen muy animadas... Mi mamá dice que son un ejemplo para mí. Parece que lo pasan muy bien, ¿ah? (RÍE SECAMENTE)

RUDI —Bueno, no todo ha de ser trabajar en este mundo.

ALICIA —Claro, pero... ¡A mí no me molesta, no crea! Total, yo jamás me acuesto temprano. Veo televisión y después leo un rato, a veces, así es que un poco de ruido, más o menos, no me afecta, ¿entiende? Pero ella encuentra que sus reuniones son... eh... No se ría, por favor: "verdaderas bacanales".

RUDI —Tengo que admitir que algunos de mis amigos son bastante chacoteros y de repente se les pasa el tejo.

ALICIA —No, si ella se refiere más bien a sus amigas que a sus amigos. Se escandaliza un poco. Por favor, ¡no crea que yo pienso igual! Total, una ve a cada rato cosas mucho peores, en la televisión, por ejemplo, y a nadie le parece mal, ¿entiende? En las novelas también... pero es que la vida real, la convivencia, es distinta, muy distinta. No sé si me entiende lo que quiero decir.

RUDI —Sí, claro. Gracias, de todas maneras, por advertirme.

ALICIA —Yo comprendo... un hombre joven, soltero... no puede ser de otra manera, ¿verdad?... Quiero decir... en fin, supongo que puede ser de otra manera, pero es natural si... La semana pasada lo vi con su novia.

RUDI —¿Con quién sería?

ALICIA —¿Cómo? ¿Que tiene varias?

RUDI —(RÍE) No, me parecía raro porque no tengo novia.

ALICIA —Ah... En fin, esa polola suya, muy bonita, una rubia de ojos claros, muy elegante. Una que viene muy a menudo por aquí.

RUDI —Ah, sí.

ALICIA —Es muy buena moza.

RUDI —Sí, pero ya no tenemos nada que ver.

ALICIA —Nadie que la vea así, en la calle, podría pensar que tiene esa risa tan... fuerte. Mi mamá la encuentra un poco vulgar, la risa, quiero decir. Como los baños están comunicados por el extractor de aire, por la ventilación, se oye, a veces.

RUDI —¿Sí? Yo también oigo, a veces, los ladridos del perro de ustedes.

ALICIA —Ah, no es mío, es de mi mamá. A mí no me gustan los perros chicos. Sobre todo que, cuando hay que sacarlo a pasear, lo tengo que sacar yo, ¡y me siento tan incómoda! La gente siempre tiene la idea de que las mujeres solas, con perros, son solteronas.

RUDI —¡Pero usted es lo más alejado a una solterona que yo conozca!

ALICIA —De todas maneras es incómodo, ¿entiende? La gente se hace una idea equivocada de una y no la cambia. Apuesto que usted, por ejemplo, cree que soy una persona fría... quiero decir, poco sociable. ¡No! (TOMA SU VASO Y BEBE) Todo lo contrario, me encantan las fiestas, salir a comer afuera, ir al teatro, a cualquier parte. Lo que pasa es que mi mamá tiene tan mala salud y tengo que cuidarla. Si no lo hago yo, que soy su hija, ¿quién lo va a hacer, también? Una pierde su vida por tonterías como esa. ¡Es terriblemente injusto! ¿No cree usted? ¿De qué sirve tener tanta plata, si no se puede aprovechar?

RUDI —(INTERESADO, SONSACÁNDOLA) ¿Ustedes tienen más propiedades, aparte de estos departamentos?

ALICIA —Claro, ¿no sabía? Mi mamá es la dueña de la "Casa Quiroz".

RUDI —¡No me diga! Yo pensé que era un alcance de nombres. ¡Quiroz, claro! No se me había ocurrido.

ALICIA —La maneja un administrador que nos roba lo que quiere. Es terrible, pero yo no nací para eso, no tengo cabeza para los negocios, como mi mamá. Claro que la ayudo bastante, no crea, sobre todo ahora que está enferma, tengo que estar todo el día corriendo de un lado para otro, haciendo esto y lo de más allá. (RUDI LE SIRVE MÁS VINO) Gracias. A usted le pasará lo mismo, me imagino.

RUDI —Exactamente igual. El negocio es mío, pero sacarlo adelante, solo, es bastante difícil. (RÍE) ¡Qué cosas pasan! ¿No? Yo tenía una idea totalmente distinta de usted.

ALICIA —¿Sí? ¿Qué pensaba? Lo que yo le dije, apuesto.

RUDI —No, todo lo contrario. Pensaba que era una mujer de negocios, una mujer intelectual, más que nada, y ahora que la conozco un poco más, muy poco más, claro, resulta que es totalmente distinta.

ALICIA —(SONRÍE, MIRANDO SU VASO). Y ¿cómo soy?

RUDI —Tiene una gran sensibilidad, es algo que le aflora por la piel (LA MIRA COMO EXTRAÑADO). Es muy raro. ¡Y yo que me creía un buen fisonomista! Pero usted está fuera de todos los moldes.

ALICIA —(RÍE, NERVIOSA). ¿Usted... usted cree? ¿No me estará tomando el pelo?

RUDI —Ha sido un verdadero descubrimiento y hay que celebrarlo. ¿Está muy ocupada esta noche?

ALICIA —¿Esta noche?... Eh... No sabría decirlo inmediatamente. A lo mejor mi mamá me necesita, depende de cómo se sienta. ¿Por qué?

RUDI —Me encantaría si pudiera acompañarme al teatro.

ALICIA —¿Sí? ¡Sería estupendo! Hace siglos que no veo una buena película. ¿Qué le parece si...? Usted va a ir a hablar con mi mamá ahora, ¿no es cierto?

RUDI —Sí.

ALICIA —Ahí le puede preguntar si me necesita para algo.

RUDI —¿Cómo no la va a dejar salir? Es un rato tan corto y después podemos pasar a tomarnos un trago decente en el centro. Volvemos temprano.

ALICIA —Si quiere vamos al tiro a hablar con ella. ¡No le tenga miedo! Parece muy seca, pero es comprensiva en el fondo. Yo le ayudo.

RUDI —Con usted al lado, soy capaz de ir hasta el mismo infierno.

ALICIA —(RÍE). ¡No me diga esas cosas que capaz que le crea!
(SE DIRIGE HACIA LA PUERTA, SEGUIDA POR RUDI)

RUDI —(SALIENDO). No sabes el gusto que he tenido al tenerte por aquí, Alicia (CIERRA LA PUERTA. PAUSA. SUENA EL TELÉFONO UNAS SEIS VECES. PAUSA. LA PUERTA SE ABRE Y ENTRA TITO. TIENE VEINTIOCHO AÑOS Y ES DE REGULAR ESTATURA, MORENO, CORRECTAMENTE VESTIDO: ZAPATOS DE GAMUZA, CAMISA BLANCA Y CORBATA, CHAQUETA DE *TWEED* Y PANTALONES GRISES. ES TENSO Y TRATA DESESPERADAMENTE DE APARECER DESENVUELTO. VA HACIA EL DORMITORIO, ABRE LA PUERTA Y MIRA HACIA ADENTRO. SE ACERCA A LA PUERTA DEL BAÑO Y GOLPEA. ESPERA UN MOMENTO Y LUEGO LA ABRE, MIRANDO HACIA ADENTRO. SALE Y CIERRA LA PUERTA).

TITO —No está (ENTRA AMANDA Y CIERRA LA PUERTA DE ENTRADA. AMANDA ES UNA MUJER ALTA, DE TREINTA Y CUATRO AÑOS Y, SEGÚN LAS CIRCUNSTANCIAS, PUEDE APARENTAR VEINTICINCO O CUARENTA AÑOS, SIENDO SIEMPRE ATRACTIVA. USA *ROUGE* CLARO Y UN PEINADO TAN A LA ÚLTIMA MODA QUE SE VE LIGERAMENTE VULGAR. LO MISMO OCURRE CON SU ROPA. SIN LUGAR A DUDAS SU MAYOR INTERÉS ES LLAMAR LA ATENCIÓN, TRAE UN PAQUETE CON EL PAPEL SUCIO Y ROTO EN VARIAS PARTES).

AMANDA —Mejor, así tenemos tiempo de hablar con más tranquilidad.

TITO —¡Lógico! (RECOGE UNOS PAPELES ARRUGADOS QUE HAY DETRÁS DEL SOFÁ). ¡Este lo bota todo al suelo! (ENTRA A LA COCINA)

AMANDA —No es nada de feo, ¿ah?

TITO —(EN LA COCINA). ¿Qué cosa?

AMANDA —(FUERTE). ¡El departamento! No es feo, digo.

(TITO VUELVE)

TITO —Bueno, con lo que cobran, también. (ORDENA LAS REVISTAS QUE HAY EN UNA DE LAS MESAS)

AMANDA —¡De película! Oye, ¿y tiene tanta plata como decís tú?

TITO —A veces tiene pa tirar p'al cielo, otras, ni para pagar el arriendo.

AMANDA —Y ahora, ¿cómo anda?

TITO —Bien.

AMANDA —Ah, menos mal.

TITO —Y cuando no tiene, firma un chirimoyo y listo. Siempre se las arregla de alguna manera.

AMANDA —¿Tú creís que le voy a gustar?

TITO —¡Lógico! Vai a ver. Y le vai a gustar mucho más si hacís lo que yo te digo.

AMANDA —¡Si hubiera sabido que iba a pasar esto me pongo otro traje!

TITO —Así estái bien.

AMANDA —Es que tú no sabís cómo me queda mi traje negro de noche. Bueno, ahora no hay caso de cambiarse, tampoco, de ninguna manera. ¿No tienen trago aquí?

TITO —La comida podrá faltar, ¡pero el trago nunca! ¿Querís gin con gin? (VA HACIA LA LICORERA)

AMANDA —Ya, dame uno. Estoy como papel secante, te voy a decir. Vivo con sed... Yo no sé por qué será, porque antes... (SUSPIRA). Bueno... Oye, pues, cuéntame ahora, ¿tú creís que se le podrá sacar algo a tu amigo?

TITO —Bueno, si le explotái el lado flaco, podís ganar más de lo que sacabai en un año entero de trabajo.

AMANDA —¡No me digái! ¿Cierto?

TITO —¡Bah! ¿No te digo que se pone super rangoso cuando quiere conquistarse a una fulana? Yo lo he visto regalarle un traje de fiesta a una gorda asquerosa porque lo hizo reírse en la cama. Claro que hay que irse con cuidadito

porque éste se las sabe todas por libro. Hay que armarle una historia más o menos... algo que lo entretenga, que lo haga sentirse... como jugando a las escondías, que él es el jovencito macanúo, como en las películas. (LE ENTREGA UN VASO). Ná de ponerse románticos, ni sinceros, ni nada por el estilo. Ve una cosa que parezca verdad y al tiro se pudre... (AMANDA MIRA HACIA EL INTERIOR DEL DORMITORIO). ¿Me estái oyendo? ¡Amanda!

AMANDA —¿Ah?

TITO —¡Chis! ¡Esta sí ques güena, oh! Presta atención si querís sacar tajá.

AMANDA —Si te oí que le gusta dársela de macanúo.

TITO —Si hacís lo que yo te digo, no te vai a arrepentir.

AMANDA —Estaba pensando que es como si tuviera un ángel guardián, ¿sabís? yo estaba bien fregá, ¡Puf! La Compañía sonó como tarro. Nos dijeron: "Chao, niñas, que les vaya bien en su nueva profesión". ¡Chis! ¡Nueva profesión!... Y, en esto, aparece el nene con un programa para su hermanita querida, el lindo.

TITO —¿Y por qué sonó la Compañía? ¿Que no iba gente?

AMANDA —¡Se llenaba! Pero uno de los administradores salió pegando con toda la plata, como de costumbre, y los demás se quedaron mirando, los bolsa'e papas. Yo, en medio de la rabia que tenía, me reía pa mis adentros, de ver a la Marisa Roy, con sus diamantes en el ombligo y sus plumas en el traste, ¡tan fina ella!... La vedette, pues. ¡Parecía una gallina al borde de la olla!

TITO —Yo nunca te fui a ver.

AMANDA —Vieras el éxito que tenía con (CANTA).

¡Quiero estar sola
con mi papito!
¡Quiero estar sola
mi amor...

Se apagaban todas las luces y, cuando se prendían, yo estaba de espaldas con mi traje negro, largo, y mi aba-

nico negro. Entonces empezaba la música y yo me bajaba el cierre de un tirón, me volvía y empezaba (CANTA). ¡Quiero estar sola con mi papito! ¡La reina del *striptise*, m'hijito!... ¡Campeoncita, pa que sepa! Es que las otras tontas guasamacas, también, llegaban y se empelotaban, en cambio yo, como no soy ninguna lesa, me fui a ver un par de películas y ¡como si hubiera tomado clases! Les gané a unas cabras que podrían haber sido hijas mías... Bueno, no tanto tampoco, un poco más jóvenes, no más... No estoy na de mal, todavía, ¿no encontrái? (SACA PECHO). Claro que... (SUSPIRA). Está bueno que empiece a buscar otra cosa. Ya no estoy tan cabra. Oficialmente tengo veintiocho.

TITO —¡Chis! Somos mellizos ahora.

AMANDA —Y el año que viene vai a ser mayor que yo, pa que sepái.

TITO —¡Por la mismísima! Ahora que estoy pensando, le voy a tener que decir al Rudi que erei hermana mía.

AMANDA —¿Y por qué?

TITO —¡Por hocicón, por eso! ¡Quién me manda hablar, también! Cuando salió en el diario esa foto tuya, que estabai pilucha con un ramo de flores, ¿te acordái?

AMANDA —Tengo unas mejores, sin las florcitas.

TITO —El Rudi dijo algo por la foto: "Chitas la tonta güena". Algo así.

AMANDA —¿De veras dijo eso?

TITO —Y yo, el jeta'e babero, le dije: "Es hermana mía". "¿Y en qué estái que no me la presentái?" —me dijo. Entonces yo le dije que te ibai al Perú.

AMANDA —¿Y pa qué le dijiste eso? ¡No conozco ni Iquique y voy a conocer el Perú!

TITO —No sé... Es muy... "Se le va a lanzar al dulce delante mío", pensé yo. "Me voy a sentir como cañiche". Preferí que no.

AMANDA —Y ahora, ¿no te importa sentirte como cañiche?

TITO —¿Por qué? Nadie te obligó, ¿no es cierto? Si no te gusta, te vai y listo.

AMANDA —¡Ven a botarte a macanúo, ahora!... ¿Adónde voy a ir? Cuando tuve que sacar estas cosas a escondías de la pensión, pa que la vieja no se diera cuenta que me estaba arrancando. Si el bolsillo de tu amigo funciona, pago lo que debo y saco mis maletas, si no... (SE ENCOGE DE HOM-BROS).

TITO —A propósito, mejor guarda el paquete, no se ve naíta de elegante. Lo voy a dejar en el closet (LO GUARDA).

AMANDA —Oye.

TITO —¿Qué?

AMANDA —Mejor que no te hagái muchas ilusiones si, porque capaz que no le guste.

TITO —Ya le gustaste, cuando vio la foto.

AMANDA —Pero han pasado dos años de eso... Anoche, un gallo, en el Bar, me empezó a ligar, se sentó en mi mesa, estaba más curao que mi agüela, y cuando yo creí que la cosa estaba hecha, empezó a contar: Un, dos, tres, cuatro, cinco. “¿Qué estái contando?”, le pregunté yo. “Te estoy contando las arrugas”, me dijo el desgraciao. ¿Qué iba a hacer? ¡Lo mandé a la mierda!

TITO —Si el Rudi te empieza a contar las arrugas, mejor te hacís la lesa, ¿ah?

AMANDA —¿Qué arrugas? (SACA SU POLVERA Y SE MIRA). Un poco de ojeras, apenas, porque no dormí bien (CIERRA LA POLVERA DESAFIANTE). Me tinca que ahora no te va a importar que se me lance al dulce delante tuyo.

TITO —Claro que no. Es mi única posibilidad.

AMANDA —Bueno, pero cuéntame bien, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué ganái tú si yo lo conquisto?

TITO —Termina el trago. Voy a guardar los vasos para que no vea que estuvimos tomando. (AMANDA TOMA LO QUE QUEDA DE UN TRAGO)

AMANDA —¿No nos vamos a tomar otro?

TITO —Cuando él llegue. (LLEVA LOS VASOS A LA COCINA)

AMANDA —Entonces, ojalá que llegue luego. (TITO VUELVE).

Siéntese aquí y cuéntele sus penas a su hermanita querida.

TITO —(LA MIRA Y SE SIENTA LEJOS DE ELLA). Yo trabajo con él...

Soy una especie de... de empleada para todo servicio.

AMANDA —No me digái. ¿Es loca?

TITO —¿Estai más lesa? Es como tonto pa las mujeres. No... es que... hago de todo, aquí en la casa y en el negocio. Una vez vendí un auto casi yo solo porque él no estaba. Me deja solo porque tiene confianza en mí, ¿entendís? Pero ahora le ha dado con que necesita un empleado para que le ayude a atender la clientela. Si lo hace, no tengo esperanza de subir... de surgir, ¿me entendís? El negocio es chico, no hay mucho movimiento, si llega otro empleado, ahí sí que no voy a tener esperanzas de subir, voy a estar de más, me va a dejar para los mandados, para el aseo, ¡una porquería! Y yo soy capaz de hacerlo, ¡soy capaz!

AMANDA —¿De qué cosa?

TITO —De atender a la clientela. Yo... yo le he probado que puedo atender público, también, ¿por qué no? No es difícil aprender, por último, y convencer a la gente. Pero no, dice que me falta desenvoltura, que necesita un tipo con buena facha, elegante, suelto e' cuerpo, que sepa hablar. ¡Y yo puedo hacerlo... puedo hacerlo! Soy... capaz de ser elegante y suelto e' cuerpo. ¡Soy capaz! Pero cada vez que se lo digo se ríe y me dice: "Qué vai a servir vos, si soi el hombre invisible". (SE ACERCA A ELLA). Por eso había pensado, si tú le gustái, podríai decirle que me pruebe un tiempo, ¡convencerlo! ¿entendís? Y de paso te podís conseguir la plata pa sacar tus cosas de la pensión. Yo sé que tú podís conquistarlo. Trata, ¿ah?

AMANDA —¿Y tú creís que se va a acordar de mí por la foto esa? Seguro que ni me miró la cara.

TITO —Sí, éste tiene memoria de elefante. Sí, te miró. Me dijo: "Chitas, la tonta güena". (AMANDA RÍE, FELIZ). "Pero,

¿cómo va a ser hermana tuya, este churro? ¡No son ni parientes". "¡Claro que somos hermanos —le dije yo— medios hermanos, no más! El papá de ella se murió...". No le iba a estar contando toa la verdad, tampoco.

AMANDA —¿Así que sabe que soy mayor que tú?

TITO —Claro.

AMANDA —Bueno... pongámole que tengo treinta, entonces.

TITO —Si no importa, él no es ningún cabrito, tampoco.

AMANDA —(DESPUÉS DE UNA PEQUEÑA PAUSA). ¡Puchas que sería fantástico! Necesito doscientos mil, lo menos, pa sacar mis maletas de la pensión. Dejé mis trajes, mis abanicos, todo eso es mucho más de quinientos mil (PAUSA. RÍE).

TITO —¿De qué te reís?

AMANDA —De un chiste que me contaron (RÍE).

TITO —(SE LEVANTA, MOLESTO). Estái medio volá tú, ¿ah? Podíai prestar un poco de atención.

AMANDA —(ACOMODÁNDOSE EN EL SOFÁ). Me canso, ¿qué querís que le haga? Me canso. Cuando los tipos del Bar me hablan, les pongo la cara y pienso en mis cosas. Si se callan, me río, si hablan, les miro con los ojos bien abiertos. No falla nunca. Pero, ¿qué sería de mí, si encima de aguantarlos, tuviera que oírlos?

TITO —Bueno, pero yo no soy uno de esos tipos.

AMANDA —(LO MIRA Y RÍE ENTRE DIENTES). No, claro.

TITO —A mí me tinca que un gallo que ha estado yendo bien seguido estos días al negocio, se lo está trabajando pa conseguirse el puesto. Cada día que va llega con un terno distinto. Zapatos, corbata, calcetines, todo distinto. Por eso compré este traje.

AMANDA —¿Y qué dijo él?

TITO —¿Rudi? ¿Por el traje?, no se dio ni cuenta.

AMANDA —¿Por qué le decís Rudi? ¿Cómo se llama?

TITO —Rodolfo, pero todos le dicen Rudi.

AMANDA —Rudi... Rodolfo... ¿Por qué me suena ese nombre? Capaz que lo conozca.

TITO —No, no creo.

AMANDA —¿Por qué no? Yo conozco a mucha gente. ¡Uf! Lo malo es que esa gente también me conoce a mí.

TITO —No, me habría dicho algo... Oye, le podemos decir que venís llegando de Lima, que estáis de paso y que yo quería presentártelo.

AMANDA —¿Y a qué hora llega?

TITO —Eso no se sabe nunca.

AMANDA —¿Estoy muy chascona?

TITO —No, si estáis bien.

AMANDA —Le dije a la peluquera que le pagaba el lunes. Pobre, me creyó... En fin, todo puede pasar... ¡Qué suerte tenís tú! ¡Ay! Tener un trabajo firme, seguro. ¡El sueño del pibe!

TITO —Podís inventarte un novio, además, eso le va a picar el interés. Las mujeres demasiado independientes no le gustan mucho. Le da miedo que le cacen.

AMANDA —¿Qué más?

TITO —No le pidái ná y si te ofrece algo, hazte de rogar. Y si... se pone romántico, tómallo como si estuvierai acostumbrada a eso.

AMANDA —¡Estoy acostumbradísima!

TITO —Mejor. Te va a gustar, es un tipo divertido. Claro que cuenta como veinte veces la misma historia, pero, de todas maneras, riéte hartito.

AMANDA —¡Total!, es igual que todo el mundo, no más!

TITO —Sí, pero acuérdate que... (LA PUERTA SE ABRE Y ENTRA RUDI). ¡Qui'ubo, Rudi!

RUDI —Hola. ¡Qué bien acompañado estás! Espero no molestar.

TITO —No, es mi hermana. Amanda, éste es Rudi.

RUDI —(SE ACERCA A AMANDA Y LE DA LA MANO. ELLA SONRÍE ESPLENDOROSAMENTE). Mucho gusto. (SIN SOLTARLE LA MANO). Pero, ¿no nos conocemos de alguna parte, nosotros?

AMANDA —(SEDUCTORA). A lo mejor... Realmente, no recuerdo.

TITO —(RÁPIDO). Yo te mostré una foto, ¿te acuerdas?

RUDI —¿Una foto? (LE SUELTA LA MANO A AMANDA)

AMANDA —¿Qué foto? ¿Cuál?

TITO —Una de cuando trabajabas en el teatro.

AMANDA —¡Ay, no te puedo creer que le mostraste una de esas fotos! ¡Qué horror!

RUDI —¡Ah, ya! Ahora me acuerdo. No la había reconocido.

AMANDA —(INQUIETA). ¿Sí? ¿Por qué?

RUDI —(RÍE BAJO). Estaba con otro peinado.

AMANDA —(RÍE). ¿No sería otra cosa?

RUDI —Me parece que estaba un poco escotada.

AMANDA —(RÍE FUERTE). ¡Qué encanto! (RÍE A GRITOS, ESTRIDENTE). ¡Escotada! (FINA, OTRA VEZ). ¡Qué divertido!

RUDI —¿Así que usted es artista, no?

AMANDA —(SENTÁNDOSE). Así dicen.

TITO —(NERVIOSO). Le dije que viniera para presentártela.

RUDI —Encantado, pues.

AMANDA —Tito me ha hablado tanto de usted.

RUDI —¿Y qué le ha dicho este bandido? Apuesto que nada bueno.

AMANDA —Todo lo contrario. ¡Demasiadas cosas buenas! Hasta el extremo que yo me dije: "Bueno, habrá, que conocer a esta maravilla".

RUDI —Nunca le crea mucho a Tito, tiene demasiada imaginación. Pero apuesto que no le ha ofrecido ni un trago.

TITO —Te estaba esperando, para...

RUDI —¡Pero hombre, por Dios! ¿Cuándo vas a aprender? Prepárate un trago rápido, una Nikolachka.

TITO —Ya. (ENTRA A LA COCINA).

AMANDA —¿Nikolachka? ¿Qué es eso?

RUDI —Un trago. Es medio complicado tomarlo, pero yo le voy a enseñar. Le va a gustar, va a ver.

AMANDA —¡Tengo tan mala cabeza para el trago!

RUDI —Eso tiene sus ventajas, también.

AMANDA —¿Sí? ¿Cuáles?

RUDI —Que uno se alegra más rápidamente.

AMANDA —No lo necesito, yo soy alegre por naturaleza.

RUDI —¡Qué bien! Todo lo contrario que su hermano, entonces.

AMANDA —¡Ah, sí, por supuesto! Tito es muy tímido.

RUDI —(PAUSA. RUDI LA EXAMINA. ELLA SONRÍE NERVIOSA Y CAMBIA DE POSICIÓN). Bueno y dígame, ¿a qué teatro la podemos ir a ver?

AMANDA —A ninguno, por ahora. Vengo llegando de Lima y...

RUDI —De Lima, ¿ah? ¡Qué interesante! ¿Cómo es?

AMANDA —¿Qué cosa?

RUDI —Lima.

AMANDA —¡Ah, Lima! Muy... muy bonita.

RUDI —¿Y le fue bien allá?

AMANDA —(ANIMADAMENTE). ¡Ah, sí! Un éxito increíble. La gente... ¡uf! ¡Increíble!

RUDI —¡Qué bien! ¿Y cuándo llegó?

AMANDA —Hace... una semana casi.

RUDI —¡Y este bárbaro de Tito no dijo nada!

AMANDA —Es que yo no le avisé mi llegada. Soy muy mala para escribir cartas.

RUDI —¡Ah!

AMANDA —Pienso descansar un tiempo antes de seguir viaje a Buenos Aires, tengo un contrato estupendo allá y salí, esta noche, a dar una vuelta por el centro y me encontré con el Tito en la calle. ¿Se da cuenta qué chico es este mundo? ¡Un pañuelo! Entonces me dijo que viniera porque quería presentarme a un hombre muy interesante y muy simpático. Así que ante semejante oportunidad dejé plantado a mi novio y aquí estoy.

RUDI —¿Usted está de novia?

AMANDA —Hace más de tres años.

RUDI —¿Tres años? Yo no soy partidario de los noviazgos tan largos.

AMANDA —Roberto está muy apurado, pero quiere que yo deje mi trabajo, por supuesto, y eso me cuesta mucho. Ahora me hizo jurar que, volviendo de Buenos Aires, nos casábamos inmediatamente.

RUDI —¿Y usted le dijo que sí?

AMANDA —¿Qué iba a hacer? Lo he hecho esperar tanto al pobre. (SUENA EL TELÉFONO. TITO APARECE EN LA PUERTA DE LA COCINA).

RUDI —(A TITO) Deja, yo voy. (A AMANDA) Con permiso.

AMANDA —Suyo. (TITO VUELVE A LA COCINA)

RUDI —(LEVANTA EL FONO) ¿Aló?... Sí, con él... ¡Ah! ¿Cómo estás, mi viejo?... Ah, ¿sí? ¡Qué barbaridad!... ¡No me digas! ¡Pero si ese mismo día mandé a depositar!... ¡No sabes cuánto lo siento!... ¡Lógico, de todas maneras! No te preocupes, tú sabes que te voy a pagar... Estoy seguro que lo vas a comprender, he tenido algunos problemas, pero... (PAUSA) Mire, señor, no le acepto que me venga a gritar, ¿entiende? Y para que sepa, no saca nada con sus amenazas... ¡Ándate a la cresta, huevón! (CUELGA. SE RECOMPONE RÁPIDAMENTE Y VUELVE A SENTARSE, SONRIENDO, PERO LEVEMENTE ALTERADO) Una de las maldiciones de este mundo es tener teléfono en la casa.

AMANDA —De veras, ¿no?

RUDI —Cualquier cretino se siente con derecho a jorobarte. (ENTRA TITO CON UNA BANDEJA CON TRES VASOS DE PISCO, UNA BOTELLA DE PISCO Y UN PLATO CON TORREJAS DE LIMÓN, SIN CÁSCARA, CUBIERTAS CON AZÚCAR GRANULADA) ¡Por fin llegó el trago!

AMANDA —¿Cómo dijo que se llamaba?

RUDI —Rudi.

AMANDA —(RÍE) ¡No, el trago!

RUDI —(RÍE) ¡Ah! Nikolachka. Le voy a enseñar cómo se toma. Saque una torreja de limón.

AMANDA —(SACÁNDOLA) ¡Ay, están con azúcar encima!

RUDI —Ahora se la echa a la boca. (ELLA LO HACE) ¡No la masque!, ¿ah? Cuando sienta la boca bien dulce con el azúcar,

se toma este vaso de pisco al seco. (LE ENTREGA UN VASO CON PISCO)

AMANDA —¡ Mmmmmmm!

RUDI —Y después masca el limón. (TITO Y RUDI SE ECHAN UNA TORREJA DE LIMÓN A LA BOCA Y TOMAN EL VASO) ¡AL SECO! (LOS TRES BEBEN)

AMANDA —¡Mmmm! ¡Qué fuerte!

RUDI —¿Le gustó el pisco?

AMANDA —Rico.

RUDI —¿Quiere otro?

AMANDA —Más ratito. ¡Uy!, me llegaron a salir lágrimas de los ojos. (SUENA EL TELÉFONO).

RUDI —(A TITO) Si es voz de hombre, no estoy. (TITO LEVANTA EL FONO).

TITO —¿Aló?... Sí, sí está, ¿de parte de quién? Momentito. (A RUDI) Una señorita Verónica. (RUDI SE ACERCA AL TELÉFONO AGITADO).

RUDI —Permiso (CON VOZ DE DORMITORIO) ¿Aló? Hola... Sí. Claro... ¿De veras? Estupendo. Claro... (MIRA A TITO) Un poco lleno. Sí. (RÍE) Tú entiendes. (TITO Y AMANDA SE MIRAN. RUDI RÍE) Ah, lógico, sin falta... Salvaje, pues. Mañana sin falta, entonces. Por supuesto, de todas maneras. Ya... Sí. Adiós. Sí... (RÍE) Adiós... Adiós. (CUELGA. ALEGRE VOLVIENDO A AMANDA Y FROTÁNDOSE LAS MANOS) ¡Bueno, ¿en qué estábamos?

AMANDA —Le estaba diciendo a Tito, hace un rato, que me encanta el departamento.

RUDI —Sí, pero tiene un defecto que vale por cien.

AMANDA —¡No me diga! ¿Cuál?

RUDI —La dueña vive en el departamento del lado. (A TITO) Vino la hija recién, a quejarse y tuve que ir a hablar con la vieja. Por suerte las ablandé (RÍE) ¡Estoy viendo que me voy a tener que sacrificar con la niñita esa!

TITO —Se lo pasan alegando por el ruido.

AMANDA —¡Es que ustedes, también! ¡Quién sabe qué clase de vida lleva este par aquí!

RUDI —Pero si este departamento huele a santidad, ¿verdad, Tito?

AMANDA —Permiso pa reíme. ¡Pero es precioso! ¿Cuántas piezas tiene?

RUDI —Dos, no más. Hay un solo dormitorio, así que el Tito duerme aquí, en el sofá. Va muy bien este chiquillo, va a ver que un día de éstos va a sacar su departamento propio. Yo lo aconsejo mucho, viera usted.

TITO —Claro.

RUDI —Yo le digo que me aprenda a mí, que empecé de abajo, ¡de vendedor ambulante! (TITO RÍE) ¡Y esa sí que es prueba! Vendiendo quitamanchas, y ahora tengo mi negocio requete bien instalado. Así se ve la gente con ñeque, ¿verdad?

AMANDA —¡Ay! Ya lo veo vendiendo quitamanchas. No le creo nada.

RUDI — (A AMANDA, FUERTE Y AGRESIVO, EN VENDEDOR) ¡Señorita! Usted ve esta camisa impecable... Mire, este es yodo, quema la piel y cauteriza las heridas. Observe esto. (GESTO DE ECHÁRSELO SOBRE LA CAMISA) Imagínese lo que hará con el delicado tejido de mi camisa.

AMANDA —¡Está inventando! ¡Está inventando! ¡No le creo nada! Pero, ¡es tan divertido! Lo hace igual que los vendedores ambulantes. Usted es regio actor, ¿ah?

RUDI —Podríamos hacer un numerito juntos. (SE LLEVA LA MANO AL CINTURÓN) Un *striptise* doble.

AMANDA —¡Miren lo que quería!

RUDI —(SENTÁNDOSE, CANSADO) ¿Así que usted no me cree que vendía quitamanchas?

AMANDA —Por supuesto que no. Tito me contó que tiene un negocio fantástico en la Alameda.

RUDI —Sí, compra y venta de automóviles, pero tanto como fantástico... Vaya a vernos cuando quiera. Afuera hay un aviso luminoso que dice "Autos Fuenzalida Autos". Vaya.

AMANDA —Claro, lo voy a pasar a ver.

RUDI —(MIRA SU RELOJ) Bueno, desgraciadamente voy a tener que dejarlos, ahora. (SE LEVANTA).

TITO —¿Vas a salir?

RUDI —Tengo un compromiso, pero voy a volver temprano.

AMANDA —¡Ay, qué lástima! ¡Tan bien que lo estábamos pasando!

RUDI —De veras, ¿no es cierto? (LE DA LA MANO) Pero no será la última vez que nos vemos, me imagino.

AMANDA —A lo mejor, después de comida, paso por aquí, un rato.

RUDI —Sería estupendo. Qué lata haberme comprometido. Bueno, en fin... Adiós y encantado de conocerla.

AMANDA —Igualmente, pues. Hasta luego. (RUDI LE SUELTA LA MANO Y CAMINA HACIA LA PUERTA)

TITO —Si preguntan por ti, ¿qué digo?

RUDI —Que no estoy. (RÍE Y SALE).

TITO —(APENAS RUDI HA CERRADO LA PUERTA) ¡Puchas que somos bien quemados! ¡Justo se le tenía que ocurrir salir esta noche!

AMANDA —¿Y qué vamos a hacer?

TITO —No sé... Vas a tener que venir mañana.

AMANDA —No, mañana, no. Sería perder todo el trabajo que llevamos hecho. Además se puso de acuerdo para salir mañana con esa fulana... esa Verónica. No. ¡Yo me quedo aquí hasta que vuelva! (SE SIENTA).

APAGÓN

SEGUNDO CUADRO

DESPUÉS DE UNA OSCURIDAD QUE DURA BREVES SEGUNDOS, SE PRENDE LA LUZ. TITO ESTÁ SENTADO EN EL SOFÁ, ABURRIDO, LIMÁNDOSE LAS UÑAS CON UNA LIMA LARGA DE MUJER. HAN PASADO DOS O TRES HORAS DESDE EL CUADRO ANTERIOR. AMANDA SALE DE LA COCINA CON UN PAQUETE ABIERTO DE GALLETAS, COMIÉNDOSE UNA.

AMANDA —Encontré estas galletas. Están añejas, pero peor es nada.

TITO —Dame una.

AMANDA —Quedan bien pocas. Tengo un hambre que me comería un buey. (LE DA UNA GALLETA A TITO Y SE SIENTA EN UN SILLÓN) En una de las maletas tengo una pata de conejo. Eso da suerte, dicen. Mi horóscopo de este año decía que me iba a ir bien de marzo para adelante. Menos mal que no falta mucho. ¿Tú crees en el horóscopo? (TITO GRUÑE) Yo tenía un libro estupendo, no me acuerdo dónde lo dejé. Me salía que iba a tener problemas económicos, ¿cuándo no?... Y este infeliz, ¿a qué hora va a volver? Si no llega en media hora más, me voy.

TITO —Se va a poner a llorar a grito pelado cuando vea que no estás.

AMANDA —Capaz... ¿Qué más me salía en el horóscopo? Algo de que... ¿Cómo era? Esas cosas que salen siempre: "Si da felicidad, recibirá felicidad". Esos tipos que ven la suerte deben ganar millones. Es re fácil dar buenos consejos cuando se tiene un departamento instalado. Yo, si fuera rica, sería santa, poco menos. ¿Qué más me salía? (SACA OTRA GALLETA) ¡La última galleta!... ¡El último cartucho del último cañón! ¿De adónde es eso? De una película, parece.

TITO —¡Del Combate Naval de Iquique, animal!

AMANDA —¿Ah, sí? Lo deben de haber dicho en alguna revista, por eso me acuerdo. Yo nunca he entendido eso de

Arturo Prat, total, él perdió y se murió. Esa pelea la ganaron los peruanos, ¿no? No entiendo cómo pueden estar celebrando todos los años una calamidad semejante. ¡Ah! Lo que me salía era que iba a ser un año mejor que el año pasado. Bueno, cualquier porquería es mejor que la mugre del año pasado. Me fue como la reverendísima... En cambio, ahora, no sé por qué... tengo un buen presentimiento. Me siento rutilante, como la Marisa Roy. La Marisa Roy sí que es una *vedette* bien famosa. Se ponía un diamante en el ombligo. Yo no sé con qué se lo pegaba esa bestia, no me quiso decir. Yo hice la prueba hasta con pegatodo y se me caía igual. ¡Se creía la muerte! No se arrugaba con nada... ¿Has tratado de pensar cómo vas a ser dentro de diez años, ah?

TITO —No.

AMANDA —Yo siempre trato, pero no puedo, lo único que se me viene a la cabeza es cómo iré a estar económicamente. Total, envejecer es inevitable y surgir es tan...tan poco seguro, pero tan posible. Por eso siempre leo mi horóscopo. (EN VOZ BAJA, DURA). No quiero terminar como la vieja. Eso sí que no, ni muerta. Antes me subo a cualquier parte y me tiro de cabeza... ¿Tú supiste que el año pasado traté de suicidarme, ¿no?

TITO —¿Qué?

AMANDA —¡Traté de suicidarme!

TITO —¿Cuándo?

AMANDA —El año pasado.

TITO —¿Sí? No tenía idea.

AMANDA —(EXTRAÑADA) ¿Cómo que no? Salió en todos los diarios.

TITO —¡Qué idiota! ¿Y, por qué?

AMANDA —¿Por qué, qué?

TITO —¿Por qué trataste de suicidarte?

AMANDA —¡Ay, hijito! ¡Con lo que me había costado llegar adonde estaba! ¡Con lo que había trabajado! Y de repen-

te, ¡paf! ¡No hay más esperanzas! ¡Porque había trabajado como una imbécil! ¿Y para qué? Para nada. Esa fue la vez que me despidieron por... Es una historia larga, te la voy a contar otro día... Por eso fue. Y todos creyeron que era para salir en los diarios. Los periodistas deben haber pensado: "Publiquémosle algo a esta niña, o si no, va a terminar suicidándose de verdad". Me hicieron harta propaganda, conseguí trabajo y antes de fin de año, la Compañía sonó como tarro. Dime si no es mala pata... ¿Tú nunca hai querío morirte?

TITO —No, todo lo contrario. Quiero vivir, llegar a vivir como la gente alguna vez, sin tener que estar preocupado del peso, como ahora.

AMANDA —¡Uy! Te voy a decir que yo ahora, me siento más optimista que el Gobierno. (ENTRA RUDI, TITO SE LEVANTA)
¡Ay! ¿Qué hora es que ya volvió?

RUDI —¿Qué tal? ¿Comieron?

AMANDA —No, pero si no nos hemos movido de aquí, conversando. Es que hace tanto tiempo que no veía al Tito.

RUDI —¿Y no quiere comer algo?

AMANDA —No... (LE LANZA UNA MIRADA A TITO). Eh... Cuando se me pasa la hora, no como. Y a usted, ¿cómo le fue?

RUDI —Más o menos, no más. Fui a ver una película... un compromiso. Una lata. (SE QUITA LA CHAQUETA. TITO LA LLEVA AL DORMITORIO).

AMANDA —¿Qué película fue a ver?

RUDI —Una italiana, de *cowboys*. Mataban a médio mundo.

AMANDA —¡Uf! Yo veo un caballo corriendo y me canso.

RUDI —(Ríe) ¡ Tan poco que se parece a Tito, usted.

AMANDA —¿Usted encuentra?

RUDI —Si usted no me lo dice, yo no le habría creído jamás a éste.

AMANDA —Bueno, somos hermanos por parte de madre, solamente.

RUDI —Eso debe ser. ¿Una Nikolachka?

AMANDA —Prefiero pisco solo, no más.

RUDI —Usted manda, Amanda. (Ríe) ¡Tito, sírvele a tu hermana! (TITO LES SIRVE A LOS DOS) ¡Amanda es su nombre, ¿no?

AMANDA —Sí, Amanda. Y usted se llama Rodolfo.

RUDI —Tan ceremoniosos que estamos, tratándonos de usted.

Dime Rudi, mejor.

AMANDA —*Okay*, Rudi.

RUDI —(Ríe). ¿Dónde estás alojada?

TITO —En un hotel.

AMANDA —Sí, en un hotel... ¡Pero tan tarde que es! No sé cómo se nos pasó el tiempo! ¡Me voy a ir!

RUDI —Quédate aquí, si quieres.

AMANDA —No, gracias, no es tan tarde. Además sería mucha molestia para ustedes.

RUDI —¿Cómo te vas a ir ahora, justo cuando llegué yo? Voy a pensar que te caí mal. Y nosotros podemos dormir los dos en el sofá. ¿Verdad, Tito?

TITO —Claro.

AMANDA —¿Aquí? No cabe uno y van a caber los dos.

RUDI —Porque supongo que, estando tu hermano aquí, no me tendrás miedo.

AMANDA —Me siento igual que la Caperucita Roja.

RUDI —Me acordé de un chiste brutal de Carlos Sanhueza. Es tan cómico ese tipo.

TITO —¿Cuál es Carlos Sanhueza?

RUDI —Ese que ha estado yendo al negocio estos días. Uno alto, bien vestido, que está desesperado por trabajar conmigo, ¿lo ubicas?

AMANDA —¿Y cuál es el chiste, pues?

RUDI —Bueno, si lo conocen, se ríen igual, ¿ah? Yo no sé nada... Un día apareció una niña estupenda en las puertas del cielo y preguntó si la admitían. Entonces San Pedro le hizo la pregunta de rigor: "¿Es virgen?" "Claro que sí", dijo ella. Pero San Pedro no quedó muy convencido y llamó a un ángel doctor para que la examinara. El ángel doctor la

examinó bien examinada y después le dijo a San Pedro: "Mira, Pedro, yo creo que la podemos dejar entrar, pero debo informarte que tiene siete raspaduras, ahí donde tú sabes. (AMANDA RÍE). San Pedro pensó que no podía dejarla afuera por algo tan insignificante como siete raspaduras, así es que la hizo pasar a la Oficina de Inscripción y le preguntó: "¿Su nombre?". Y ella le dijo: "Blancanieves" (AMANDA Y TITO SE MIRAN Y EMPIEZAN A REÍRSE DE A POCO, HASTA LLEGAR A LOS ALARIDOS DE RISA).

AMANDA —Entonces... los enanitos habían tratado... (RÍE)
¡Qué cosa tan cómica!

TITO —¡Qué bueno!, ¿ah?

AMANDA —(CUANDO LA RISA LA DEJA HABLAR) ¡Qué cosa más divertida! ¡Ay! ¡Tú serías un actor cómico de primera, te juro! (RÍE. SE CALMA POCO A POCO) Era Blancanieves...

RUDI —(FELIZ CON SU ÉXITO) ¡Sirvenos otro trago, Tito. (TITO LO SIRVE). Yo no sé qué haría sin tu hermano, oye. Es un tipo macanudo.

AMANDA —Como se cuidan las espaldas, el parcito.

RUDI —¿Por qué?

AMANDA —Porque éste me dijo lo mismo que tú, esta tarde. "Es un tipo macanudo". ¿Es cierto eso?

RUDI —¿Yo? ¡Salvaje!

AMANDA —¿En qué sentido?

RUDI —En uno, no más.

AMANDA —¿En cuál?

RUDI —*In the bed* (AMANDA Y TITO LO MIRAN SIN ENTENDER. RUDI SE LEVANTA Y SE LO DICE AL OÍDO A AMANDA QUE RÍE A GRITOS).

AMANDA —¡Qué bestia! ¡Las cosas que dices!

RUDI —¿No me crees?

AMANDA —De cerca viene la recomendación.

RUDI —Te lo puedo demostrar.

AMANDA —No, muchas gracias. Yo no sé por qué será, pero todos los hombres que conozco quieren demostrarme lo mismo.

RUDI —¿Y has tenido muchas desilusiones?

AMANDA —¡Qué tipo más cochino! ¿No sabes hablar de otra cosa?

RUDI —Si sé, pero ese es el tema más interesante, parece, ¿no? Además que la vida es tan corta y hay que aprovecharla bien. ¿Cómo sabes tú si mañana se nos viene encima un terremoto caballo de grande y no deja títere con cabeza? ¡Hay que apurarse, por si las moscas!

TITO —O si hay una guerra atómica, también.

RUDI —No, eso no nos toca. En el "Squire" salió que, en caso de una guerra nuclear, el valle central de Chile es uno de los nueve lugares del mundo donde se podrá seguir viviendo.

AMANDA —¡Ay, qué bueno saberlo!

RUDI —Claro, nos vamos a salvar de las radiaciones, pero del terremoto no nos salva nadie. Esto se hunde como un buque. (SE CUADRA COMO CAPITÁN DE BARCO, CON LA MANO EN LA FRENTE, Y EMPIEZA A HUNDIRSE, IMITANDO A LA VEZ, EL SONIDO DE UNA CORNETA) ¡Tututúmmm, tututúmmm. (SE DEJA CAER EN EL SOFÁ SOBRE AMANDA)

AMANDA —No me aplastes, que no me quiero perder el fin del mundo.

RUDI —¿Cómo? ¿Prefieres que te aplaste una pared a que te aplaste yo?

AMANDA —No hagas esas cosas delante del Tito, que después se lo va a contar todo a Roberto.

RUDI —¿Este? ¡Este es el hombre invisible!... Oye, tu novio, ese famoso Roberto, ¿cómo es?, ¿qué hace?

AMANDA —Él sí que es un tipo macanudo de verdad. Llegó un día al camarín con un ramo de rosas y me invitó a comer con él. Se portó tan caballero, ni siquiera trató de tomarme la mano (RUDI SE RÍE FUERTE). ¿De qué te ríes? ¡Todo el mundo no es igual!... Así estuvimos casi un mes.

RUDI —¿Un mes saliendo contigo y todavía no te tomaba la mano?

AMANDA —¡Claro que sí! Hasta me besaba, pero nada más.

RUDI —Oye, ¿y no será maricón?

AMANDA —(MOLESTA) ¡No! Te lo puedo asegurar.

RUDI —(SOCARRÓN) Bueno, si tú lo dices...

AMANDA —¡A ti no se te puede contar nada serio!, ¿ah?

RUDI —No, no, si me interesa mucho, de veras. Sigue, sigue.

AMANDA —Bueno... ¡un buen día me dijo que me casara con él, le dije que sí y listo. Eso es todo.

RUDI —Seguro que te saltaste la mejor parte.

AMANDA —¡Lógico! Estaría bueno que le contara mis intimidades a todo el mundo. Ahora cuéntame tú. Porque no me vas a decir que no tienes una amiguita.

RUDI —Sí, pero no es tan romántica. (Ríe)

AMANDA —¿Y siempre la misma, o cambias, cada vez?

RUDI —No, tengo una, más o menos fija. ¡La que tenía antes sí que era plato! Claro que esa vez no duró mucho. ¡Es que era una bestia! La conocí en una fiestanga. Cuando la vi pensé que no estaba mal para pegarse una acostadita con ella. Tú sabes: rubia, escotada, muerta de la risa... Al final resultó que era muy intelectual y llena de problemas íntimos, "inconfesables". Acostarse se le hacía un problema de conciencia, ¡qué imbécil! ¡Salir con ella era un clavo. Veía un pelusa en la calle y se le llenaban los ojos de lágrimas. Les preguntaba dónde vivían y por qué no se iban a su casa! ¡Como para salir a divertirse!, ¿ah? ¿Y sabes por qué peleamos? ¡Por el Vietnam! ¿Has visto idiotez igual?

TITO —¿La Isabel?

RUDI —¡El Vietnam! ¡No tuve paciencia! Empezó a echar pestes contra los *yankis* y yo le dije: "Mire m'hijita, si no fuera por los *yankis*, usted estaría parada en la esquina, bajo un farol". Sí, pues. ¡No saben en qué mundo viven!... La mandé de paseo. (Ríe) ¡El Vietnam! ¿Qué tengo yo que ver con el Vietnam? (PAUSA. A TITO) ¡¿Tú entendís que se case la gente? Yo no. ¿Qué hacen? ¿Qué se dicen para no aburrirse?

AMANDA —Se casarán para tener hijos.

RUDI —Si yo hubiera querido, ya tendría una docena de chilquillos.

AMANDA —Y lo dice así, tan fresco, el sinvergüenza.

TITO —¡El padre de familia!

RUDI —Mis hermanos están todos casados. Nosotros éramos cuatro... Si hubieras conocido a mi viejo, te habría gustado. Era bueno como el pan, el pobre. Honrado hasta ser cómico (SE MIRA LOS DEDOS Y SE LIMPIA LAS UÑAS). Así le fue, también (SONRÍE, MOVIENDO LA CABEZA). En el fondo... en el fondo nos gustaba que fuera así, de una pieza. Tenía un negocio y, al final, se lo quitaron unos vivos. Todo bajo la ley, claro. ¡Muy legal! Cuarenta años de trabajo para eso (SE INCLINA HACIA AMANDA Y GOLPEA SOBRE UNA MESA). No, si en este país hay que ser vivo, ¡eso fue lo primero que aprendí!... Después se instaló en Puerto Montt, con un boliche, y quiso empezar de nuevo... Y entonces fue el terremoto del sesenta... Cuando conseguimos llegar allá todavía estaba debajo de una muralla y el olor era insoportable.. ¡Sacamos ladrillo tras ladrillo y, en los últimos, habían pedazos de su piel. Todavía temblaba, me acuerdo, y yo pensaba que, de repente, se iba a abrir la tierra y ¡adiós mundo cruel!... Pero no pasó nada... ¡Nada más! (SE TOMA UN TRAGO) ¡Salud!

TITO —Oye, Rudi... Nunca me habías contado eso.

RUDI —(VOLVIENDO A SU TONO FRÍVOLO) ¡¿Y para qué te lo iba a contar?

TITO —No sé. Por... por contarlo, como ahora.

RUDI —Es que ahora estoy medio cureque, por eso...

AMANDA —¡Eres bien fome tú, oye! ¡Miren que ponerse a contar historias tristes a esta hora! Un ratito más y empezamos a sacar las abuelitas tullidas y los tíos con cáncer. ¡Las caritas que tienen, se las recomiendo!

TITO —Que tenemos.

RUDI —Tres tristes tigres trillaban trigo en un trigal.

AMANDA —Tres tristes... ¡Ah!

TITO —Tres tristes tigres trigaban... ¡trillaban! Tres tristes tigres trillaban trigo tristemente en un trigal.

RUDI —Tres tristes tigres truculentos trillaban tristemente trigo trigueño en un trigal.

AMANDA —¡Tras, tris! ¡Tras, tris! (REPENTINAMENTE). ¿Existe el trigo trigueño?

TITO —Yo creo que sí.

RUDI —Claro, y los elefantes rosados, también.

AMANDA —¡Qué tipo más pesado! ¡No he visto cosa igual en este mundo!

RUDI — (ACERCÁNDOSE A ELLA) ¡¿Y cómo sabes? Todavía no has sentido mi peso.

AMANDA —¿Cómo que no? ¿Y endenante, que casi me aplastas?

RUDI —Rico, ¿ah?

AMANDA —Cachiporra.

RUDI —(TOMÁNDOLA DE UN BRAZO Y HACIÉNDOLA LEVANTARSE BRUSCAMENTE) Ya, pues, hazte un *striptise* para animar esta payasá.

AMANDA —¡Chis! ¿No quería otra cosa, el perla?

RUDI —Claro, pero eso lo hacemos después. (LA ABRAZA. ELLA RÍE Y LE HACE UN GESTO A TITO)

TITO —(AFIRMÁNDOSE EN LA LICORERA) Estoy re curao.

RUDI —Tómate otro trago, así vai a dormir como un angelito. (LE ENTREGA UN VASO) Tómate otro... a ver, de un trago! (TITO BEBE) ¡Flauta! ¿Viste? Tu hermanito está aprendiendo.

AMANDA —(APLAUDIENDO) ¡Otro! (RUDI LE SIRVE OTRO VASO. TITO BEBE EL CONTENIDO DE UN VASO. AMANDA GRITA Y APLAUDE). ¡Otro, otro más!

TITO —¿Soy visible, ahora? ¿Soy visible?

RUDI —Tómate otro y ahí vas a quedar como persona normal. (LO HACE BEBER DE LA BOTELLA, RIENDO).

TITO —¡Me dio un sueño!

RUDI —¡Acuéstate, no más, hombre!

TITO —Voy a ir... voy a ir al baño (SE DIRIGE HACIA EL BAÑO. RUDI LE HACE UNA ZANCADILLA, TITO TROPIEZA Y ESTÁ A PUNTO DE CAER. RUDI SE RÍE FUERTE. TITO SONRÍE CON ESFUERZO Y ENTRA AL BAÑO. RUDI ABRAZA A AMANDA, PERO ELLA SE APARTA DE ÉL).

RUDI —Bueno, estoy esperando el *striptise*, pues.

AMANDA —Pero, ¿estái loco tú, oye?

RUDI —Ya, pues no se me haga de rogar. Si quieres yo te ayudo.

AMANDA —¡Miren lo que quería! (RUDI LE BAJA EL CIERRE DEL TRAJE) ¿Qué estái haciendo? (ESCAPA, SUJETÁNDOSE EL TRAJE). ¡Ya, puh, oye!

RUDI —(COGE LA BOTELLA DE PISCO) ¡Te voy a bautizar! (LE ECHA PISCO EN LA CABEZA, AMANDA SE PROTEGE Y ESCAPA, GRITANDO. ÉL LA TOMA DEL VESTIDO Y AMANDA CAE AL SUELO. RUDI LE SACA EL VESTIDO. AMANDA SE ESCAPA, GATEANDO Y ESCONDIÉNDOSE DETRÁS DE UNA MESA. RUDI LA SIGUE. GATEANDO TAMBIÉN, Y LA ENFRENTA) ¡Guau, guau!

AMANDA —¿Miau?

RUDI —(AÚLLA). ¡Auuuuuuu!

AMANDA —¡Miau! (SE LEVANTA, ÉL LA ABRAZA POR LA CINTURA. ELLA TRATA DE ALCANZAR SU VESTIDO, QUE HA QUEDADO SOBRE EL SOFÁ. RUDI SE LE ADELANTA Y LO ALCANZA ANTES QUE ELLA). ¡Ya, pásamelo, me tengo que ir!

RUDI —¿Cómo se va a ir ahora, dejándome tan nervioso? Vamos. (SE PARA EN LA PUERTA DEL DORMITORIO) Nos vamos a portar bien... como hermanitos. (ENTRA AL DORMITORIO. AMANDA TOMA SU CARTERA Y BEBE DE UN TRAGO LO QUE QUEDA EN EL VASO. ENTRA AL DORMITORIO, CERRANDO LA PUERTA. PAUSA. TITO ABRE LA PUERTA DEL BAÑO Y CON PASOS PERFECTAMENTE SEGUROS SE ACERCA EN PUNTA DE PIES HASTA LA PUERTA DEL DORMITORIO. SE ESCUCHAN RISAS APAGADAS. TITO SONRÍE Y TARAREANDO ALEGREMENTE APAGA UNA DE LAS LÁMPARAS. SE QUITA LA CHAQUETA Y SE SIENTA EN EL SOFÁ. EMPIEZA A SACARSE LOS ZAPATOS)

TELÓN RÁPIDO

SEGUNDO ACTO

LAS NUEVE DE LA NOCHE DEL DÍA SIGUIENTE. TITO SE PASEA POR EL LIVING, NERVIOSO CON UN VASO EN LA MANO. MIRA POR LA VENTANA SUENA EL TIMBRE, TITO ESCONDE EL VASO RÁPIDAMENTE Y LUEGO ABRE LA PUERTA.

AMANDA —(AFUERA) Ayúdame a entrar esto.

TITO —¿Y pa que la trajiste aquí?

AMANDA —(AFUERA). Ya, ayuda. ¡La tuve que traer!

TITO —Y ¿pa qué?

AMANDA —Ayuda te digo. (ENTRA CON UNA MALETA. TITO LA DETIENE).

TITO —¿Estái loca tú, oye?

AMANDA —(EN VOZ BAJA) ¡¿Llegó?

TITO —No, pero sácala. ¡Si no se va a armar una...! ¡Lo vai a echar too a perder!

AMANDA —¿Querís apostar algo?

TITO —¿El Rudi te dio la plata pa sacar la maleta?

AMANDA —¡Lógico!

TITO —¿Los doscientos?

AMANDA —No, ochenta.

TITO —¿Y le hablaste de mí?

AMANDA —No alcancé.

TITO —¡Chis! ¡Bien güena, oh!

AMANDA —¿Y cómo le iba a decir? ¿A qué hora? Estuvo de una actividad que no te puedo ni contar.

TITO —¡Pero lo más bien que tuviste tiempo pa pedirle la plata pa sacar la maleta!

AMANDA —¡Era mucho más urgente!

TITO —Pa ti.

AMANDA —¡Claro!, pa mí.

TITO —¿Pa qué te traje, entonces?

AMANDA —¡Güeno! ¿Y quién se acostó con él? ¿Fuiste tú o fui yo? (TITO LA HACE ENTRAR DE UN TIRÓN Y CIERRA LA PUERTA).

TITO —(BAJA LA VOZ). Anda a gritarlo a la ventana mejor.

AMANDA —¡Ay, por Dios, niño, no te vayan a echar de la Gota de Leche...! ¡Me dejaste el maletín afuera, idiota! (ABRE LA PUERTA, SALE Y VUELVE A ENTRAR EN SEGUIDA CON EL MALETÍN).

TITO —¡Puchas! ¿Así que estamos en las mismas de ayer?

AMANDA —¿Cómo que en las mismas? Está muy distinta la cosa (INDICA LA MALETA). ¿Que no estai viendo?... No pude hacer otra cosa, pues. Así y todo casi se me escapó esta mañana. Lo alcancé a parar en la puerta y no le iba a estar hablando de las dos cosas. Tú mismo me dijiste, que me fuera despacito por las piedras. Güeno... (SE ENCOGE DE HOMBROS) ¿Y pa qué tanto apuro también?... ¿No te ha dicho nada de mí?

TITO —¿Y qué querís que me dijera? ¡Bien güena pa la cama tu hermanita!

AMANDA —Claro, algo por el estilo, ¿por qué no?

TITO —Sí, seguro. ¿Qué te dijo esta mañana?

AMANDA —Me dijo: "Nos vemos".

TITO —Yo digo de la plata.

AMANDA —Un rey. Ni chistó cuando le pegué el sablazo.

TITO —¿Se lo pediste como préstamo?

AMANDA —¡Lógico!

TITO —¡Chis! ¡Fantástico, oh! Capaz que me lo descuenta del sueldo.

AMANDA —Si se dio cuenta de más... ¿Y dónde anda?

TITO —Se fue a tomar un trago con ese tarado del Carlos Sanhueza. Pero tiene que venir a cambiarse antes de las nueve.

AMANDA —¿Va a salir?

TITO —Sí, una comida con unos pitucos.

AMANDA —¿Con los parientes?

TITO —¡Qué va a tener parientes pitucos éste!

AMANDA —Pero él, ¿que no es, también? ¿No es Fuenzalida?

TITO —¿Y de dónde sacaste eso?

AMANDA —"Autos Fuenzalida Autos".

TITO —Compró el negocio con todo instalado. Hasta el aviso. ¿Pa qué lo va a cambiar, también, si eso puede llevarle gente al boliche?

AMANDA —¿Y cómo se llama, entonces?

TITO —Derinovic, Yugoslavo. Nieto de yugoslavos, o hijo, no sé. Quiere encajar entre la gente bien, pero le ha costado, le dan boleto cuando convida, no más.

AMANDA —(RÍE). ¡Y yo, tan fina que estuve anoche, creyendo que era lo mejor de lo mejor!

TITO —¿Y ahora, qué vamos a hacer con las maletas? Hay que fondearlas en alguna parte.

AMANDA —Llévalas al dormitorio.

TITO —No, no quiero que Rudi las vea. Se las voy a llevar al mayordomo.

AMANDA —(FURIOSA). ¿A quién se las vai a llevar?

TITO —Al mayordomo del edificio.

AMANDA —¡Ah, no, señor! ¿Para que me robe todas las cosas?

TITO —¿Preferís que el Rudi te saque a patás de aquí?

AMANDA —¿A mí? ¡Difícil!

TITO —Él no te dijo que te vinierai.

AMANDA —No. ¡Pero me dio la plata sin chistar! Ochenta lucas, pues m'hijito! ¡No fueron cuatro chauchas; ochenta lucas! Tú no te dai cuenta, parece. Ni a las del Hotel Carrera les pagarán tanto, creo yo. Y eso significa algo. Significa que le gusté y que le requete gusté.

TITO —(TOMANDO LAS MALETAS). Las voy a llevar abajo.

AMANDA —(SUJETANDO LA MALETA) ¡No la sacái de aquí! ¿Me oís-te? ¡Suéltala! (FORCEJEAN)

TITO —¡Mientras estís aquí, vai a hacer lo que yo te diga!

AMANDA —¡Las pinzas! (LA MALETA SE ABRE Y CAE TODA LA ROPA AL SUELO). ¿Veís lo que hiciste, desgraciao? (A GRITOS) ¡Si se ha roto un abanico, me lo pagái! ¿Creís que me los he encontrado botados en la calle? (EXAMINA SUS ABANICOS FEBRILMENTE). ¡Sangre me han costado! ¡Nadie, ni una de esas pobres infelices que andan haciendo *striptise* por ahí,

me ha llegado a los talones, siquiera! ¡Yo soy la única que ha usado abanicos porque he sido la única que ha sabido manejarlos! ¡La única!

TITO —Bueno, deja la maleta, ahí, no más. Tú te las arreglái con el Rudi, después. A mí no me vengái a meter en ningún lío, ¿me oíste?. Mejor me las habría arreglado solo.

AMANDA —(FUERTE). ¡Arréglatelas solo, pues! ¡La media cosa!

TITO —(HACIÉNDOLE FRENTE). ¡Pero te mandái a cambiar al tiro!

AMANDA —(A GRITOS). ¡Y lo espero abajo y le cuento todo cuando llegue!

TITO —¿Qué le vai a contar?

AMANDA —¡Yo sabré! (HA RECOGIDO LA ROPA DISPERSA EN EL SUELO METIÉNDOLA EN LA MALETA. TOMA LA MALETA Y LA PONE SOBRE EL SOFÁ, MIRANDO, ANGUSTIADA, EL DESORDEN EN QUE HA QUEDADO LA ROPA. GUARDA UN TRAJE, DOBLÁNDOLO CUIDADOSAMENTE. MIRA A TITO, DE REOJO. SE SIENTA EN EL SOFÁ, CANSADA). Bueno... si sé que, a lo mejor, no debería haberme venido hoy día... con las maletas, por lo menos. Pero, entre otras cosas, no tenía adónde ir, la vieja arrendó mi pieza, eso es lo que dijo, le pagué y me entregó la maleta... Si conseguimos que te deje de vendedor, yo puedo perfectamente transformarme en la empleada para todo servicio. Les va a hacer falta, ¿no? Y yo tengo la intención de ser absolutamente perfecta.

TITO —Le gusta traer mujeres aquí.

AMANDA —¿Estando yo? ¡Difícil!

TITO —Ojalá que te resulte, mejor pa mí.

AMANDA —(ORDENA LAS COSAS EN LA MALETA. ENCUENTRA UN TRAJE DE BAÑO NEGRO DE DOS PIEZAS, UNIDAS POR UN TUL NEGRO TRANSPARENTE CUBIERTO DE BRILLOS NEGROS PARECIDOS AL AZABACHE, QUE CUELGAN) ¿Te gusta? Es el traje más bonito que tengo. Me queda fantástico. Es casi igual a uno que sacaba la Marilyn Monroe, en una película, pero sin los brillos. ¡Este es mucho más bonito!... ¡Qué ganas de ponérmelo y reci-

birlo así!, con mis medias caladas y mi abanico de plumas!
¿Qué tal? ¿Me lo pongo?

TITO —Te está fallando parece. ¿Para qué te traje, oye? ¿Para que le hablarai de mí, o para que te pusiérai a hacer el loco?

AMANDA —(CON RABIA). Nunca he hecho el loco, m'hijito. ¡Me aplaudían a rabiar, me pedían bis! ¡Gritaban! (PRENDE UN CIGARRILLO).

TITO —Y entonces, si te iba tan bien, ¿por qué no te contratan ahora?

AMANDA —Porque los degenerados de los viejos verdes que van al teatro prefieren... (CON DIFICULTAD), la carne fresca, prefieren una chiquilla de dieciocho, aunque no sepa ni moverse, ni cantar, ni desvestirse. ¡Por eso! Y los empresarios, ¡esos son unas buenas piezas, también! Salen al tiro con esa patilla que se le ha puesto a todo el mundo: las caras nuevas, aunque sean feas, pero nuevas. Eso es lo importante: caras nuevas.

TITO —¿Y por qué no cantas en radio?

AMANDA —He... estado enferma de la garganta... un poco.

TITO —Pero igual fumas.

AMANDA —De algo habrá que morirse. ¿Por qué no voy a fumar, si no tengo trabajo?

TITO —Y no tienes trabajo porque fumas.

AMANDA —Ojalá fuera por eso... (MIRA EL CIGARRILLO). Dicen que produce cáncer. (FUMA) Dame un trago. (ÉL NO SE MUEVE). ¿No quieres que le hable de ti? ¡Dame un trago, idiota! (TITO SE LEVANTA Y LE SIRVE UN TRAGO EN UN VASO. SE LO ENTREGA. LOS DOS BEBEN). Vái a ver cómo se te va a arreglar el panorama. (SE SUAVIZA) Vái a ver. Y si el Rudi se acuerda de lo de anoche... No creo que se vaya a ir tan apurado con sus pitucos. (CANTA):

¡No se puede escapar
ese hombre sin igual
suya seré,

mío será,
por toda la eternidad!
¡Laaaa!

TITO —(FRÍO). No te vai a pegar un guatazo, no más.

AMANDA —Te voy a contar una cosa, oyé. Cuando un hombre trata de batir récores en la cama, es porque la mujer le gusta mucho. Y te voy a decir que ni los que han estado enamorados de mí —algunos ha habido, pobres— ni ellos, siquiera, han tenido esa actividad. En esas cosas una mujer no se equivoca nunca. Y si una se equivoca, más vale pegarse un tiro.

TITO —Es que yo lo conozco.

AMANDA —Seguro que no tanto como yo.

TITO —¡Mucho más! ¿Qué sabes de una persona, acostándote con ella? Que lo pasa mal, bien o regular y punto. Yo sé cómo es. Sé que no vas a poder quedarte. Le gusta traer mujeres aquí.

AMANDA —Eso sería cuando no estaba yo.

TITO —Ojalá te resulte. Mucho mejor pa mí.

AMANDA —Si yo no digo que esté enamorado, pero... podría suceder... ni soy tan lesa pa creer que se va a casar conmigo.

TITO —¡Güena, oh! ¡El mejor chiste del año!

AMANDA —(MOLESTA) ¡Claro, si yo sé! Pero podría durar... un par de años.

TITO —Un par de meses ya sería increíble (PAUSA).

AMANDA —Sería más de lo que yo podría pedir... ¿Verdad? (SE ENCOGE LEVEMENTE DE HOMBROS) Al fin y al cabo... (SONRÍE) Esta mañana le hice masajes en la espalda.

TITO —Si oí. Lo oyó todo el edificio.

AMANDA —Él era el que hacía ruido. Es que estaba feliz. ¡Feliz! ...es bien nervioso. ¿Ah? tiene el velador lleno de pastillas para dormir.

TITO —Lo único que lo pone nervioso, son los temblores, que yo sepa, se muere de miedo.

AMANDA —¿Sí? Pobre. (SUENA EL TELÉFONO. AMANDA LEVANTA EL FONOS). ¿Aló?

TITO —¡No contestes! ¡Déjame a mí!

AMANDA —¡Ay por Dios! ¡No te vaya a espantar a tu Julieta!

TITO —(TOMA EL FONOS). ¿Aló?... ¿Aló?, colgaron (CUELGA EL FONOS). ¿Viste, idiota? El Rudi te mata si llega a saber. ¡Capaz que haya sido la Carmen! ¡Capaz que haya oído! (PAUSA)

AMANDA —¿Esa es la niña del Rudi?

TITO —Sí. (PAUSA).

AMANDA —¿Viene muy seguido?

TITO —A veces no más, por un rato.

AMANDA —¿Y cómo es?...

TITO —¿La Carmen? ¡Fantástica! Jovencita, rubia, como de película.

AMANDA —¿Y qué hace?

TITO —¿Ella?

AMANDA —(IRRITADA) ¡Ella, claro! ¿Quién va a ser?

TITO —Trabaja en un Banco.

AMANDA —¿Es una pituca?

TITO —Parece.

AMANDA —Esas son las peores.

TITO —¿Cuándo hai conocido una, tú, pa que vengái a hablar?

AMANDA —En la *boite*.

TITO —No, ésta no es de las que va a las *boites*.

AMANDA —No, claro, es de las que va al tiro a los departamentos.

TITO —¡Esta es distinta! ¡Claro que viene, pero está enamorada de Rudi! ¿Qué tiene de malo?

AMANDA —Nada... Si yo no digo nada. (LO MIRA) ¿Te gusta?

TITO —¿Quién?

AMANDA —Esa fulana.

TITO —Sí... me gusta... es distinta.

AMANDA —¿Tiene tres tetas?

TITO —(MOLESTO). Trabaja.

AMANDA —Trabajaré para agarrar marido en la oficina, no porque necesite. Si yo a esas las conozco.

TITO —¡A ésta no!

AMANDA —¡Quítasela tonto! Apuesto que ni le hablas... Oye, pero, ¿realmente no tienes una niña?

TITO —No tengo bastante plata.

AMANDA —¡Por favor, m'hijito! ¡Hay niñas gratis, hay algunas que hasta pagan! Si no fuéramos hermanos, te juro que te hacía el favor, como cuando... (RIE). ¿Te acordái? Con los años me he llenado de prejuicios.

TITO —(MOLESTO). ¿Sí? Y no se te notan nadita.

AMANDA —¡¿Qué es lo que no se me nota?!

TITO —Tus prejuicios.

AMANDA —(IRRITADA). Más que a ti, en todo caso. No le ando lustrando los zapatos a nadie con la lengua.

TITO —No, son otras cosas las que hacís.

AMANDA —Especialmente a pedido de la familia, así es que mucha vergüenza no me da.

TITO —Nadie te ha obligado.

AMANDA —¡Ese cantito me lo conozco de memoria! Lo mismo me decía la vieja, cuando nos mandaba a vender flores a la salía'e los teatros y nos decía que si algún viejo nos invitaba a su casa, aceptáramos no más. "Si querís, no más, ¿ah? Nadie te obliga. Pero que les dé la plata primero" —decía— "unos cincuenta pesos". ¡Cincuenta pesos! En esos tiempos era harta plata. ¿Ya no te acordai? Teníai más éxito que yo, te invitaban más que a mí.

TITO —No es cierto... Yo no me acuerdo.

AMANDA —¡No te vai a acordar! ¡No querís acordarte, que es muy diferente!... Bueno, total, ¡a mí qué me importa, también!

TITO —¿Cuándo te ha importado algo a ti? ¡Por eso estái como estái!

AMANDA —¿Cómo estoy? Igual que tú no más.

TITO —¡Eso es lo que quisiérai! Se te nota a la legua lo que soi, nadie te tomaría por otra cosa.

AMANDA —(FUERA DE SÍ). ¡Ya, poh, desgraciaíto, córtala! ¡Tú mismo me trajiste aquí, así es que ahora, te aguantái!

TITO —¡Harto que me he aguantao pa no mandarte a pasear!

AMANDA —¡Me tenís celos, eso es lo que pasa! Creís que te voy a quitar la pega y que te vai a quedar sin pan ni peazo.

TITO —Si creyera eso ya te habría sacado que rato de aquí.

AMANDA —A ver, ¡atrévete!

TITO —Lo que pasa es que estoy seguro de que el Rudi no me cambiaría por ti.

AMANDA —¿Estái muy seguro?

TITO —(DESAFIANTE). Absolutamente. De lo que no estoy muy seguro es que le guste encontrarte aquí.

AMANDA —(AGRESIVA). Si es por eso, podís estar tranquilo. ¡Vierai las cosas que me dijo anoche! ¡Que nunca lo había pasado mejor! Y esta mañana, cuando se fue, me dijo: “¡Nos vemos!”. “Nos vemos” significa “¡Nos vemos!”.

TITO —Lo único que yo te digo es que le habléis de mí y dejís todas tus historias pa después.

AMANDA —¿Y quién te ha dicho que...? (ENTRA RUDI. SE DETIENE Y MIRA LA MALETA DE AMANDA). Pasaba por aquí y me dije: “Este lugar me trae buenos recuerdos”. Y entré.

RUDI —Con maletas y todo por lo que veo, ¿Te vas a cambiar de Hotel?

AMANDA —Bueno... todavía no he decidido lo que voy a hacer. Depende de las proposiciones que tenga.

RUDI —Ah... (A TITO). ¿Fuiste a buscar las camisas?

TITO —Encima de la cama están.

RUDI —Ya (ENTRA A SU PIEZA)

TITO —(A AMANDA, EN VOZ BAJA). Oye, dejémoslo pa otro día. Mejor te vai ahora.

AMANDA —No, déjame a mí, no más. Vai a ver. (SE ACERCA A LA PUERTA DE LA PIEZA DE RUDI). ¿Vas a salir?

RUDI —(ADENTRO) Sí, ¿por qué?

AMANDA —¿Algún negocio?

RUDI —(ADENTRO, SOCARRÓN) Un negocio rico.

AMANDA —Ah... ¿Cómo estuvo el negocio hoy día?

RUDI —Como siempre.

AMANDA —¿Te ayudo a ponerte las colleras?

RUDI —Bueno... (APARECE EN LA PUERTA CON OTRA CAMISA). Cuando me las pongo yo se me arrugan los puños. (ELLA LO AYUDA)

AMANDA —¿Y tu secretario no te ayuda en estos menesteres?

RUDI —¿Qué secretario?

AMANDA —El Tito.

RUDI —A veces.

AMANDA —¿En el negocio también?

RUDI —A veces.

AMANDA —¡Podrías aprovechar las condiciones de vendedor que tiene! Es capaz de venderle un auto a un ciego.

RUDI —¡Es capaz de venderle el alma al Diablo! (ENTRA A LA PIEZA)

AMANDA —Bueno, cualquiera lo haría, según lo que le ofrecieran.

RUDI —(ADENTRO). Yo no.

AMANDA —¿Seguro?

RUDI —¡Seguro!

AMANDA —(RÍE). *Striptise* masculino. ¡Qué interesante!

RUDI —Si no te gusta, no mires.

AMANDA —Al fin y al cabo... no estoy viendo nada nuevo... ¿Tú vendes solo?

RUDI —(ENTRA CON UNOS PANTALONES OSCUROS. MOLESTO). ¿Dónde está mi cinturón negro?

TITO —(RÁPIDO). Aquí en el closet parece que lo vi.

RUDI —¿Y qué hace ahí? ¡Pásalo! Me revienta que me cambien las cosas de sitio. (TITO LO BUSCA EN EL CLOSET)

AMANDA —Oye, ¿y no necesitas otro vendedor en la tienda?

RUDI —¿Ah?... Lógico. El Carlos Sanhueza va a trabajar conmigo.

AMANDA —¿Por qué no pruebas al Tito?

RUDI —¿El hombre invisible? No creo que resulte.

AMANDA —Podrías probar. ¿Cómo sabes si te sube las ventas?

RUDI —Soy bastante viejo en esas cosas. Sé lo que hago. (TITO LE ENTREGA EL CINTURÓN). Gracias por el consejo de todas maneras. (SE PONE EL CINTURÓN)

AMANDA —¿Por qué no te quedas aquí?

RUDI —Tengo un panorama demasiado bueno para perderlo.

AMANDA —¿Y si yo te tuviera uno mejor?

RUDI —Difícil.

AMANDA —Como el de anoche más o menos.

RUDI —Demasiado repetido. En la variedad está el gusto, dicen. (ENTRA AL BAÑO)

AMANDA —(SIGUIENDO HASTA LA PUERTA, QUE ÉL NO CIERRA). Todo lo contrario, pues. Uno tiene que encontrar una cosa y sacarle el jugo. A veces, lo mejor no sale a la primera.

RUDI —(SALE. HA DEJADO LA CORBATA EN EL BAÑO) Cada uno con su gusto, como decía la vieja. (ENTRA AL DORMITORIO)

TITO —(EN VOZ BAJA). Ya no lo freguís más.

AMANDA —Te apuesto que se queda... (A RUDI). ¿Sabís lo que traje?

RUDI —(ADENTRO). ¿Qué cosa?

AMANDA —Es una sorpresa. Te lo voy a mostrar. (TOMA SU MALETA Y SE DIRIGE AL BAÑO CON ELLA)

TITO —(SUJETÁNDOLA). ¡No hagái leseras!

AMANDA —Deja... ¡Ya, suelta, idiota!

RUDI —(ADENTRO). ¿Qué?

TITO —(SOLTANDO A AMANDA) No, ¡Nada! (AMANDA ENTRA AL BAÑO Y CIERRA LA PUERTA). ¡Abre! (ENTRA RUDI CON LA CHAQUETA EN LA MANO)

RUDI —¿Se metió al baño?

TITO —Sí... acaba de entrar.

RUDI —Dile que se apure. Tengo que irme luego.

TITO —(GOLPEANDO LA PUERTA DEL BAÑO) ¡Apúrate!

AMANDA —(GRITA). ¡Ya voy!

TITO —Ya sale...

RUDI —Me imagino que no se pensará quedar, ¿no?

TITO —¡No!... ¿La Amanda? No, claro que no.

RUDI —Como vi que trajo la maleta.

TITO —Es que... no le gustó el hotel...

RUDI —Dile que éste no es hotel por si acaso.

TITO —¡Si no ha pensado quedarse!

RUDI —Mucho mejor. No quiero tener ningún problema aquí, ningún alboroto, que la vieja me tiene amenazado con pedirme el departamento y otro, a este precio, no voy a encontrar así como así. Está claro, ¿no? Que no la vaya a encontrar, cuando llegue, ¿me oíste?

TITO —Sí. (PAUSA). Oye, Rudi...

RUDI —¿Sí?

TITO —Tú... ¿De veras que no me crees que yo podría resultar como vendedor?

RUDI —¿Hasta cuándo vai a estar fregando con la misma historia, querís decirme? Se necesita cancha para eso. ¡Mucha cancha! A la gente le gusta ver tipos con buena pinta, como el Carlos Sanhueza, que sepan pronunciar bien el inglés, que se vean seguros de que lo están haciendo macanudamente, sin estar poco menos que lustrando los zapatos para caer bien, como tú. No es fácil, no puede llegar cualquiera y hacerlo.

TITO —Pero el Carlos Sanhueza...

RUDI —El Carlos Sanhueza, m'hijito, se para en un lugar y la gente lo mira. Ese se puede mear en medio de la Plaza de Armas y todos lo encontrarán muy natural. Todo lo que hace es natural. Ese es el punto. Y no hablemos más de eso, que ya está todo oleado y sacramentado. Si no te gusta lo que hacís en el negocio, lo dejái y listo.

TITO —¡No, si me gusta! Es que yo pensé... como todavía no era seguro eso del Carlos Sanhueza... y me habría gustado probar...

RUDI —A lo mejor, ¿quién te dice? Si me resulta lo que yo quiero y si te portái bien, cabrito, capaz que en un par de años más haya posibilidades de ampliar el negocio y, entonces, ahí veríamos.

TITO —¿De veras?

RUDI —Parece que tu hermanita no va a salir del baño hasta mañana. Se me quedó la corbata adentro.

TITO —(GOLPEANDO LA PUERTA DEL BAÑO). ¡Apúrate! ¡El Rudi quiere entrar al baño!

AMANDA —(GRITA). ¡Ya! ¡Dile que ya salgo!

RUDI —¡Dile que no grite!

TITO —¡No gritís, oh!

AMANDA —(GRITA). ¿Qué? ¡No te oigo!

RUDI —¡Puchas!

TITO —¡No gri-tes!

RUDI —(MIRA SU RELOJ). Capacito que me haga llegar atrasado, ahora.

TITO —¿Vas a salir con la... con la Carmen?

RUDI —(SE SIENTA Y REvisa SU LIBRETO DE CHEQUES). ¿Con esa latorosa? ¡Ni a misa!

TITO —¿Pelearon?

RUDI —No... pero se pone idiota, de repente. Le bajaron los celos porque se enteró de que ando con la Verónica. ¡Como si yo, alguna vez, le hubiera dado esperanzas de casorio! ¡Y ni siquiera está embarazada, que, en fin, podría decir que la familia, que esto, que lo otro! Pero no, ¡por celos!... Son más vivas que yo, estas niñitas... Y más encima que yo, con la Verónica, soy como hermano, no más, por el momento... Es que es otra cosa. Con ella soy yo el que quiere casorio y la tonta se me hace la interesante. Pero me voy a casar con ella, no se me escapa.

TITO —¿Es muy bonita?

RUDI —(SIN MUCHO ESTUSIASMO) Está bien... Claro que no es fácil, ¿ah? No me ha dejado pasar más allá del cuello, todavía. Está forrada en millones, la tonta, y si no me consigo

una tucá contundente, el negocio no me dura ni un año más. Así es que el viejo es mi única esperanza. Me tengo que pololear al padre y a la hija. Trabajo doble para esta noche... Por si acaso, será mejor que te vayas a dormir a otro lado, hoy día. ¿Cómo sabís si la ablando en la comida?

TITO —Es que no tengo plata.

RUDI —(DEL BOLSILLO SACA DOS BILLETES DE DIEZ ESCUDOS Y SE LOS ENTREGA) Toma. (LO PIENSA. LE QUITA UN BILLETE DE DIEZ ESCUDOS). Y déjame un trago hecho en el refrigerador. ¡Un martini! Me tiene que resultar, si no... ¡Y a tu hermana se le ocurre meterse al baño, justo ahora! (GOLPEA EN LA PUERTA DEL BAÑO). ¡Apúrate! (MIRA SU RELOJ) ¿Qué está haciendo?

TITO —No sé... yo...

RUDI —Supongo que no se irá a bañar, ¿no?

TITO —¡No! (LA PUERTA DEL BAÑO SE ABRE Y APARECE AMANDA CON SU TRAJE NEGRO DE BATACLANA, MEDIAS CALADAS Y UN GRAN ABANICO DE PLUMAS QUE HACE JUEGO CON UN TRISTE TOCADO, TAMBIÉN DE PLUMAS. SE HA MAQUILLADO EXAGERADAMENTE LOS OJOS).

RUDI —¿Qué haces con esa facha? ¿Te volviste...?

AMANDA —(LO HACE CALLAR). ¡Cht! (CANTA)

Quiero estar sola
con mi papito.
Quiero estar sola,
mi amor.
Quiero contarle
lo que me has hecho
quiero contarle,
mi amor.

(AMANDA SE DESLIZA SOBRE EL SOFÁ).

No soy la niña
que conociste
¡soy tan distinta
a la de ayer!
Con tacos altos,

medias caladas,
yo sé muy bien
qué es el amor.
Quiero estar sola
con mi papito.
Quiero estar sola
¡mi amor!... ¿Qué tal?

(PAUSA. TITO QUEDA PARALIZADO, SIN SABER QUÉ ACTITUD TOMAR.

RUDI CAMINA HACIA EL BAÑO).

RUDI —Está muy viejita para estas cosas, m'hijita.

AMANDA —Anoche no decías eso.

RUDI —De noche todos los gatos son pardos. Y a oscuras no se te notan las chalchas. (ENTRA AL BAÑO Y CIERRA LA PUERTA.

AMANDA QUEDA TERRIBLEMENTE DESCONCERTADA).

AMANDA —(DESPUÉS DE UNA PAUSA. CON UN HILO DE VOZ). ¿Qué le dijiste?

TITO —¿Yo? ¿Qué le iba a decir? En cambio, él sí que me dijo cosas.

AMANDA —¿Qué?

TITO —No quiere que te quedís aquí.

AMANDA —¿No quiere? ¿Por qué?

TITO —Porque no. ¿Qué te dije?

AMANDA —No te creo. Algo le has dicho de mí, no puede haber cambiado tanto en un día. (GOLPEA EN LA PUERTA DEL BAÑO). ¡Rudi! (RUDI ABRE LA PUERTA, FURIOSO, PONIÉNDOSE LA CORBATA).

RUDI —¡Hasta cuándo me van a fregar! ¿Qué quieres?

AMANDA —¿Qué te dijo éste?

RUDI —¿De qué?

AMANDA —De mí.

RUDI —Nada. Pero yo le dije que quería tranquilidad aquí.

Así que mejor te vuelves a tu hotel, ahora. ¿Ah?

AMANDA —Yo creí que... ¿Qué hotel? No tengo ningún hotel.

RUDI —Ese es problema tuyo. A mí no me jodái más, ¿ya?

AMANDA —¿Y a dónde querís que vaya?

RUDI —Donde el Roberto, pues. ¿Que no tienes a tu novio, esperándote en la puerta de la iglesia?

AMANDA —Ya no me está esperando... El Tito le contó todo.

RUDI —¡Imbécil! ¡Quién iba a confiar en este infeliz, también!

TITO —¡No es cierto, Rudi! ¡No es cierto! ¡No tiene novio, eso lo inventó ella! ¡Ese Roberto lo inventó!

AMANDA —¡Desgraciado! ¡Ahora te corrís y me dejái sola!, ¿ah?

TITO —Lo inventaste, ¿es cierto o no?

AMANDA —¡Sí, claro que lo inventé! Y tú me dijiste que lo hiciera, que viniera y me conquistara al Rudi pa pedirle que te probara de vendedor, ¿no?

TITO —¡Mentira! Ésta todo lo inventa.

RUDI —¡El parcito! Un día más con ustedes y me pongo a vomitar.

AMANDA —¡Ay! ¿De adónde saliste, Arcángel San Gabriel?

RUDI —(SE CONTROLA CON DIFICULTAD). Bueno, a la vuelta no quiero encontrar a ninguno de los dos aquí.

TITO —Pero, Rudi... Oye...

RUDI —Saquen todas sus porquerías y mándense cambiar.

TITO —¡Rudi! Yo no he dicho...

RUDI —(INTERRUMPIÉNDOLO). ¡El hombre invisible! Ahora ni siquiera te oigo.

TITO —(AGARRÁNDOLO DEL BRAZO). ¡Te juro que no dije nada! ¡No te voy a hablar más de eso... Eso de que me pruebes! ¡Pero no me despidas! Te puedo servir, aquí... en el negocio, en lo que tú digas.

RUDI —(FRÍAMENTE). Me estás arrugando la camisa. (TITO LO SUELTA RÁPIDAMENTE). Si quiere seguir aquí, me va a hacer el favor de sacar a ésta. Si la vuelvo a ver, usted desaparece, ¿me entendió?

TITO —Sí, Rudi.

RUDI —Ah, y otra cosa. No me gusta eso de Rudi. Don Rudi. Nada de ponerse confianzudo.

TITO —Sí... Perdón. No me había dado cuenta.

RUDI —Desde ahora, jovencito, cada uno en su lugar. Soy el patrón y usted es el mozo. ¡Pásame la chaqueta! (TITO CORRE A BUSCARLE LA CHAQUETA Y LE AYUDA A PONÉRSELA. RUDI SE ARREGLA EL PAÑUELO).

AMANDA —(DA UN SALTO, REPENTINAMENTE, GRITANDO). ¡Está temblando!

RUDI —(LANZA UNA EXCLAMACIÓN Y CORRE A LA PUERTA). ¡Ah! (AMANDA SE BURLA DE ÉL).

AMANDA —Ja, ja, ja. ¡El patrón! ¡Verde de susto!

RUDI —(AVANZA AMENAZANTE HACIA ELLA). Bien bueno tu chiste, desgraciada. (LE DA UN EMPUJÓN).

AMANDA —(SE QUITA UN ZAPATO Y LO AMENAZA CON ÉL). ¡Pégame si te atrevis, maricón! ¡Pégame, a ver!

RUDI —(SE DETIENE). Tito, ya sabes, ¿no? Si encuentro, aunque sea una pluma de este papagayo, a la vuelta, usted vuela de aquí. (SUENA EL TIMBRE, FRENÉTICO, EN VOZ BAJA). ¡Ándate a la pieza!

AMANDA —(FUERTE). ¡No pienso! ¡Jódete!

RUDI —Si haces un solo ruido, te mato.

AMANDA —¡Seguro! ¡Mira como me muero de miedo! (TIMBRE)

RUDI —(A TITO). ¡Llévatela para adentro!

AMANDA —(FUERTE). ¡Te espero en la cama, mi amor!

RUDI —¡Ya vas a ver, desgraciada! ¡Ándate para adentro! ¡Si no... despido al Tito, ahora mismo!

TITO —Ya, vamos (AGARRA A AMANDA DE UN BRAZO Y ENTRAN AL DORMITORIO).

AMANDA —¡Déjame, ah, si voy! (CIERRAN LA PUERTA DEL DORMITORIO. RUDI TOMA EL BOLSO DE AMANDA Y LO TIRA ADENTRO DEL DORMITORIO. ABRE LA PUERTA DE CALLE).

RUDI —¡Alicia! ¿Cómo estás? ¡Adelante! (ENTRA ALICIA, MUY TIESA, MIRA HACIA EL DORMITORIO. SE ESCUCHA EL RUIDO DE ALGO QUE SE QUIEBRA, CON FALSA NATURALIDAD). ¿Qué pasa, Tito?

TITO —(ADENTRO). ¡Se me cayó una caja!

RUDI —¡Este tipo hace un ruido! ¡Es tan descuidado!

ALICIA —Sí, se han oído muchos ruidos, desde anoche. Demasiado, creo. Voces, risas. Risas, sobre todo. Muchas risas, ¡y muy alegres!

RUDI —El Tito se pone a escuchar la radio y la pone tan fuerte.

ALICIA —(RONCA DE NERVIOS Y ANGUSTIA). ¿Sí? Mire, realmente, después de la conversación que tuve con mi mamá y... y contigo, anoche, nosotras esperábamos que usted tuviera un poco de consideración. Y lo primero que hace es traer a la mujercuela más ordinaria de todas las que ha traído hasta la fecha. ¡Y que son muchas! ¡No estamos dispuestas a soportar estos escándalos diarios! Este es un edificio decente y no vamos a permitir que transforme esto en un conventillo, ¡de ninguna manera!

RUDI —Alicia, era la hermana de Tito que vino a verlo y...

ALICIA —Ayer nos engañó y me mintió durante toda la noche... ¡Cómo se habrá reído de mí! ¡Pero si me decía las cosas más increíbles y yo me lo tragaba todo! No me importan las mentiras de que había un enredo con un depósito y que tratara de aparecer como una persona decente y correcta, ¡pero que se haya permitido, por un instante, jugar con mis sentimientos! ¡Eso sí que no se lo voy a aceptar!

RUDI —Se equivoca, nunca tuve la intención de engañarla...

ALICIA —El mundo es muy chico y, finalmente, no se crea que va a convencerme de nada. Mi mamá me encarga avisarle que necesita el departamento y que tiene dos meses para dejarlo. Está avisado. (CAMINA HACIA LA PUERTA).

RUDI —¡Alicia! ¡Señorita Alicia!

ALICIA —No hay vuelta que darle al asunto. No tenemos nada más que hablar. Buenas noches.

RUDI —(SIGUIÉNDOLA). Pero usted no puede irse sin oírme. Tiene que creermelo... (SALEN. PAUSA. TITO SALE DEL DORMITORIO, AL VER QUE NO HAY NADIE, ABRE LA PUERTA Y SALE AMANDA, CON SU TOCADO DE PLUMAS EN LA MANO Y EL MAQUILLAJE CORRIDO).

TITO —Ya... anda a vestirte.

AMANDA —Muy vieja... (SE SIENTA EN EL SOFÁ CANSADA).

TITO —Anda a vestirte.

AMANDA —Si me voy a ir. ¿Tenís plata?

TITO —Un poco... ¿Para qué?

AMANDA —Si creís que me voy a ir a dormir a un banco de la plaza estái muy equivocado.

TITO —No tengo mucho.

AMANDA —Más que yo, en todo caso. (TITO SACA EL BILLETE DE DIEZ ESCUDOS. AMANDA LO TOMA Y SE LO GUARDA EN EL ESCOTE).

Dame un trago.

TITO —Pero te vai a vestir, primero.

AMANDA —Un trago de despedida y me voy.

TITO —Bueno... (SIRVE DOS VASOS)

AMANDA —(CANTA SUAVEMENTE COMO PARA SÍ)

Quiero estar sola,

con mi papito

Quiero estar sola...

¡Qué canción más imbécil! (TITO LE ENTREGA UN VASO). ¡Salud! (SE LO TOMA DE UN TRAGO. PAUSA. AMANDA DEJA EL VASO EN UNA MESA). Me voy a vestir, entonces... ¡Estoy tan cansada! (SE LEVANTA)

TITO —¿Te ayudo?

AMANDA —(SE DETIENE). ¿Ah?

TITO —¿Te ayudo? (AMANDA LO MIRA FIJAMENTE, COMO SI NO ENTENDIERA DURANTE UN INSTANTE, LUEGO LE DA LA ESPALDA Y CAMINA HACIA EL BAÑO BAJÁNDOSE LOS TIRANTES DE SU TRAJE NEGRO Y CANTURREANDO SUAVEMENTE)

AMANDA —Quiero estar sola...
con mi papito...

TELÓN

La remolienda

(VERSIÓN DEFINITIVA)

PERSONAJES

Doña Nicolasa

Nicolás

Gilberto

Graciano

Isaura

Yola

Chepa

Doña Rebeca

Renato Sepúlveda

Baudilio

Telmo

Mauro

Mirta



Programa del estreno en el *Teatro Antonio Varas* de la Universidad de Chile. Octubre 1965.

PRIMER ACTO

PRIMER CUADRO

UNA LOMA EN EL CAMPO, AL SUR DE VILLARRICA. DOÑA NICOLASA, UNA MUJER DE CAMPO VESTIDA CON SUS MEJORES ROPAS, ESTÁ INCLINADA ENTRE SUS BULTOS Y CANASTOS PREPARANDO CUATRO VASOS DE ULPO. DOÑA NICOLASA ES UNA MUJER PEQUEÑA, MORENA Y DINÁMICA. VISTE COMPLETAMENTE DE NEGRO. GRITA SIN DEJAR DE TRABAJAR.

NICOLASA —¡Nicolás, peazo 'e mugre! ¿Dónde te juiste a quear, bestia? ¡Guaso descosío! ¡Graciano! ¡Gilberto!... ¡Los hijos que una se gasta!... ¡Nicolás! ¡Peazo'e mugre! ¿Querís que te rompa la jeta a patás? (ENTRA NICOLÁS, UN MUCHACHO DE VEINTE AÑOS CON SOMBRERO Y MANTA, TRAE UN BULTO EN LA MANO). ¡Ah, menos mal que llegaste! ¿Que no te mandé a buscar a tus hermanos, baulaque?

NICOLÁS —Ei se quearon, en ese camino duro que hay ei.

NICOLASA —¡Pavimentao, ignorante!

NICOLÁS —¡Me! ¿Y cómo no van a querer mirarlo, si nunca se había visto algo así, poh?

NICOLASA —Entonces cuando lleguen al pueulo se van a tener que quearse un año pa ver toos los adelantos que se han hecho, entonces.

NICOLÁS —(CON CIERTO RECELO) ¿Y no será mejor golvernors pa la casa?

NICOLASA —¿Que tenís mieo?

NICOLÁS —¡No! ¿Qué voy a tener? Pero, ¡puchas!, si no habíamos salío nunca del rancho y de un repente se le

ocurre salir pa el pueulo. ¿Que no estábamo bien como estábamo?

NICOLASA — ¡Veinte años allá arriba, sin moverse, y ahora dan un paso p'abajo y se asustan, los tontos guailones! ¡Claro, que no estábamo bien como estábamo! Ustees necesitan un paire (AL PÚBLICO) y yo necesito un marío. Cinco años que enterramos al finao el Abelino. ¡Bien llorao que está, no se me puee quejar! Le puse un atao 'e flores, en la tumba, con una cinta morá, ¡y a ver gente se ha dicho! Y güeno es que de paso conozcan un poco'e mundo, también, poh (ENTRAN GILBERTO Y GRACIANO. LOS DOS SON MENORES QUE NICOLÁS Y ESTÁN VESTIDOS COMO ÉSTE, MANTA Y SOMBRERO, CADA UNO TRAE UN ATADO CON ROPA). ¿Y? ¿Ya vieron el camino pavimentao?

GILBERTO — ¡Es re duro!

GRACIANO — ¡No pudimos sacarle ni un peazo!

GILBERTO — ¡Se me le llegó a queurar la cuchilla!

NICOLASA — ¡Hay que ver que son bien...! Se me van a tener que andar con cuidao, que no van a poer meterle mano y cuchilla a too lo que vean en el pueulo, ¿entendió? Y ei sí que hay cosas bonitas. Si paré que estoy viendo la calle principar, toa iluminá con su luh eléutrica. Faroles prendíos que es un gusto.

NICOLÁS — ¡Ya, poh ñora, córtela con eso'e la luh eléutrica. Si hasta que no veamo, no creímo!

NICOLASA — La sacan de una energía que tiene el agua.

GRACIANO — Pero si el agua apaga el fuego, ¿cómo va a dar luh?

NICOLASA — ¡Guasos descreíos! ¡Ya van a ver, no más! Ei van a aprender.

NICOLÁS — Si estábamo requetecontra bien como estábamo.

GRACIANO — Claro, y la tierra no puee dejarse sola que sin cariño no rinde.

NICOLASA — ¡Más que cariño le hei dao a ese pelaero! ¿Que fue tu paire, acaso, el que lo convirtió en lo qu'es ahora?

Un campo plantao y sembrao hasta el último peazo. ¿No jui yo la que los endilgué por ese lao? (LE ENTREGA UN VASO A CADA UNO DE SUS HIJOS Y SE SIENTA EN UN TRONCO A COMER). Si son dos días, no más, los que vamos a estar ajuera... y no too ha de ser trabajar como bestia la vida entera y estarse ei, encerrao, esperando que pasen las lluvias, tampoco. Hay que ver cómo están las cosas en las tierras bajas, conocer gente, tamién, ver los adelantos del mundo. ¿Acaso tu paire no bajaba toos los años al pueulo? Pero él ya no está para contarnos y güeno es que veamos las cosas mientras se puea qu'el tiempo lo tenemos contao. Y yo tan vieja no estoy pa quearme sola too lo que me quea, tampoco, sentá ei, sin ver la eléutrica y tanta cosa nuea que hay.

NICOLÁS —Si el taita le metió toas esas historias de la ciudá en la caeza, jue porque era güeno pa contar cuentos, no más. Cuando golvía'el pueulo losotro tamién lo oíamos con la boca abierta, pero ya crecimo, poh ñora, ya no creímos en esas cuestiones. ¿Se acuerdan que contaba que andaban carretas solas, sin güeyces? (NICOLÁS Y GRACIANO SE RÍEN A GRITOS). ¿Y subían y bajaban y las luces que se prendían y se apagaban? Y las casas amontonás una encima de otra, sin querse (RÍEN). ¡Y las niñas con las polleras hasta la rodilla!

NICOLASA —A mí no me contó na eso'e las niñas de pollera corta.

NICOLÁS —¿Y eso 'e las sirenas? Que le cantaban a la pasá y él se queaba como pegao al suelo y no podía dirse hasta que se callaban, que era al otro día... Eran cuentos no más. ¿Cómo va a ser así? Si a poco más nos sale con que la gente anda volando, tamién.

GRACIANO —Güeno pa'l trago y pa'l cuento que era el finao'e mi taita, no se iba a quear callao.

GILBERTO —¿Y cómo sabís si es cierto, oh?

NICOLÁS —¡Cállate vos! Éste se lo tragaba too. Vai a ver cuando lleguemos al pueulo acaso encontraí algo'e lo que contó.

GRACIANO —(AL PÚBLICO) Yo no creo.

NICOLÁS —(AL PÚBLICO) Yo menos.

GILBERTO —(AL PÚBLICO) Yo sí.

NICOLASA —¡Callarse toos los lesos! (MIRANDO HACIA ADELANTE)

Allá se divisa un caserío que ha de ser el pueulo (SE ADELANTA A MIRAR. LOS TRES HIJOS SE REÚNEN CON ELLA. PAUSA).

NICOLÁS —¿Cuál es que hay luces?

NICOLASA —¿Que no veís qu'es de día? A la noche vai a ver.

GILBERTO —¿Y cómo es que se llama el pueulo?

NICOLASA —Curanilape, oh. Vámolo caminando, será mejor, que si no se los va a escurecer.

GRACIANO —Aguaita, hay dos caminos éi, ¿cuál será el del pueulo?

NICOLÁS —El más ancho, poh.

GILBERTO —Y el pavimentao, ¿pa' ónde irá, no?

NICOLASA —Lejos va, p'al Norte. Hasta la capital es que me decía el Abelino.

NICOLÁS —¿Cómo sabía él, si no jue nunca?

NICOLASA —En el pueulo le han de haber dicho. Los del pueulo too lo saben. Si hasta colegio tienen. Así que portarse como les hei ensenao, pa' no pasar por guasos. Y ya saben, a las niñas mujeres hay que saluarlas con una inclinación, sacándose el sombrero. ¡Que no se les olvíe! Aver... Salúenme a mí (PASA FRENTE A ELLOS, INCLINANDO LA CABEZA. LOS TRES LE HACEN REVERENCIAS MUY TIESAS, SACÁNDOSE EL SOMBRERO. NICOLASA LOS MIRA CON ORGULLO). Güeno, naide poirá decirme que no los hei educao como a gente ceviliza... y ahora, en nombre sea de Dios, ¡Los juimos p'al pueulo! (SALE SEGUIDA POR SUS TRES HUOS, QUE SE VAN CANTANDO ALEGREMENTE

"MAZAMORRA ME HAN PEDIDO
MAZAMORRA VOYA DAR")

APAGÓN

SEGUNDO CUADRO

EN LA MÁS ABSOLUTA OSCURIDAD APARECE UNA MUJER CON UNA VELA ENCENDIDA Y UNA SILLA. DEJA LA SILLA Y SALE. ENTRAN DOS MUJERES CON VELAS ENCENDIDAS Y EXAMINAN UN MONTÓN DE SILLAS Y MESAS QUE HAY EN EL CENTRO DEL ESCENARIO. LA PRIMERA MUJER VUELVE CON OTRA SILLA. COLOCAN LAS MESAS CON SUS RESPECTIVAS SILLAS Y ENCIENDEN VELAS HASTA QUE EL ESCENARIO QUEDA COMPLETAMENTE ILUMINADO. ES LA PISTA DE BAILE EN EL PATIO DE LA MÁS AFAMADA CASA DE REMOLIENDA DE CURANILAPE. DE LAS RAMAS DE LOS ÁRBOLES CUELGAN GUIRNALDAS DE AMPOLLETAS DE COLORES, APAGADAS. LA PRIMERA MUJER ES YOLA, LA SEGUNDA ES ISAURA Y LA TERCERA, CHEPA. SON TRES PROSTITUTAS JÓVENES MUY PINTADAS, PERO "DE CAMPO" (MUY DISTINTAS A UNA PROSTITUTA "DE PUERTO").

YOLA —¡Hay que ver la desgracia grande, Isaura, por Dios! ¡Ír-senos a cortar la luz en día sábado, que es cuando vienen más caques!

ISAURA —Si no se cortó, oh. La cortaron. ¿No vis que la vieja no ha pagado la luz ende el mes pasao?

YOLA —¿Y amo a tener que estar a pura vela? Si los mariposones vienen con luz, nomás.

ISAURA —¿De aónde sacaste? lo que es yo, a toos los que conozco les gusta estar escurito... (LAS TRES RÍEN. ENTRA DOÑA REBECA. UNA MUJER MADURA, MUY PINTADA Y ARREGLADA, CON UNA PALMATORIA EN LA MANO).

REBECA —¿Qué hacen ahí, parás, las flojas? ¿Que no les dije que sacaran las mesas y prendieran todas las velas? Si no hago más que golver la caeza y ya están las tontas riéndose ahí.

YOLA —(FINA). Si no estamos na aquí pa los mandaos, oña Rebeca. Si quisiéramos meterno de empliás no nos faltaría dónde, pa que sepa. Casas decentes y no como ésta.

REBECA —Si nadien te tiene amarrá, cuando querái no más te podís ir cascando. ¡Chis, mírenla! Como si no supiera que



Escena de *La remolienda* en que aparecen: Chepa (Sonia Mena), Oña Nicolasa (Bélgica Castro), Renato Sepúlveda (Tennyson Ferrada), Doña Rebeca (Carmen Bunster), Nicolás (Mario Lorca), Isaura (Claudia Paz), Graciano (Juan Katevas), Yola (Kerry Keller), Gilberto (Lucho Barahona).

donde estuviste dejaste la casa de alto. El patrón, los hijos, los piones ¡Hasta el agüelo andaba detrás tuyo! Y tú, feliz.

YOLA —No ve que me iba a poner a llorar, tal vez.

REBECA —Güeno, yo quiero menos conversa y más trabajo aquí. Too me lo tienen que tener listo ligerito, ¿me oyeron? Que vamos a tener visitas importantes.

ISAURA —¿Que va a venir el arministraor de la Compañía Eléctrica? (ISAURA Y YOLA RÍEN, FELICES CON EL CHISTE).

REBECA —¿Y cómo supiste? A ver, tú, lárgala, ¿quién te dijo?

ISAURA —(ASUSTADA). Naide. Oña Rebeca, si era broma, no más.

REBECA —A mí no me hacís lesa con tu cara e pancutra. Ya, lárgala. ¿De eso se estaan riendo, ah?

YOLA, ISAURA y CHEPA —(A CORO) No, oña Rebeca.

REBECA —Güeno, ¿y qué tiene que hayamos sío amigos? ¿Que ustees no han tenío ni uno?

ISAURA —¿Es amigo suyo?

REBECA —(SONRÍE COQUETAMENTE). Más que amigo jue. (AL PÚBLICO) Jue requetecontra amigo.

YOLA —¿Y cómo es que le cortó la luz, entonces?

REBECA —Si no jue a mí no más. Jue a too el pueulo. El jefe e máquinas que se le enfiestó y le dejó la pelería. Y él viene llegando 'e Villarrica, ni sabía que estaba yo aquí. ¡Y llamo yo, desde el Retén de Carabineros, pa pedir que me den la luz... y me sale él al teléfono. ¡Sentí como si me hubiera dao la corriente! De ingrata me trató. Yo lo traté de aturdío de pura nerviosa que estaba... ¡Es que miren que le iba a creer la historia'e que me había buscao por cielo y tierra, después que me mandé cambiar! "Ni un día t'hei olvidao", me dijo. Yo m'hice la desmemoria. Y le dije: Si tanto tiempo no hace, pa' que me olvíe, le dije. Y me dijo: "Son veinte años que no te veo" —me dijo— "Voy a ir al tiro p'allá". Y yo le dije que viniera, le dije. Y me dijo: "Hasta más rato —me dijo— y yo le dije: "Hasta más rato". Y no colgaba nunca y ahí estábamos los dos lesos con el teléfono en la mano. Hasta que al fin colgó y yo me hubiera puesto a saltar de gusto. Por eso les pedí que ordenaran y prendieran las velas, pa que esto se vea como la gente. Y se ponen a reírse de una.

CHEPA —Si no sabíamos na, oña Rebeca, los estábamos riendo de otra custión.

REBECA —Seguro que les voy a creer.

YOLANDA, ISAURA y CHEPA —Si es cierto, oña Rebeca.

REBECA —¿Y si les pido otra cosa, se van a reír?

CHEPA —No, oña Rebeca, diga no más, sin cuidao.

REBECA —Güeno... Les iba a pedir que se vistieran como pa la misa y que se quitaran un poco'e pintura, pa cuando venga el Renato. Güeno, les voy a decir... Es que le dije al Renato que tenía tres hijas, le dije, que era viuda... Cosas que dice una pa no quearse callá.

ISAURA —¿Así que le vamo a tener que decir mamá?

REBECA —¿Y por qué no? Una madre hei sío pa ustees... Ah, el Renato me decía "Ñatita", por si pregunta por mí, ¿ah? No se les vaya a olvidar.

ISAURA —(EXTRAÑADA) ¿Ñatita?

REBECA —Sí, "Ñatita". Es que hei cambiao mucho. Con los años se achican los ojos y se agranda la nariz (SUSPIRA Y SE PASEA, MUY NERVIOSA). ¡Hay que ver que es bien lesa una! Harto nerviosa que estoy con esta historia. Y total, ¿pa qué? Pa que llegue aquí y se ría de una, como se han reío toos... ¡Que soy lesa! ¿Pa qué afligirse por lo pasao, cuando ya no hay caso, no es cierto? Pero la esperanza es lo último que se pierde —como decía mi tía Erminia, que murió soltera—. Too tiene arreglo, menos la muerte.

YOLA —No hay que tirarse al suelo, que la vida tiene más güeltas que un tornillo.

REBECA —¡Sí, pues! ¡Ay!, ¡quién sabe con qué me sale el Renato, ahora! Lo único que faltaría es que estuviera casao éste. ¡Ahí sí que estaríamos bien! No haberle preguntao, ¡miren si seré bruta! Los nervios fueron los que me tupieron la lengua... (SUSPIRA) ¡Ay! Güeno, me voy a ir a arreglar. Y ustees prenden las velas, se cambian, y apenas lo oigan llegar, me avisan.

YOLA —Güeno, mamá.

CHEPA —¿Y si vienen clientes?

REBECA —Los atienden, pues. Si ésta es una quinta de recreo. Pero na de curarse, ahora. Tú sobre too, Isaura. Como 'e las monjas se me van a portar.

ISAURA —¡Pero si yo me crié en las monjas! (YOLA SE RÍE). ¡Si es cierto, oh!

REBECA —Que se te note, entonces (SALE).

YOLA —La vieja cree que su Renato se le va a entusiasmar de nuevo, ¿ah?

CHEPA —Y ¿cómo sabís si lo hace?

YOLA —Sí, poh. Se han visto muertos riendo,
se han visto vivos poiríos,
dicen que hay güeyces pariendo,
pingüinos muertos de frío...

Entonces. ¿Cómo no voy a creer que la vieja agarre novio?
(ARREGLAN LAS MESAS)

ISAURA —¿Se acuerdan de la Milagros? ¿Cuándo encontró novio y hasta se casó?

YOLA —Es que ésa nació para.

ISAURA —Pero dicen que después el marío le abrió la guata de un solo tajo.

YOLA —¡Cosas de la vida, no más!

ISAURA —Oye, Chepa, tú que estai recién llegá, ¿qué haríai si uno te ofrece casorio?

CHEPA —Según, poh.

YOLA —Yo me casaba aunque me destriparan después.

ISAURA —¡No hay como un marío propio!

YOLA —Sí, poh. Aunque sea bruto.

CHEPA —Una vez yo estuve pa casarme.

ISAURA y YOLA —¿Con quién?

CHEPA —Con un marino.

ISAURA —¿Y de aónde lo sacaste?

CHEPA —Es que soy del Puerto Mon yo.

YOLA —La palabra el marino es como el charco de agua. Ahí está y al rato se ha evaporao.

ISAURA —Esos no se casan ni amarraos. ¿Pa qué, cuando así, no más, tienen más mujeres que un turco?

CHEPA —Dicen que si se casan se los lleva la sirena. Que la sirena no perdona que la traicionen. Así dicen.

YOLA —¿Qué sirena, mujer? Losotra somos lo más pareció a las sirenas que hay en este mundo. ¿Y cuál es que nos im-

porta que nos dejen botás (AL PÚBLICO) Yo ya estoy acostumbra.

CHEPA —(AL PÚBLICO). Yo no.

ISAURA —(AL PÚBLICO) ¡Ay! (A CHEPA) ¿Y tu marino cómo se llamaba?

CHEPA —Segundo, como el de la canción.

YOLA —¿Y él es el paire'e tu chiquillo?

CHEPA —Claro, él es.

YOLA —¿Tai segura?

CHEPA —Pero si otro amor no hei tenío.

ISAURA —¡No me embromís! ¿Ni un otro?

CHEPA —Ni uno.

ISAURA —¡Chitas!

YOLA —¿Y él supo'e la guagua?

CHEPA —Supo. Pero ante'e que naciera se jue.

YOLA —¿Pa' ónde?

CHEPA —Se jue embarcao, no sé pa' ónde. Más de un año hace (SE ALEJA DE ISAURA Y YOLA, TRISTE).

ISAURA —Lo que es la vida de una, ¿no?

YOLA —Pura mala suerte que nos tocó. Y al mal tiempo, güena cara, chiquillas... ¡No te apení, Chepita! (YOLA TOMA UNA GUITARRA Y CANTA):

La vida, corazón, ¿por qué está triste?

La vida, no llore ni sienta pena,

la vida, consuélate con la voz,

la vida, d'esta famosa sirena.

Entre toos los tragos

prefiero el vino

y entre toos los hombres

quiero un marino.

Quiero un marino, sí,

marinerito,

en mi pecho te tengo

retratadito.

Ándate pensamiento,
ya no te siento.
(CHEPA SACA UN PAÑUELO Y LLORA).

ISAURA —¿Cómo es eso, Chepa, por el amor de Dios y de la Virgen? Jue pa pior la canción.

CHEPA —(LLORANDO) Es que el Segundo no va a golver más.

YOLA —(SIN CONVICCIÓN). Él es el que se la pierde.

CHEPA —Es que el cabro va a necesitar un paire. Pero ni el más enamora o se casaría conmigo, sabiendo que tengo un chiquillo. Ustees se van a poder casar, pero yo no.

YOLA —Si too era pura broma, Chepita.

ISAURA —Pura broma.

YOLA —¿Creís que alguien se va a querer casar con losotra, sabiendo que estamos más recorriás que el camino real? Ni un ánima del Purgatorio, poh niña. Si era puro chiste... Claro que una también... ¿Que no le oíste a oña Rebeca? La esperanza es lo último que se pierde, aunque na' resulte como uno quiere. Yo de chica que estoy diciendo: Este sí que es el hombre que estaba esperando yo. Me va a agarrar de un ala y me va a pegar un apretón de esos que la dejan gorda de un viaje a una. Y me va a decir: "Usté se viene a vivir conmigo o aquí va a correr la sangre como chicha". ...Pero me agarran de toos laos, menos del ala. Y dicen cosas, pero niuna en serio. ¿Y qué querís que le haga si no hay hombre güeno? ¡Ponerme a la altura, poh! No nací pa monja, así que... Y cuando una es pobre, o se hace monja o se larga a lo que resulte.

ISAURA —Si tampoco resulta, oh. Yo nací pa monja, pero el señor cura tantas cosas me dijo, que aquí, que allá, que al final, pa no condenarme, no más, le dije que güeno. Después estaba de lo más arrepentío, y no sé con quién se confesaría, pero lo que es yo, no me arrepentí na, y ei estuvo lo malo, es que dicen.

YOLA —Si, pues... Cosas que pasan...

ISAURA —(SUSPIRA) Esa es la vida'el pobre.

YOLA —¡Otra que se me puso llorona! ¡A levantar caeza, las dos, que si oña Rebeca tiene esperanzas, losotras deberíamos estar hechas unas Pascuas! (A CHEPA). Mire, vámolo a arreglarnos y ei se le va a quitar too el sentimiento, va a ver. Yo no me voy a dejar ni rastro 'e pintura. Me la voy a sacar toitita.

ISAURA —Yo igual. Vamo a quedar como poto'e guagua (ISAURA Y YOLA SALEN, RIENDO. CHEPA SE QUEDA SOLA Y CANTA SUAVEMENTE).

CHEPA —

Ay, ay, ay, adiós que
adiós que se va Segundo,
ay, ay, ay, en un bu
en un buque navegando.
Ay, ay, ay, la niña
la niña que lo querida,
ay, ay, casi se ha
casi se ha muerto llorando.
Déjenlo que se vaya
ay, ay, ay no lo sujeten.
Déjenlo que navegue.

ay, ay, ay, cinco o seis meses (SALE LENTAMENTE, CANTANDO. EL ESCENARIO PERMANECE VACÍO UN MOMENTO Y LUEGO ENTRA DOÑA NICOLASA, SEGUIDA DE SUS TRES HIJOS).

GILBERTO —¿Sintieron?

GRACIANO —¿Qué cosa?

GILBERTO —Como que cantaban.

NICOLÁS —Tai soñando. No hay naide.

GRACIANO —¿Cuál es que hay luh eléutrica? Ta igual que en la casa.

GILBERTO —¡Achuata! ¡La de mesas! (CADA UNO SE SIENTA EN UNA MESA DISTINTA).

NICOLÁS —Han de ser bien ricos éstos, ¿ah? Una mesa pa caa uno.

GILBERTO —Pa' allá dentro hay más, catea.

GRACIANO —Llamemos a ver si viene alguien.

NICOLASA —¡Cállate, baulaque! En la ciudá no se llama. Uno espera sentao hasta que le haultan (PAUSA).

NICOLÁS —¿Y ésta es la ciudá? ¿Y aónde están las casas amontonás una encima de otra y toas esas patillas?

NICOLASA —Yo te dije que éste no era el camino, que nos habíamos perdío. Pero el lindo se las da de entendío y dice: "Por el camino ancho tiene que ser ¡Veís lo que pasa por hacerte caso a vos? Y ahora quién sabe aónde vinimo a parar.

GRACIANO —¿No será un velorio éste? Miren que poner tanta mesa y tanta vela.

GILBERTO —El taita decía que a veces las brujas se juntan en las noches sin luna y aparece la Viua con una vela en la mano, y el Trelquehucube sale de un hoyo aentro'e un remolino'e viento, con sus veinte patas con uñas grandes como un arao. Y el Chueiquehucú y el Hucú, que vienen dentro de una burbuja de agua. Y toos se juntan y llaman al Malino, que es su dueño. Y salen en la noche a pescar gente pa engullirles el alma. Y después los llevan a los despeñaderos, donde les sacan la contumelia.

NICOLÁS —(ASUSTADO, A GRACIANO). ¡Las patillas que contaba el viejo! ¿Ah? (LOS DOS SE RÍEN CON GRAN ESFUERZO)

GRACIANO —¿Pa' qué los queamos aquí? Si no hay naide.

NICOLASA —¡Aspérate, te hei dicho! (ENTRA CHEPA, CON UNA VELA EN LA MANO. SE HA PUESTO UN CHALECO)

CHEPA —¡Güenas noches! (LOS TRES HERMANOS SE LEVANTAN, ASUSTADOS, SE QUITAN LOS SOMBREROS ATOLONDRADAMENTE Y SE INCLINAN A DESTIEMPO)

NICOLÁS, GRACIANO Y GILBERTO —Güenas noches. (MIRAN A NICOLASA. NICOLASA LES HACE UN GESTO DE APROBACIÓN)

CHEPA —(A GILBERTO, QUE ES EL QUE TIENE MÁS CERCA). ¿Se quieren servir algo?

GILBERTO —¿Pa qué se va a molestar se?

CHEPA —Si no es molestia.

GILBERTO —Güeno, entonces.

CHEPA —¿Qué se van a servir?

GILBERTO —Lo que usté disponga, pues.

CHEPA —(LOS MIRA, DESCONCERTADA). Ya. (SALE)

NICOLASA —Güen dar los lesos. No le preguntaron pa'ónde quea el pueulo.

GILBERTO —Si va a golver, paré... Paré que va a golver. (ENTRAN
ISAURA Y YOLA CASI SIN PINTURA Y CON CHALECOS CERRADOS)

ISAURA y YOLA —¡Güenas noches!

NICOLÁS, GRACIANO y GILBERTO — (HACIENDO LA VENIA Y SACÁNDO-
SE EL SOMBRERO). Güenas noches.

YOLA —¿Los atienden?

GRACIANO —(INDICAN A GILBERTO). A él no má.

ISAURA —¿Qué se van a servirse?

NICOLÁS —Lo que usté diga, será.

ISAURA —Tenimo una chicha'el norte que es famosa. Llega a
dar hambre de olerla.

YOLA —Es como la miel de dulce.

GRACIANO —Con su amigo, pues.

YOLA —(ADELANTÁNDOSE RÁPIDAMENTE CON ISAURA A PRIMER PLA-
NO). Güen dar que somos fatales. Primeros clientes enca-
chaos que vienen en un año y losotras con la cara lavá.

ISAURA —Echémonos una pintaíta. (SALEN MUERTAS DE LA RISA)

NICOLASA —¿Que no les dije que preguntaran pa'ónde quea
el pueulo?

NICOLÁS —Se me le olvidó, poh.

NICOLASA —¡Cuándo te acordai de algo vos tamién!

GRACIANO —Vámolo, será mejor. (AL PÚBLICO). Sirenas han de
ser éstas, porque, apenas que las vi, me sentí medio raro.

NICOLÁS —(AL PÚBLICO) Yo igual. (LOS TRES SE JUNTAN IN-
QUIETOS)

GILBERTO —(AL PÚBLICO). Algún mordisco que nos pegaron al
alma habrá sío.

NICOLASA —Ya sabía yo que esto les iba a pasar con la primera
que se les atravesara en el camino.

NICOLÁS —¿Qué cosa sabía que los iba a pasar?

NICOLASA —Bien guailones que están, ya deberían de haberse enterao qué es lo que tienen que hacerle a una señorita.

GILBERTO —Claro, sacarnos el sombrero.

NICOLASA —¡Güen dar, los tontos quedaos! ¡Tenís que pollearla, leso!

GRACIANO —Y eso, ¿cómo se hace?

NICOLASA —Diciéndole lindezas. Que es güena moza, que tiene una mirá que corta el resuello, que se mueve como una reina'e cuento, que tiene güen olor, como manzana madura. Too lo que se te ocurra, poh.

NICOLÁS —¿Y después?

NICOLASA —Eso se lo dejai a ella. Si te hace caso, le hablai de tu tierra, que allá la vida es güena y el trabajo es duro. Si no le pone mala cara al trabajo, le mirái los dientes, las manos y la cuerpá. Y si lo que veís te gusta, le ofrecís matrimoniarte y asunto arreglao. (LOS HERMANOS RÍEN, NERVIOSAMENTE, MIRÁNDOSE ENTRE ELLOS.) Eso es lo que hizo tu paire conmigo y nunca se me le ha olvidao.

NICOLÁS —¿Así se hace, ah?

NICOLASA —Y claro, ¿qué más querís pa' empezar?

GILBERTO —¡Puchas Diego, se me le enreó too lo que hay que decir!

GRACIANO —Yo voy a hacerle empeño al tiro. (A NICOLÁS) ¿Cuál querís vos?

NICOLÁS —Esa que entró al final paré que me gustó.

GRACIANO —Córtala, oh, esa es la mía.

NICOLÁS —Si entraron dos, oh.

GRACIANO —La chascona encachá es la mía.

NICOLÁS —Esa es la mía.

GRACIANO —Eso está por verse.

NICOLÁS — (A GILBERTO) ¿Y cuál es la tuya?

GILBERTO —La primera.

NICOLÁS —Ah, quéate con ella, no más.

NICOLASA —Quédense callaos. Capacito que estén ojo al charqui ei.

GRACIANO —¡Guarda, que vienen! (CORREN A SENTARSE, CADA UNO EN UNA MESA DISTINTA. CHEPA ENTRA CON UNA BANDEJA CON VASOS. ISAURA CON UNA BOTELLA DE VINO Y YOLA CON UNA JARRA DE CHICHA. SE HAN QUITADO LOS CHALECOS Y SE HAN PINTADO DE NUEVO. AL VERLOS SENTADOS EN DISTINTAS MESAS SE DESCONCIERTAN UN POCO Y RIEN).

NICOLASA —(A ISAURA). Oiga, m'hijita, nosotros paré que los anduvimos perdiendo un poco ¿Pa qué lao quea el pueulo?

ISAURA —¿Cuál pueulo?

NICOLASA —Curanilape.

ISAURA —Este es.

NICOLASA —¿Éste?

NICOLÁS —¿Vio ñora, que toas eran historias del viejo?

ISAURA —Claro que la calle principal está más allá, ésta es la entrá no más.

NICOLASA —¿Oíste eso? Cuando veai la calle principar podrís decir que eran historias. Que el Abelino sería como sería, pero mentiroso no jue nunca.

ISAURA —¿Chicha o vinito?

NICOLÁS —¿Usted qué dice?

ISAURA —¿Vinito? (SE ACERCA A ÉL).

NICOLÁS —Es güena moza usté. Cuando mira se me corta el resuello. Se mueve como reina'e cuento y tiene un olor como'e manzana madura.

GRACIANO —¡Chis! ¡Pero éste se lo dijo too, no nos dejó ni una cosa pa decir losotro!

NICOLASA —Cállate, oh, que está inspirao.

NICOLÁS —(A ISAURA) ¿Y qué me dice?

ISAURA —(COQUETA) ¿Y qué quiere que le diga?

NICOLÁS —Si le pareció bien.

ISAURA —Bien me pareció.

NICOLÁS —A ver, haga así. (MUESTRA LOS DIENTES)

ISAURA —¿Pa' qué?

NICOLÁS —Pa verle los dientes, poh.

ISAURA —(RÍE, MUERTA DE NERVIOS). Ay, no.

NICOLÁS —(ALARMADO). ¿Qué los tiene picao?

ISAURA —(MOLESTA). Ni uno picao tengo.

NICOLÁS —Muestre, entonce. (ELLA RÍE). Le falta uno de atrás.

ISAURA —La muela del juicio que no me ha salío.

NICOLÁS —Ah. Entonce, ¿se quiere casarse conmigo? (ISAURA SE QUEDA BOQUIABIERTA)

ISAURA —No me haga más bromas, ¿ah?, que me enojo. (SE APARTA)

NICOLASA —(ACERCÁNDOSE A NICOLÁS). No le hablaste e la tierra, baulaque. (VUELVE RÁPIDAMENTE A SU ASIENTO)

NICOLÁS —Ah, de vera. (VA HACIA ISAURA. LA TOMA DEL BRAZO Y LA LLEVA AL MISMO LUGAR EN QUE ESTABAN ANTES) Tenimo una tierra losotro, allá arriba. La vida es güena y el trabajo es duro. ¿Le gustaría dirse pa allá y trabajar conmigo?

ISAURA —Nunca le hei hecho asco al trabajo yo.

NICOLÁS —¿Y en qué topa, entonce?

ISAURA —Más rato le digo. (A YOLA). Agarra, Aguirre, que aquí la están dando.

YOLA —(OFRECIENDO LOS VASOS CON CHICHA QUE HA SERVIDO CHEPA, CON GRAN ENTUSIASMO) ¿Y no se van a servirse?

GRACIANO —Con ustees, pues.

NICOLASA —Al sordo le han dicho. Salú.

TODOS —Salú. (BEBEN).

NICOLÁS —¿Y ahora qué hacimo?

ISAURA —(COQUETA) ¿A usted no se le ocurre na especial?

NICOLÁS —(LA MIRA UN RATO). No. ¿Y a usted? (ELLA RÍE)

YOLA —Podríamos jugar a alguna custión pa entrar en calor, ¿no es cierto?

GRACIANO —¿Que tiene frío? Es que anda medio desabrigá, tamién.

NICOLASA —¿Saben jugar a las adivinanzas?

CHEPA —¡Claro! Somos como hacha pa las adivinanzas, lo-sotra.

NICOLASA —A ver, acomodémonos, entonce. (SE SIENTAN EN UN SEMICÍRCULO EN EL SIGUIENTE ORDEN: DOÑA NICOLASA, NICOLÁS, ISAURA, GILBERTO, YOLA, GRACIANO Y CHEPA). Vamo a ver si me pillan ésta: ¿Quién jue el primero que murió en la guerra?

NICOLÁS —No sé.

NICOLASA —Un vivo, poh. (RIEN)

NICOLÁS —(A ISAURA) ¿Por qué cierra los ojos el gallo, cuando canta?

ISAURA —Porque se lo sabe de memoria. Ahora me toca a mí... Beso, beso y el palo tieso.

GILBERTO —(DESPUÉS DE UN SILENCIO). Nó sé.

ISAURA —(DÁNDOLE UN CODAZO). ¡El mal pensao! Es la bombilla. (RIEN). A usté le toca.

GILBERTO —Blanco es, la gallina lo pone,
en la sartén se fríe,
con sal se come.

YOLA —El güevo. (A GRACIANO) A ver, usté, si la pilla...
La potota está preñá
con dociento pototito,
¿Cómo pare la potota
cuando no tiene potito?

GRACIANO —(DESPUÉS DE UNA PAUSA) No la pillé.

YOLA —La sandía. (SILENCIO. LOS HERMANOS SE MIRAN ENTRE SÍ Y SE LARGAN A REÍR A GRITOS, COREADOS POR LAS MUJERES)

GRACIANO —(A CHEPA). Una negrita pimea hace caquita y no mea.

CHEPA —La pulga.

GRACIANO —¡Pero ustedes se la saben toas!

YOLA —¡Te toca Chepa!

CHEPA —Una niña en un prao,
pasó un caallero
y se queó parao

de verle el vestío
de siete bordaos.
No estaba cosío.
Ni estaba cortao.

NICOLASA —Ah, ya sé. La culeura.

CHEPA —Claro, la culeura.

NICOLASA —(CON ÍMPETU) Tronco de higuera,
flor de zapallo,
tonto baboso,
cara'e caballo.

NICOLÁS —Esa la sé. La tuna. (A ISAURA) ¿Qué se le alarga a la
mujer cuando se casa?

ISAURA —(RIEN) Ay, no sé. ¿Qué será?

NICOLÁS —¿No sabe?

ISAURA —No sé.

NICOLÁS —El apellido.

ISAURA —(DÁNDOLE UN CODAZO) Güena, oh... A ver, a ver, ¿cuál
le voy a decir? Ya... Meter un duro en un blando
y quean las pelotas colgando.

GILBERTO —La... eh... No... el... A ver... No sé.

ISAURA —(MOSTRANDO LOS SUYOS) ¡¡Los aros!! (RIEN)

YOLA —(A GILBERTO) Ya, poh, le tocó. No lo piense tanto.

GILBERTO —Voy con mi casita al hombro camino y no tengo
pata, y voy dejando mis güeyas...

YOLA —...Marcás con hilo de plata. El caracol. (A GRACIANO)
Chaucha que pierde.

GRACIANO —A ver, poh.

YOLA —Sácalo marío,
que lo quiero ver.
¡Uy, qu' está muy feo,
güévelo a meter! (SILENCIO) ¿Vio que perdió?

GRACIANO —Perdí.

YOLA —El pan del horno. ¿Qué había creío usted?

GRACIANO —Otra cosa (RIEN). Aquí voy.

Gordo lo tengo,

más lo quisiera,
qu'entre las piernas
no me cupiera.

CHEPA —¿Qué es?

GRACIANO —El caballo (TODOS RÍEN A GRITOS)

YOLA —Güena, güena. Te toca, Chepa.

CHEPA —Es que... yo no me sé más adivinanzas.

NICOLASA —Güeno, no juguemos más, entonces.

YOLA —¡En reírlos!, ¿ah?

ISAURA —(RIENDO TODAVÍA). ¿De aónde vienen ustees?

NICOLÁS —De arriba'e la cordillera (RÍEN).

ISAURA —¿Lejos?

NICOLÁS —Lejazo. Un día'e viaje hicimos (RÍEN).

YOLA —¿Y aónde se van a alojarse?

GRACIANO —No sabimo na, toavía.

YOLA —Losotra les podimos indicar, si gustan (RÍEN).

GRACIANO —Güeno estaría.

YOLA —Pero toavía no será, ¿no es cierto? Es re temprano.

GRACIANO —¿Cómo va a ser? ¿No ve que está oscuro? Ya estaríamos durmiendo allá arriba.

YOLA —¡Uy!, y losotra que recién los venimos a animar a esta hora.

GRACIANO —Es que, como trabajamo too el día, tamién.

YOLA —Ah, claro. Losotra de día... no trabajamo.

GRACIANO —Too es distinto, entonces.

YOLA —Güeno... (SONRÍE MUY COQUETA). Too, menos lo más importante.

ISAURA —(DÁNDOLE UNAS PALMADAS EN LA PIERNA A NICOLÁS) ¿Y por qué no vamo a dar una güelta a la orilla'el río?

GILBERTO —¿Qué río?

ISAURA —El que está aquí al lao.

GRACIANO —Si está re oscuro, no se ha de ver na, poh.

YOLA —¿Que no ve que está saliendo la luna? (TODOS MIRAN HACIA EL FRENTE EN SILENCIO) (SE OYE ARPEGIO DE ARPA)

NICOLÁS —De vera. (A ISAURA) ¿Vamo?

ISAURA —Pero nos golvimo al tiro, ¿ah? Mire que mi amá es re seca pal garabato.

NICOLÁS —Más que esta ñora no será. Vamo.

NICOLASA —Aquí los espero.

GRACIANO —Vamo y golvimo (SALEN ISAURA Y YOLA)

ISAURA Y YOLA —(DESDE AFUERA) ¡Yujuuu!!

GILBERTO —(A CHEPA, QUE NO SE MUEVE) ¿Y usted no va?

CHEPA —No, yo ya lo coñezco.

GILBERTO —Pero yo no.

CHEPA —Vaya entonces.

NICOLASA —Es que solo se puee perder.

CHEPA —Apúrese y alcanza a los otros.

GILBERTO —¿No quiere ir conmigo?

CHEPA —Es que...

GILBERTO —Una miraíta cortita y los golvimos corriendo.

CHEPA —Es que... es que si mi novio sabe, se enoja.

GILBERTO —(MUY DESILUSIONADO) ¿Ta comprometía?

CHEPA —Claro.

GILBERTO —Ah.

CHEPA —Y el compromiso es compromiso.

GILBERTO —Claro... (SE LEVANTA) Pero amigos podimos ser.

CHEPA —Amigos sí.

GILBERTO —¿Y no quiere acompañar a su amigo?

CHEPA —(SONRÍE). Güeno, entonces sí. (SALEN RIENDO)

NICOLASA —(SE LEVANTA Y MIRA COMO SE ALEJAN) ¡Mis coltros!

Bien güeno sería que éstos se casaran, a ver si se despercudían, que no hay na como el casorio pa espabilarse... No te podís quejar, Abelino, como hei criaio a los cabros ende que te juiste. Güenos maríos serán, no como otros que yo me sé. Bien lesa que jui enirme contigo, aunque estís enterrao te lo digo. Y justo jui a caer contigo, la tonta bruta, cuando otros pretendientes tuve. Gente trabajadora y platúa. Y me embelecaste con toas esas historias y esa cuerpá que te gastabai. Veinte años allá arriba, como burra'e carga me tuviste. Hasta el día'el juicio hei de esperar pa

arreglar cuentas contigo, verís... Así que si me caso, no vengai a quejarte después, que culpa tuya es. (AL PÚBLICO). Alguien encontrará que me dé un poco 'e amistá. Vieja no estoy toavía. (POR ATRÁS ENTRA RENATO SEPÚLVEDA, UN HOMBRE DE CINCUENTA AÑOS, CORRECTAMENTE VESTIDO, DE ROSTRO ANCHO Y SONROSADO. VE A NICOLASA Y SE ACERCA EN PUNTA DE PIES, APA-RECIENDO FRENTE A ELLA SORPRESIVAMENTE)

RENATO —¡Aquí estoy, Ñatita!

NICOLASA —¿Ah?

RENATO —¿Que no me reconoce?

NICOLASA —Paré que no.

RENATO —Soy el Renato.

NICOLASA —¡Ah! ¿Cómo le va?

RENATO —¿Y qué manera es esa de recibirlo a uno, después de tanto tiempo?

NICOLASA —¿Y cómo quiere que lo reciba?

RENATO —(ESTIRANDO LOS BRAZOS HACIA ELLA) Con un abrazo, pues.

NICOLASA —Ah. (SE LEVANTA, LO ABRAZA, ÉL NO LA SUELTA)

RENATO —(APRETÁNDOLA). Veinte años sin vernos.

NICOLASA —¡Veinte años! Lo que es el tiempo, cómo pasa ¿no? Pa' qué le voy a decir, yo ya ni me acordaba 'e su cara, fijese.

RENATO —Yo la habría reconocido en cualquier parte, a ojos cerrados. (LE DA UNA PALMADA EN EL TRASERO. ELLA SE APARTA, ASUSTADA)

NICOLASA —Fíjese. Es que hei estao tan dedicá al trabajo. Y con tre hijo...

RENATO —¡Bah! Yo creí que eran hijas.

NICOLASA —No, son hijo. Hombres los tre.

RENATO —Entendí mal endenantes por el teléfono.

NICOLASA —¿El teléfono? Estoy enterá de toos esos adelantos yo. El Abelino me contaba. El Abelino era mi marío. Abelino Morales.

RENATO —¿Abelino Morales, Abelino Morales? Parece que yo no lo conocía, ¿no? ¿Con él te fuiste?

NICOLASA —Con él me jui.

RENATO —Y así que ahora está viudita.

NICOLASA —Sí. Es que se murió.

RENATO —Lo siento mucho, Ñatita.

NICOLASA —¡Y yo! Me quedé sin decirle unas cuantas cosas y las tengo toas atragantás aquí adentro.

RENATO —¡Hay que ver lo que son las cosas de la vida!, ¿no? ¿Cuándo me iba a imaginar yo que se me iba a ir así, tan de repente, sin avisar siquiera? ¡Con lo bien que lo pasábamos juntos! ¿Se acuerda? (LA PELLIZCA, DOÑA NICOLASA DA UN GRITITO). Y no quiere que la trate de ingrata. ¡Ingrata, eso es lo que es! Porque todas esas historias de que tenía otra mujer no eran ciertas. Que me parta un rayo, si miento. La prueba es que no me casé y que la he estado esperando, solo, solito, acordándome de usted día tras noche (LE DA UN CODAZO). Las noches sobre todo. En cambio usted, si hasta parece que recién me viniera conociendo. ¿Y la pulsera?

NICOLASA —(ASUSTADA) ¿Qué pulsera?

RENATO —¿Ve como es conmigo? “Nunca más me la voy a sacar”, me dijo cuando se la regalé. Y ahora no la tiene.

NICOLASA —¡Hay que ver que estoy desmemoriá!

RENATO —Es que te casaste.

NICOLASA —Eso ha de ser. Tanta rabia que pasa una con el marío, que too se olví.

RENATO —Pero te acordarás de ese día que fuimos a bailar a escondidas de tu mamá y después nos encontramos con ella en el baile. ¿Te acuerdas? ¡La cara que puso! (RÍE).

NICOLASA —(RÍE, SE PONE SERIA) No me acuerdo.

RENATO —¿Cómo no te vas a acordar?

NICOLASA —Es que tanto año que ha pasao.

RENATO —¿Y no te acuerdas de... de... de qué, por ejemplo? ¿Del primer día que me convidaste a tu casa y a tu mamá se le cortó el collar que tenía?

NICOLASA —¡De eso me acuerdo! Se le cayeron toas las cuentas aentro'e la olla'e porotos (RIEN).

RENATO —(RÍE) ¡Y tu hermana se tragó una, después!

NICOLASA —¡No! ¡Yo me tragué una!

RENATO —No, fue tu hermana.

NICOLASA —No, Si jui yo. De eso me acuerdo.

RENATO —¿Y qué fue de tu hermana?

NICOLASA —Tan re alocá que era. Con un fulano se mandó cambiar. Nunca más supimos de ella.

RENATO —Y tan seriecita que parecía.

NICOLASA —Se hacía la mosca muerta, no más, pero era como chicharra. La hormiga y la chicharra los decían.

RENATO —Sí, pues. (SUSPIRA) Y yo, tan ilusionado que venía. Ahora que estamos solos los dos, me dije, podríamos juntarnos, otra vez.

NICOLASA —Güeno, ¿y en qué topamos?

RENATO —Es que tan re cambiá que está usté conmigo. Me mira como del otro lao 'el río. Y ni se acuerda que una vez me miró con güena cara.

NICOLASA —¿Que me encuentra mala cara ahora, por si acaso?
(LE SONRÍE COQUETAMENTE)

RENATO —¿Por qué me hace eso? ¿No ve que me da esperanzas? Y yo, usté sabe, siempre listo. Tengo mi sueldo y ya estoy pa jubilar y dedicarme a usté too el día. ¿O es que me encuentra muy viejo?

NICOLASA —No, si usté, está bien güeno toavía. Yo, aquí onde usté me ve, tengo casi toos mis dientes y trabajo como chiquilla joven, éi tan mis hijos pa decirle, y le sé hacer desde el pan amasao hasta el asao 'e cordero... Y si me apuran, hasta sidra'e manzana le hago.

RENATO —Yunacasale tengo en Osorno, desde hace veinte años.

NICOLASA —Me tiene bien convencía, fíjese.

RENATO —Podríamos irnos unos días a Temuco.

NICOLASA —¡Pero eso quea como a una semana 'e viaje!

RENATO —No, si en tren llegamos en dos horas. ¡Va a ver lo que le va a gustar! ¡Está muy moderno Temuco! En la plaza hay unos edificios de tres pisos.

NICOLASA —Mire, no se me ponga fantasioso, que mi marío me dejó re encarmená, y ya no creo en ni una de esas historias yo.

RENATO —¡Ah!, en un rato más van a dar la luz.

NICOLASA —¿Qué luh?

RENATO —La luz eléctrica, pues.

NICOLASA —Ah, entonces, ¿hay luh eléutrica?

RENATO —En un rato más la dan.

NICOLASA —¡Ay, que güeno! ¡Pa que estos guasos descreíos de mis hijo vean que no era burla! En cuanto que nos traigan la luh eléutrica les avisamos a toos que los casamos. (ENTRA DOÑA REBECA, QUE MIRA ATENTAMENTE A NICOLASA Y, EN SEGUIDA, SE LANZA A SUS BRAZOS)

REBECA —¡Nicolasa!

NICOLASA —¡Rebeca!

REBECA —¿Qué hacís aquí?... ¿Cómo me hallaste?

NICOLASA —¿Qué hacís tú aquí?

REBECA —Esta es mi casa. (VE A RENATO Y SE LANZA A SUS BRAZOS, CON ENTUSIASMO) ¡Ñatito!

RENATO —¡Ih! (SORPRENDIDO) ¡Ñatita! (A DOÑA NICOLASA) Así que usted no es la Rebeca.

REBECA —No, pues, la Rebeca soy yo. ¿Que ustedes se conocen?

NICOLASA —Claro. ¡Nos vamos a casar, fíjate!

REBECA —(LLEVÁNDOSE LAS MANOS AL CORAZÓN) ¿Qué?

NICOLASA —¡Nos vamos a casar!

REBECA —¡Ay, la valeriana! (CORRE HACIA LA CASA, SEGUIDA POR RENATO)

RENATO —Rebequita, Ñatita, ¡déjeme que le explique! (SALEN).

NICOLASA —¡Bah! (AL PÚBLICO). Paré que la embarré. (SE PRENDEN LAS LUCES REPENTINAMENTE Y DOÑA NICOLASA, CON LA IMPRESIÓN, CAE LANZANDO UN GRITO) ¡iiiiiiiiiii!

TELÓN

SEGUNDO ACTO

PRIMER CUADRO

(LAS CORTINAS SE CORREN CON LA LUZ APAGADA. LAS GUIRNALDAS DE LUCES SE ENCIENDEN REPENTINAMENTE Y DOÑA NICOLASA, CON LA IMPRESIÓN, CAE LANZANDO UN GRITO.)

NICOLASA — ¡iiiiiiiiiiiiiiiiiii!

RENATO — (VUELVE ASUSTADO). ¿Qué pasa? (SE INCLINA SOBRE ELLA)

NICOLASA — ¡La eléctrica! ¡Me asustó! (ENTRA DOÑA REBECA, CORRIENDO)

REBECA — ¿Qué pasó?

RENATO — (SUELTA A DOÑA NICOLASA). Nada... Bueno... es decir... Se asustó.

REBECA — ¡La valeriana! (SALE CORRIENDO)

NICOLASA — (RENATO LA AYUDA Y LA LLEVA HASTA UNA SILLA). Si no es na. Jue el primer momento, no más. No ve que la luh llegó tan'e repente. (VUELVE DOÑA REBECA, CORRIENDO, CON UN FRASCO CUYO CONTENIDO HACE OLER A DOÑA NICOLASA). ¡Ay! Ya me estoy acostumbrando. ¡Qué bonita es! Si paré que juera'e día. ¿No es cierto? ¡Hay que ver! Tan clarito, mire, si se ve hasta la última hoja'e los árboles... Paré cosa'e cuento. Con razón se acuestan tarde aquí, si hacen la noche día... ¿No se podrá poner en el campo esto?

RENATO — Como había tan poca luz, la confundí... Creí que usté era la Rebequita.

NICOLASA — Raro me había pareció tanto amor a la primera... Y a usté lo veo mucho mejor que endenante. ¡Tan clarito! La eléctrica lo favorece mucho. (LO MIRA MUY DE CERCA)

RENATO — (NERVIOSO). Como no veía a la Rebequita hace tanto tiempo... y como se parecen...

NICOLASA — Favor que me hace, porque la Rebeca bien güena moza que está.

REBECA —El favor me lo hace a mí. (SE TOMAN DEL BRAZO). Paré que el tiempo no hubiera pasao por tu lao, Nicolasa.

NICOLASA —¡Quién te creyera! Estoy como pasa yo.

REBECA —Si yo parezco tu agüela, niña.

NICOLASA —¡Las cosas! Tai como chiquilla.

REBECA —No es raro que el Renato se haya entusiasmao viéndote. A cualquiera le habría pasao.

NICOLASA —Es que pensando en ti me miraba.

REBECA —Si tú lo querís a éste, no vayai a pensar que yo te lo quiero quitar. (EMPUJA A RENATO HACIA NICOLASA)

NICOLASA —(EMPUJA A RENATO HACIA REBECA). ¿Cómo te voy a quitar lo qu'es tuyo, poh, niña?

REBECA —Quédate con él no más. Tanto no habrá sío el amor que me tenía que no se dio cuenta, ¿no?

RENATO —(TRATANDO DE COQUETEAR CON REBECA). No diga esas cosas Rebequita, que Dios la puede castigar.

REBECA —(SIN HACERLE CASO). Y lo hubierai oído, endenante, por el teléfono, cuando le hablé: "Nunca la hei olvidao", me dijo, y yo le dije que no le creía, le dije. Y muy perdía no andaba, por lo que veo.

RENATO —Pero, Ñatita, dése cuenta, si fue que... el pareció...

REBECA —Güeno, como iguales, iguales no somos losotras.

RENATO —Es que tanto tiempo que no la veía, pues.

REBECA —¿Y tan vieja pensó que estaba? ¿Tan cambiá me encuentra?

RENATO —No, claro, ahora que las veo juntas.

NICOLASA —¿Así que más vieja que la Rebeca me veo?

RENATO —No, si yo...

NICOLASA —(INTERRUMPIÉNDOLO). Con toa la pintura que tiene encima, ¡hasta quién, poh! Mírele la boca, si paré que hubiera estao comiendo maqui.

REBECA —Con la cara lavá mejor me veo, pa que sepai. Y güeno sería que te pintarai un poco, que así paré que estuvierai enferma.

NICOLASA —Tú sí que parecís enferma con esas ojeras de tísica.

REBECA —Seguís igual de deslenguá que ante.

NICOLASA —Al que me tira la lengua, lo muerdo. Si él no me hubiera dicho na, ni un cambio 'e palaura habríamos tenío, pero lo hubierai oído. Las lindezas iban y venían. Y algo le habré gustao que me hablo'e matrimoniarse, que yo na le dije pa que se entusiasmara. Jue de verme, no más.

REBECA —(RENATO QUIERE HABLAR, PERO ELLAS NO LE DEJAN TIEMPO). ¿Y le creíste? Si éste, cuando nació, en vez de llorar, dijo una mentira.

RENATO —Pero si yo no he hablado en ningún momento de matri...

NICOLASA —Ni una palaura le creí. Pero no le iba a estar poniendo mala cara en casa ajena.

REBECA —(LAS DOS SE SIENTAN JUNTAS, MUY AMIGAS). ¡Los hombres son toos iguales!

NICOLASA —¡Iguales, mira! ¿No lo voy a saber yo? Toos cortaos de la misma laya. Así que no te aflijai, que a mí no me interesa.

REBECA —¡Qué ocurrencia, niña! ¡Qué me voy a afligir por éste! ¿Y con el gusto'e tenerte aquí? Meno.

RENATO —Oiga Rebequita, no me haga la desconocía, pues.

REBECA —(LE VUELVE LA ESPALDA OSTENSIBLEMENTE). ¿Andai sola?

NICOLASA —Con mis hijos ando.

REBECA —¿Y tu marío?

NICOLASA —Viuda me dejó, el canalla.

REBECA —Yo también queé viuda.

NICOLASA —Hubierai conocío al Abelino. Roto divertío jue. Hasta que lo enterramos tuvo cara'e risa. Sano, sin vicio. Poco aficionado al trabajo, pero eso es cosa de hombre, digo yo. ¿Y esta casa te la dejó tu marío?

REBECA —Claro.

NICOLASA —Grandaza, ¿no?

REBECA —¿Querís conocerla por dentro?

NICOLASA —Vamo. (SE LEVANTAN Y SE DIRIGEN HACIA LA CASA) Tan lindo que tenís esto. (SALEN, RENATO LAS SIGUE, TRATANDO DE SER OÍDO)

RENATO —Ñatita... Señora Nicolasa... Rebequita... (SALE. EL ESCENARIO QUEDA SOLO UN MOMENTO. LUEGO ENTRA GILBERTO, CASI CORRIENDO, SEGUIDO DE CHEPA. ÉL MIRA LAS AMPOLLETAS, DESLUMBRADO, SIN HABLAR DURANTE UN MOMENTO).

GILBERTO —Así que ésta es la luh eléutrica... (ELLA ASIENTE, SONRIENDO). ¡Chitas qué iluminá! Yo creía que era distinta.

CHEPA —¿Cómo?

GILBERTO —No sé... Más oścura... Y es como unas estrellas grandotas amarrás a un hilo... Llegan a doler los ojo'e mirarla. Como cuando uno mira el sol de frente... Una vez agarré una luciérnaga, eran como cinco, y las metí en un vaso. Así pensaba que era. Suavecita. Pero llega a doler.

CHEPA —Cuando se acostumbre ni se va a dar cuenta.

GILBERTO —¿Usted está acostumbrá?

CHEPA —¿A qué?

GILBERTO —A la luh.

CHEPA —Ah... sí.

GILBERTO —¿Y toas las noches'ta igual?

CHEPA —Igualita.

GILBERTO —¿Y usté?

CHEPA —¿Yo?

GILBERTO —Sí, usté.

CHEPA —¿Yo qué?

GILBERTO —¿Ta toas las noches igual?

CHEPA —Sí.

GILBERTO —¡Siempre solita!

CHEPA —Es que mi novio es marino.

GILBERTO —Ah. (PAUSA. LOS DOS VAGAN UN MOMENTO ENTRE LAS MESAS, COMO EVITANDO DARSE LA CARA). Mi taita siempre me contaba'el pueulo.

CHEPA —¿Sí?

GILBERTO —Hablabá'e puras maravillas, pero no me recuerdo que haya hablao de algo como usté. Aparte'e las sirenas, claro.

CHEPA —(ACERCÁNDOSE A ÉL, INTERESADA). ¿Y qué decía'e las sirenas?

GILBERTO —Que en poniéndose a cantar la sirena, uno se queaba pegao al suelo y no se podía mover más... ¿No será sirena usté?

CHEPA —(RÍE). Pero yo no canto.

GILBERTO —Es como si cantara.

CHEPA —¿Y su papá venía siempre solo?

GILBERTO —Sí. Decía: "No le digan na' a la ñora que me voy pa' el pueulo a echar una cana al aire". Y era re cierto, llegaba más guaina, con meno cana. Y yo pensaba "¿Por qué no llevará a la ñora? ¿Por qué irá solo?". Y era que la ñora no tenía mucha cana, entonce. Y yo digo: Qué lástima no haber venío ante, que a lo mejor la habría encontrao sin compromiso y los habríamos podío casar.

CHEPA —Pero si usté ni me conoce.

GILBERTO —¿Cómo que no? ¿Y no estamo hablando y no estamo mirándonos? ¿Qué más?

CHEPA —Si usté me conociera más, no me querría pa casarse.

GILBERTO —¿Y pa qué, entonce?

CHEPA —Pa... Usté sae, pues.

GILBERTO —Pa' too.

CHEPA —Claro, pa eso.

GILBERTO —¿Sabe contar historias?

CHEPA —Sí, sé.

GILBERTO —¿Sabe cantar? ¿Sabe trabajar?

CHEPA —Sí sé.

GILBERTO —¿Y hacer comía y cuidar chiquillos?

CHEPA —(RÍE). ¡Eso lo sé!

GILBERTO —¿Y le gustan los caballos, los perros, los gatos, las gallinas?

CHEPA —Sí me gustan.

GILBERTO —¿Ve? ¿Cómo no quiere que la quiera, entonce?

CHEPA —(SONRÍE). Si quiere... Usté me gusta. Yo ni le cobraría.

GILBERTO —¿Que hay que pagar pa quererse en el pueulo?

CHEPA —No, poh... Hay que pagar pa estar juntos.

GILBERTO —¿Y cuánto le debo?

CHEPA —Na, toavía.

GILBERTO —¡Pero si estamos juntos!

CHEPA —¿Pa qué se hace? ¿No ve que me da vergüenza?

GILBERTO —Es que paré que no le entendiera.

CHEPA —¿Que usté no ha estao enamorao?

GILBERTO —¿Y de quién? Si allá arriba no hay más mujer que la ñora.

CHEPA —¿Ni... ni se ha acostao con naide?

GILBERTO —Ah, sí, claro. Con el Graciano y con el Nico. Dormimo los tre en el mismo catre. ¿Por qué?

CHEPA —Yo digo con una mujer.

GILBERTO —No, poh, me daría vergüenza.

CHEPA —¿Conmigo también le daría vergüenza?

GILBERTO —(SE ALEJA DE ELLA, SUJETÁNDOSE EL SOMBRERO CON LAS DOS MANOS Y RIENDO DE NERVIOS Y DE VERGÜENZA). ¡Claro!... un poco... No sé... No creo. (CORRE HACIA ELLA). ¿Por qué no veímos?

CHEPA —Güeno.

GILBERTO —Ah, pero no vamo a poder.

CHEPA —¿Y por qué no?

GILBERTO —Por su novio.

CHEPA —Pero él no está aquí.

GILBERTO —Sí, pero el compromiso es compromiso.

CHEPA —Claro. (SE ALEJA UN POCO)

GILBERTO —La mala pata, ¿ah? Yo pensaba que cuando uno se entusiasmaba too era re fácil. Llegar y casarse. Cosas que piensa uno allá arriba, de puro inorante. ¡Too es tan distinto aquí!

CHEPA —¿Sí?

GILBERTO —¡Claro! Allá arriba no hay señoritas, ni pueulos grandes, ni caminos pavimentaos. Uno se larga a la que te

criaste, no más. En cambio aquí, paré que uno estuviera amarrao.

CHEPA —A ver, suéltese.

GILBERTO —¿Y cómo?

CHEPA —No sé, dése una güelta'e carnero, o ríase.

GILBERTO —Ganas no tengo.

CHEPA —(CHEPA LE HACE COSQUILLA, ÉL ESCAPA, JUEGAN ENTRE LAS MESAS Y, FINALMENTE, ELLA LO AGARRA DE LA MANTA Y CAEN LOS DOS AL SUELO, RIENDO). ¿Ve que se rió?

GILBERTO —¡Jue con maula eso!

CHEPA —Es que yo soy maulosa. (SE LEVANTA, APARTÁNDOSE DE ÉL).

GILBERTO —¿En qué está pensando?

CHEPA —Se me ocurre que donde usted vive too ha de ser tan güeno, que uno estará tranquilo.

GILBERTO —(LEVANTÁNDOSE). Claro, es re tranquilo, aparte'e que vivimo al lado el volcán y e repente se pone a escupir juego y quea la pelería. El juego no los llega, pero caen los aluviones que dejan el campo como chiquero. Claro que uno no se aburre. (ELLA SONRÍE). Váyase pa allá, que le va a gustar.

CHEPA —Si ganas no me faltan... pero no pueo... El compromiso es compromiso.

GILBERTO —Poco segura dicen que es la mar. Si su novio le falta, que ni Dios quiera, acuérdesse de este amigo.

CHEPA —Me voy a acordar.

GILBERTO —Sí, pero'e verdá, mire que la voy a estar esperando.

CHEPA —Oiga, Gilberto ¿y usted se casaría conmigo, aunque supiera que...? (SE ESCUCHAN LOS GRITOS DE GRACIANO Y NICOLÁS, CERCA. LUEGO ENTRAN LOS DOS, CORRIENDO, Y DAN VUELTAS POR EL PATIO, EXAMINANDO LAS LUCES, ENTRE ASUSTADOS Y CURIOSOS. DETRÁS DE ELLOS ENTRAN ISAURA Y YOLA).

GRACIANO —¡Chitas, con la custión eléútrica, cómo brilla!

NICOLÁS —¿No hará mal pa la salú?

YOLA —Si uno mete los deos en el enchufe, ei sí que hace mal.

(ISAURA RÍE)

GRACIANO —¿Cómo?

YOLA —Si uno saca la ampolleta y mete el deo aentro, se cae fulminado como por un rayo.

GRACIANO —¿De veras?

YOLA —De vera, así que no haga la prueba, m'hijito, que no quiero quear viuda ante'e casarme.

ISAURA —¿Tú también te casai?

YOLA —(FINA). Es que el Graciano me conquistó apenas lo vide. Toos mis otros pretendientes se me olvidaron como si no los tuviera. Pa arriba los vamos a ir mañana, que yo le hei dicho que por acá más vale no quearse. La gente es tan mala y las niñas solteras corrimos tanto peligro, ¿no es cierto, Chepa? (CHEPA ASIENTE SIN HABLAR).

ISAURA —Yo le dije al Nico: "Los casamos en la mañana temprano y nos fletamos como bala pa el fundo".

NICOLÁS —Si tanto como jundo no es.

ISAURA —(ABRAZÁNDOLO FELIZ). Ay, si a mí no me importa.

GRACIANO —¿Y tienen calamorros? Que esos zapatos no les van a servir p'al barro.

YOLA —¿Qué barro?

GRACIANO —Estamos al lao'el volcán.

NICOLÁS — Los aluviones dejan un poco embarrao.

ISAURA —No me habíai hablao'el volcán.

NICOLÁS —Al lao estamos.

GRACIANO —Deja un poco'e estropicio, pero na pa preocuparse.

NICOLÁS —Los chanchos, no más, los sentimos. Cinco eran y gordos de partirlos con l'uña. Pero estaban a la pasá' el barro. Ni rastro queó'el chiquero. Lisito como la palma 'e la mano.

YOLA —Pero a la casa no le pasa na, ¿no?

GRACIANO —(MUY CONVINCENTE) ¡No!... aparte'e la pieira que aplastó la cocina, no ha pasao na y la ñora andaba aonde las gallinas, así que no importó, tampoco.

ISAURA — (A YOLA). Ta peliagúa la cosa.

YOLA —¿Y cuántas veces les ha tocao erución del volcán?

NICOLÁS —Casi nunca. Caa dos o tre año, no más.

ISAURA —¡Chitas!

NICOLÁS —¿Que le da susto?

ISAURA —Es que yo soy malaza pa los temblores. Salgo corriendo pa' onde esté güelta.

NICOLÁS —Si no tiembla. Y ei voy a estar yo, pa cuidarla.

ISAURA —No me dejís nunca sola. Niquito, esté como esté el volcán.

NICOLÁS —Si es re entretenío. A veces se ve too colorao en la noche. R'entrenío.

YOLA —Güeno, ¿y en serio que es pa tanto, como pa ir con bototos?

ISAURA —Ay, m'hijito, pídamelo que quiera, meno que me cambie'e zapatos, que éstos me han costao casi un mes de trabajo... ¿Le gustan? De Osorno me llegaron, encargaos especiales pa mí. Yo, sin mis zapatos'e taco alto, estoy perdía. Ende que me los trajeron que no me los hei sacao.

NICOLÁS —Poco le van a durar por allá arriba. Y medio desabrigados se ven pa el invierno.

ISAURA —Si otros voy a llevar pa esos menesteres, pero es que éstos son tan re bonitos, ¿ah?

NICOLÁS —Si es ese su gusto, ¿qué le voy a decir yo?

ISAURA —¡Niquito! 'e mi alma, tú si que erei güeno conmigo. Cualquier otro habría hecho su voluntá, pero tú erei güeno. A juerza'e cariño te voy a pagar.

GRACIANO —¡Oye, Yola! ¡Pero tú te irís a sacar esas chalas, que no te han de servir pa na!

YOLA —¡Yo me saco lo que usté me pida, m'hijito!

GRACIANO —(DÁNDOLE UN ABRAZO QUE LA LEVANTA DEL SUELO).
¿Tanto me querís, Yola?

YOLA —Yo, por usté soy capaz de... ¿qué decirle pa que se haga una idea?... ¡De subirme al volcán a pata pelá!

ISAURA —(A NICOLÁS). Yo más que eso. Yo lo voy a seguir hasta la otra vida.

GRACIANO —Yo no digo na. Cuando haga falta verá lo que pueo hacer por usté.

NICOLÁS —Lo mismo digo. (LOS DOS MUCHACHOS ESTÁN TAN ENTUSIASMADOS Y CONTENTOS QUE TOMAN EN BRAZOS A ISAURA Y YOLA Y JUEGAN A TOPEAR, EN MEDIO DE RISAS Y SILBIDOS)

YOLA —(SIN ALIENTO). Oye, Isaura, no le hemos dicho na a oña... a mi mamá.

ISAURA —¿Y pa qué? Pero si querís, digámole al tiro.

YOLA —Vamo. (A NICOLÁS). Vamo a ir a avisarle a mi mamá.

GRACIANO —Aquí las esperamos, pues.

ISAURA —Ni un suspiro los demoramos. (SALIENDO). Ven, Chepita. (CHEPA SALE DETRÁS DE ISAURA Y YOLA)

NICOLÁS —(LANZA SU SOMBRERO AL SUELO Y SE DA UNA VUELTA DE CARNERO). ¡Por las entrecanillas que me gusta la patillúa!

GRACIANO —Me quedé como acalambrao cuando juimos pa el río.

GILBERTO —Si tanto frío no hacía.

GRACIANO —No, si de puro tenerla al lao jue que me acalambré. No sé qué me pasaba. Andaba tropezando con too. Y cuando me pasó la mano pa que me sujetara me dieron como unas tercianas. Llegué a sudar frío. Ya ni me acuerdo 'e lo que le hablé, pero no paraba'e reírse la Yola. Cuando'e repente se me puso re seria y se me acercó bien acercá, m'estiró la trómpa y yo como que me caí en un hoyo, me juí 'e punta encima y tenía la boca aromá y suavecita. Ya está, me dije yo, me embrujó y me va a llevar al despeñaero. Pero ni ganas de arrancarme me dieron. Recién ei me di cuenta que la Yola andaba con las pechugas medio pelás y le dije que se podía arromaizar y, ¡guelta a reírse! ¡Y yo tamién! ¡Los reímos como caballos!

NICOLÁS —Es que son más re diabras. Yo, con la Isaura, hasta el borde'el agua llegué y la luna iluminaba tanto que me dijo: "Vámolo pa debajo'e los árboles que hay muchaza

luh aquí” (RIEN). Yo no veía na, pero allá juimos. Y le dio por sentarse. Yo me senté. Y se tendió y yo me tendí. Y como estaba callá le hice cosquillas pa que dijera algo y se largó a abrazarme como mala’e la cabeza. (RIEN). ¿T’a sustá?”, le dije yo. “Es que sentí una cosa helá y creí de que era una culeura”, me dijo. Y yo busqué por toos laos y no había ni rastro’e culeura. Tan requete fantasiosa que se puso. ¡A cada rato estaba sintiendo la culeura! (RIEN A GRITOS). Total que al final nos quedamos bien juntitos y ei no se asustó más. Y en eso estábamos cuando prendieron la eléutrica y vinimos a mirar.

GRACIANO —(A GILBERTO). ¿Ya vos, cómo te jue?

GILBERTO —Me jue mal.

NICOLÁS —¿Qué te dijo?

GILBERTO —Ta comprometía con otro gallo.

NICOLÁS —¡Puchas que erei miao’e perro vos! ¿Ah?

GRACIANO —¿Y qué importa que esté comprometía. Llévatela no más. Losotros te ayudamo.

GILBERTO —No. El gusto tiene que ser de los dos, poh.

NICOLÁS —No te aflijai, que otra mejor hallarís en la ciudá.

GRACIANO —Y ésta es medio patuleca y deslavá, mejores vai a encontrar.

NICOLÁS —Esta paré qu’estuviera medio pasmá.

GILBERTO —¡Hágamele un parao, poh hermano! Bien derechas que tiene las dos patas la Chepa, y sin embetunar me gusta a mí. Y callá no es lo mismo que pasmá.

NICOLÁS —No te apequenís, poh cabro, que lo decíamo pa consolarte, no más.

GILBERTO —Cada uno con su suerte, poh hermano.

GRACIANO —Vai a tener aonde elegir en el pueulo, ¿qué te apostara?

GILBERTO —Aunque viera a toas las mujeres del mundo siempre la Chepa sería la mejor pa mí. ¡Qué mejor que no quererla y quearme tranquilo!, pero estoy como embrujao. Y mañana me voy a tener que ir pa arriba, no más, aunque

me tenga que tapar la caeza con la manta pa no verla ni oírla.

GRACIANO —¿Pa qué lo tomái así, oh?

NICOLÁS —Sí no es pa tanto. (ENTRA DOÑA NICOLASA).

NICOLASA —Vaigan cambiando'e rumbo que con estas cabras no se van a poder casarse. (EMPIEZA A RECOGER SUS BULTOS)

NICOLÁS —(LEVANTÁNDOSE DE UN SALTO). ¡Si ya dimo la palaura!

NICOLASA —Se la van a tener que digolver.

GRACIANO —¿Y por qué, si puede saberse?

NICOLASA —Porque estas niñas son hijas de mi hermana Rebeca, y no les aguanto casorio entre primos, que después les salen los chiquillos toos torcíos.

GRACIANO —¿Qué Rebeca?

NICOLASA —La Rebeca, poh, esa hermana zafá que tuve yo. Es la dueña de esto y la maire'e las tres cabras.

GRACIANO —¿Así que somos primos?

NICOLÁS —Yo me caso no más. No me importa.

NICOLASA —A ti no te importará, pero a ella sí.

NICOLÁS —¿Que dijo algo?

NICOLASA —¿Qué van a decir, si la Rebeca no las ha dejao ni abrir la boca? Pero aspérate que le pregunte y vai a ver.

GRACIANO —¿Y qué vamo a hacer?

NICOLASA —Resinarse a su suerte, y aguantarse, no más.

NICOLÁS —¡Güen dar que somos quemaos! Tan re bien qu'estábamo.

GRACIANO —¿Y está segura que es su hermana?

NICOLASA —¿Cómo no voy saber, baulaque?

GRACIANO —Es que, ¿cómo va ser tanta la mala pata? Si estoy malo 'e la caeza por la Yola yo.

NICOLASA —Pa mejor habrá sio. En el pueulo van a encontrar mejores.

GRACIANO —¡Si no queremos na mejores, las queremos a éstas!

NICOLÁS —Sí, poh.

NICOLASA —Son muy fruncías, no sirven pa trabajo e campo. Y si salen a la maire, poco durarían al lao e ustees.

GRACIANO —¿Cómo sabe, ñora?

NICOLÁS —Son menos fruncías que usted.

NICOLASA —Respeta a tu maire, desgraciao. Apréndele al Gilberto que muere pollo ante lo que dice su maire.

NICOLÁS —¿Y qué va a decir este jetón, también poh?, cuando nació parao. Le jue mal con la cabra'e partía.

GRACIANO —No se comprometió con naide. ¡Es la suerte 'el tonto esa!

NICOLASA —¡Lo que digo yo se hace! ¿Me oyeron? Y nos golvimos al tiro pa la casa, también, si siguen alegando los baulaques..

NICOLÁS —No ve que los va a tener amarraos allá arriba tal vez.

NICOLASA —(LE PEGA CON UNO DE LOS BULTOS). La cara se te ha de quer, mal hijo, discutiéndole a tu maire, que se ha sacao los Ojos pa que vivan como la gente y no como bestias que son. ¿Quién te enseñó el A, B, C, y a agarrar el lape? Si no juera por mí, naide sabría distinguirte'e un caballo. Pero no hacen más que ver una falda'e lejo y ya quieren pasar por encima de una. ¡Hasta que me saquen con las patas pa ilante se hará lo que yo mande!, que pa eso me hei mortificao como mula por los tre, y bien casaos los hei de ver, aunque no quieran... Güeno sería que ahora que estoy vieja y sin juerzas, tuviera que cuidar cabros amarillos y chuecos. Que es ley de la vida, que el que se casa con una prima, tenga los chiquillos torcíos.

NICOLÁS —¿Y cómo el Gumercindo Algornoz se casó con su prima y el cabro les salió re' entaquillao?

NICOLASA —Seña fija que el cabro no es del Gumercindo Algornoz.

NICOLÁS —¿Y de quién va a ser, entonce?

NICOLASA —Gente dispuesta hay en toos laos. (SE ESCUCHAN VOCES QUE SE ACERCAN). Ei viene la Rebeca, se las voy a presentar. (LOS TRES HERMANOS SE PONEN EN FILA. ENTRA DOÑA RE-

BECA CON RENATO, SEGUIDOS POR ISAURA, YOLA Y CHEPA). Estos son los chiquillos, poh, Rebeca. El Nicolás, el Graciano y el Gilberto. Esta es la tía Rebeca, cabros. (DOÑA REBECA LE DA LA MANO A GRACIANO)

GRACIANO —Graciano Morale. (SE SACA EL SOMBRERO, REBECA LE DA LA MANO A NICOLÁS, QUE SE SACA EL SOMBRERO)

NICOLÁS —Nicolás Morale.

REBECA —Bien güeno mozos tus hijos, Nicolasa. (LE DA LA MANO A GILBERTO, QUE SE SACA EL SOMBRERO Y HACE UNA INCLINACIÓN)

GILBERTO —(MURMURA). Gilberto Morale.

NICOLASA —Bien alimentaos y ensañaos que están. Y son forzudos como yunta'e güeyces. Este caballero es on Renato Sepúrvea, aministrador de la luh eléutrica. (LOS HERMANOS, MUY IMPRESIONADOS, SE QUITAN RÁPIDAMENTE EL SOMBRERO Y LE DAN LA MANO A RENATO)

GRACIANO —Graciano Morale.

NICOLÁS —Nicolás Morale.

GILBERTO —Gilberto Morale.

REBECA —¿Y ya se conocieron con las niñas?

NICOLASA —Ya se conocieron, hasta se querían casarse con ellas. Lástima grande que no van a poder.

YOLA —¿Y por qué no?

NICOLASA —Es que losotra somos hermanas.

ISAURA —¿Y eso qué tiene que ver?

NICOLASA —Que ustees son toos primos.

YOLA —¿Primos? ¿Losotros? ¿De aónde sa...?

REBECA —(INTERRUMPIÉNDOLA) ¿Le ofrecieron un traguito a on Renato?

CHEPA —Yo le sirvo, oña... mamá...

REBECA —Acomódense, no más, que losotra tenimo que cambiar unas palabritas. Con permiso, atiéndalos, Chepita. (SE APARTA CON ISAURA Y YOLA). ¿Que no te dije que al Renato le juré que eran hijas mías? Entusiamaazo está conmigo, paré que quiere casorio. Así que hijas mías son.

YOLA —Mire, ña Rebeca, no porque usté se quiera casarse losotra los vamo a quear tirando la pera. Lo vamo a casar, no más, con los chiquillos. Así que mejor que usté solita se confiese con su caballero, porque al tiro vamos a decir que no somos primos.

ISAURA —¿Chis? ¿Que cree que se los va a presentar la ocasión, otra vez? Sin contar que harto entusiasma que estamos con ellos. ¡Son más re lindos!

REBECA —¿Green que voy a dejar que me dejen como mentirosa? Ustees son jóvenes y pueden esperar, en cambio yo, si no me apuro, pierdo el tren pa sécula. (AL PÚBLICO) Y en edá estoy de ser una señora respetable'e su casa. (A ISAURA y YOLA). Ustees que me dejan en vergüenza y yo les digo a los cabros que ustees son unas perdías. ¡Así que elijan!

YOLA —Usté que le dice a los cabros que somos unas perdías y losotras que le decimo a su Renato que usté los perdió.

ISAURA —Sí, pues... Y le contamos que la "Quinta de Recreo" es la casa'e remolienda más afamá'e la zona. A ver qué dice.

REBECA —¿Así que ustees prefieren que nos quedemos toas mirando?

YOLA —Somos dos contra una, ña Rebeca, y estamos decididas a casarlos. Y usté que los echa al agua y losotra que le armamos la casa de alto.

REBECA —Ustees que me arman boche, y yo que las despido.

ISAURA —Ay, pues, la media cosa que los va a hacer. Mejor, así los vamo con los chiquillos pa el fundo.

REBECA —Más que fijo que se van con ustees si saben la laya 'e mujeres que son.

YOLA —No me tiznis, le dijo la sartén a l'olla.

REBECA —Güeno, digan no más que soy una mentirosa y éi van a ver lo que voy a decir yo. (SE APARTA DE ELLAS Y VA HACIA EL GRUPO, QUE SE HA INSTALADO EN DOS MESAS JUNTAS. ISAURA Y YOLA SALEN CASI CORRIENDO DETRÁS DE ELLA). Ya, pues, Chepa, tócate una cosita pa festejar a las visitas, niña.

CHEPA —Si es la Yola la que sabe tocar.

YOLA —Ah, no. Yo no pienso en tocar, ni muerta.

GRACIANO —¿Ni aunque yo se lo pida?

YOLA —Güeno, es que... No estoy de ánimo ahora.

NICOLASA —Si pa el mal de amores no hay como quejarse cantando, es que me decía el Abelino. Llórenla con guitarra, que así se les va a pasar la pensión.

ISAURA —¡No estamos en vena!

RENATO —¿Cómo va a ser eso? (LE ENTREGA LA GUITARRA A YOLA).
Las penas se matan cantando, pues.

YOLA —(ENTREGÁNDOLE LA GUITARRA A ISAURA). Yo no canto.

ISAURA —(LE PASA LA GUITARRA A REBECA). Yo menos. Cante usted que estará más contenta.

RENATO —¡Claro! ¡Cante!, ¡Rebequita!

REBECA —Si yo no soy na de rogá, como éstas. Si tus hijos bailan, Nicolasa, yo les canto.

NICOLASA —No bailan na de mal. De too les hei enseñao. ¡Ya, salieron a bailar! ¡No me vengan a dejar en vergüenza aquí! (GILBERTO, NICOLÁS Y GRACIANO SE LEVANTAN AMURRADOS)

NICOLÁS —¡Pa las ganas que tenimo 'e bailar!

GRACIANO —Sí, poh.

GILBERTO —(A CHEPA). Bailemos, más que sea.

CHEPA —Bailemos (ISAURA Y YOLA TAMBIÉN SE LEVANTAN, DESGANADAS. LAS TRES PAREJAS SE ACOMODAN Y BAILAN UNA ESPECIE DE VALS CUANDO EMPIEZA LA CANCIÓN)

RENATO —¡Cante la canción del vendaval!... ¿Se acuerda?
(REBECA RÍE)

REBECA —(CANTA) Échale chicha a los vasos,
que caiga en la mesa,
que empiece a correr,
que habiendo una güena niña,
y una güena mesa,
¡qué dicha y placer!
Se oye el rugir
de un vendaval

naide se atreva a salir de aquí
con este temporal. (NICOLASA Y RENATO APLAUDEN)

NICOLASA —Muy bonito.

RENATO —Muy sentido, Ñatita, muy sentido.

NICOLASA —Ahora estarán mejor.

NICOLÁS y GRACIANO —(ENOJADOS) ¡Chis! Claro, ¡poh!

YOLA —(DECIDIDA). Oiga, mamá, acérquese pa este lao, que tenemos que aclarar una custión.

REBECA —(REZONGANDO) ¡Mnnnnnnnnnnnnnn!... Güeno... (A RENATO). Estas niñas, por Dios, están alzás con las visitas. (SE APARTAN NUEVAMENTE, MIENTRAS CHEPA CUENTA ALGO QUE DOÑA NICOLASA, RENATO Y LOS TRES HERMANOS, ESCUCHAN ATENTAMENTE)

YOLA —Oiga, oña Rebequita, no sea malita, pues. ¿Qué no hay manera 'e que los casemos las tres?

REBECA —Claro, las tres lindas encantás de la vida y una, la lesa, fondiá, aquí, sola como deo.

YOLA —No, yo digo, usté y losotras dos. La Chepa no se casa, por la guagua.

REBECA —Ah, yo no sé na. Yo no abro la boca. Y no me llamen de nuevo, que no pienso en venir. (SE APARTA DE ISAURA Y YOLA Y SE ACERCA AL GRUPO)

YOLA —Esta vieja no se ha de salir con la suya. Entre perder al Graciano así, con la boca cerrá, prefiero perderlo pe-liando.

ISAURA —(SUJETÁNDOLA DE UN BRAZO). Oye, espérate. ¿Y si los cabros nos dejan plantás a toas, qué vamo a hacer? Más que seguro que la vieja nos echa a patás de aquí.

YOLA —Prefiero pedir limosna a quedarme con ella, viéndola regodearse con su Renato.

ISAURA —Pero, ¿y la Chepa? Acuérdate 'e la guagua y que no tiene aónde caerse muerta.

YOLA —Too lo que tengo se lo doy. Además que ella no está metía en el boche, no tiene por qué echarla. Pero yo callá no me queo.

ISAURA —Güeno, habla no más, que yo te sigo.

YOLA —(ACERCÁNDOSE A GRACIANO, DESAFIANTE). Si es porque creís que somos primos que no los podemos casar, podís estar tranquilo, Graciano. No somos ni parientes.

GRACIANO —(SONRIENDO) Claro, si yo ya sabía ya.

YOLA —¿Cómo sabíai?

GRACIANO —La Chepita los contó.

REBECA —(LEVANTÁNDOSE FURIOSA). ¿Qué les contó esta mosca muerta?

GRACIANO —Que son hijas adoptivas, pues.

REBECA —¿Hijas adoptivas? ¡Claro, pues! Adoptivas son.

RENATO —Un gesto muy noble de tu parte, Natita, adoptar a estas niñas, realmente has cambiado mucho, como decías endenantes. Estoy orgulloso de usté.

NICOLÁS —(A ISAURA) ¿Así que no tenimo ningún impedimento? (ISAURA LO ABRAZA)

YOLA —Chepita quería, nunca te vamo a poder pagar lo que habís hecho por losotra.

ISAURA —(ABRAZANDO A CHEPA). Una hermana 'e verdá serís pa mí.

YOLA —Y losotra, las lesas, toas aproblemás, sin asunto.

CHEPA —(SONRIE TRISTEMENTE). Quiero verlas casás yo.

ISAURA —Un altar te merecís por esto, Chepita 'e mi alma.

RENATO —(LEVANTÁNDOSE). Y... ¿Y no les gustaría que yo fuera su papá adoptivo?

REBECA —(DICHOSA, ABRAZÁNDOLO). ¡Renatito!

RENATO —¿Cómo no va a participar uno de tanta alegría, pues?

YOLA —¡Güen día éste, en que hei encontrao paire, maire, hermanas... ¡y novio!

ISAURA —¿No estaremos soñando?

YOLA —Pareciera que sí, pero estamos requetecontra despiertas.

NICOLASA —(LEVANTÁNDOSE). ¿Y no habrá peligro 'e que se casen entre primos adoptivos? (SE SIENTA ENTRE LA PROTESTA GENERAL).

NICOLÁS —No, poh, ñora, ¿no ve que no somos ni parientes?

GRACIANO —Entonce mañana los casamos y los vamos.

YOLA —Como mande su mercé, pues.

RENATO —(SE LEVANTA. DOÑA REBECA HACE CALLAR A TODOS, FRE-
NÉTICAMENTE, RENATO TOSE). En estos momentos en que me
embarga la emoción, digamos, quiero expresar mi sincero
sentimiento de alegría, digamos, al ver reunida en esta
mesa, a los pies del majestuoso volcán Villarrica, digamos, a
esta feliz familia. (APLAUSOS). Tomo la palabra —el vino me
lo voy a tomar más rato— (RÍE CON SU CHISTE) para brindar
porque vuestra y nuestra felicidad sean tan eternas, como
eternas son las glorias de nuestro querido Chile. (APLAU-
SOS). Por eso es que, digamos... ¡Digamos salú, entonces!

REBECA —(SE LEVANTA Y LO ABRAZA) ¡Natito!

TODOS —¡Salú! (BEBEN ENTRE RISAS Y COMENTARIOS)

REBECA —Y la Chepita, ¿qué va a hacer?

CHEPA —Aquí me queo yo.

GILBERTO —Güen dar que es bien porfiá, ¿no? ¿Y se va a quear
solita esperando?

CHEPA —Sí.

GILBERTO —¿No quiere que la acompañe?

CHEPA —Usté se tiene que golver a su tierra.

GILBERTO —Pero si usté quiere, yo me queo... (LOS OTROS LAN-
ZAN RISUEÑAS EXCLAMACIONES ANTE ESTA DECLARACIÓN)

REBECA —¡Uy, mírenlo!

RENATO —¡Ah, diablo!

GILBERTO —¡Como amigos, no más! (RISAS)

YOLA —¡Sí, seguro!

REBECA —¡No le vayamos a creer, no más!

ISAURA —Dile, mejor, Chepa.

YOLA —Es mejor.

ISAURA —¡Dile, oh! (CHEPA SE LEVANTA, TOMANDO A GILBERTO DE
LA MANO)

CHEPA —Gilberto... (SE ESCUCHA UNA RISA ESTRIDENTE Y ENTRAN
TRES HOMBRES CON UNA MUJER DESGREÑADA; MUERTA DE LA RISA,

TODOS ESTÁN MEDIO BORRACHOS, ESPECIALMENTE MAURO, UN HOMBRE CORPULENTO CON CASACA DE CUERO, SUS COMPAÑEROS SON: BAUDILIO, UN CAMPESINO GORDO; TELMO, UN MUCHACHO JOVEN Y FLACO Y MIRTA, LA MUJER, QUE TIENE EL TRAJE MANCHADO CON VINO Y EL PELO REVUELTO).

REBECA —¡Me recondenara!

BAUDILIO —Güenas noches, misiá Rebequita, aquí venimos a regolverla, otra vez.

REBECA —(LEVANTÁNDOSE, SIÚTICA). Se van a tener que dirse pa otro lao, porque nosotra cerramo el negocio.

TELMO —¿Ah? ¿Cuándo?

REBECA —Recién lo cerramo.

BAUDILIO —¿Y cómo tiene la puerta abierta, las luces prendías y las niñas en pie?

REBECA —Así será, pero ya no vamo a atender más público.

BAUDILIO —Ah, entonce no importa, porque losotros somos como de la casa ya, poh. (SE SIENTA, JUNTANDO DOS MESAS)

REBECA —No, oiga, espérensen... (DON RENATO LA DETIENE, TRANQUILIZÁNDOLA)

BAUDILIO —(A MIRTA, QUE SE HA SENTADO ENTRE MAURO Y TELMO). ¡Chitas qu'erei mala, flaquita ¡Siéntese aquí, con su gorrito monono!

MIRTA —(A GRITOS). ¿Ah? ¿Qué querís, oh?

TELMO —¡Hay que ver que está triste esto! ¿Que se le murió alguien, oña Rebeca? (MIRTA SE RÍE FUERTE)

MAURO —¡Güendar que son poco amables con los ajuerinos por estos laos! (A CHEPA). Oiga, m'hijita rica, tráigase dos metros cuairaos de pirse, pa empezar. (A SUS AMIGOS) ¿Ustees han tomao marta corpuesta?

TELMO —No, ¿cómo es esa cuestión?

MAURO —Se corpone de una botella'ējuerte y una marta. Se reguerve too eso y se sirve.

MIRTA —¡Chitas! Eso ha de ser como pa parar las chalas di'un viaje, ¿ah?

CHEPA —(SE LEVANTA). ¿Voy, oña Rebeca?

REBECA —Como siempre, no más.

MIRTA —¡Chitas la güevona fruncía. (TRATA DE LEVANTAR A MAURO).

REBECA —¡Ih! ¡Váyanse, hei dicho!

RENATO —¿Que no oyeron a la señora? ¡Vayan saliendo!

BAUDILIO —(AL PÚBLICO). Tan curaos como piojos, eso ha de ser. (A REBECA). Ya, poh, no se hagan de rogar. Traíganse la chupeta.

MAURO —(HAN CONSEGUIDO PONERLO DE PIE). Al medio picaero que me jueron a traer. ¡Puchas la fiesta julera!... No hay pirse.

RENATO —¡Ya! ¡Saliendo, les dijeron!

MAURO —Oiga, iñor, ¿cree que va a venir a gritarlos, aquí, porque anda con la terná entera?... ¿Quiere pelea?

TELMO —¿Quiere pelea el viejo?

REBECA —El caballero es aministraor de la luz eléctrica, pa que sepan.

MIRTA —¡Ay, la media cosa! ¡Pa lo bien que ha andao su porquería'e luh!

MAURO —Vaya a sentarse, mejor, iñor, ¿quiere? (TRATA DE PEGARLE UN PUÑETAZO SIN ÉXITO Y CAE AL SUELO, MIENTRAS SUS AMIGOS LO RECOGEN, CON GRAN DIFICULTAD CAYENDO ELLOS, A SU VEZ, RENATO Y REBECA SE RETIRAN DIGNAMENTE. TELMO SE LANZA SOBRE ELLOS. GILBERTO LO DETIENE Y LO EMPUJA HACIA EL FONDO. TELMO TOMA A ISAURA DE LA CINTURA)

TELMO —Venga p'acá, cosita rica. Vamo hacer tutito.

ISAURA —(TRATA DE SOLTARSE) ¡Quítame las manos d'encima, baboso!

NICOLÁS —(SEPARÁNDOLOS DE UN EMPUJÓN). Ya, suelte, si no quiere que le deje el hocico como charqui.

TELMO —¿Y quién le tiró maní a este mono?

ISAURA —Es mi novio, pa que sepa.

TELMO —¿Tu novio? (Ríe) ¡Que yo sepa, es el primer casorio que se hace en casa'e puta! (RIEN A GRITOS. NICOLÁS SORPRENDIDO, MIRA A ISAURA)

ISAURA —(EMPUJA Y PATEA A TELMO). ¡Ya, váyanse! ¡Váyanse, les digo!

BAUDILIO —(MIRANDO A DOÑA NICOLASA). ¿Y esto qué es? ¿Que se trajo una niña nuea, misiá Rebeca? Ta güena la cabra. Medio porfiaíta'e cara, no más... ¿Por qué está amurrá, m'hijita? ¿Que ha visto una mala cara?

NICOLASA —¡Claro, la tuya! Ya, te juiste mojón por l'agua. (LE PEGA UN PUÑETAZO A BAUDILIO, QUE CAE SOBRE MAURO)

MIRTA —(SUBIÉNDOSE A UNA SILLA). ¡Se está animando la fiesta, mi alma!

MAURO —Momento, ¿ah? Momento... momento... ¿Y las pirse? ¿No hay pirse? ¿Cómo va ser eso? (MIENTRAS LEVANTAN A BAUDILIO, MAURO SE ACERCA A LA MESA DE DOÑA NICOLASA). Mire, señora, tengo sed, ¿por qué no es güenita y me trae una pirse, ¿ah? (BAUDILIO TOMA LA GUITARRA DE YOLA)

BAUDILIO —Güeno, ya que no hay trago, bailoteo no te ha de faltar. Mauro, saca una niña a bailar, que yo te pongo la música. (TOCA LA GUITARRA)

YOLA —¡Mi guitarra!

MAURO —(A CHEPA). ¿Tai apená porque estoy tan lejo? Me acerco, entonce. (SACA A BAILAR A CHEPA Y TELMO SACA A BAILAR A YOLA. LOS HERMANOS TRATAN DE IMPEDIRLO, PERO ELLAS PARA EVITAR UNA PELEA LOS TRANQUILIZAN Y BAILAN)

MIRTA —¡Chitas que está güena la payasá! ¡Y a mí me dejan botá! Pero yo sentá no me queo. (AGARRA DE UN BRAZO A RENATO Y LO ARRASTRA A LA PISTA DE BAILE. REBECA SE LE VA ENCIMA Y RUEDAN POR EL SUELO, PELEANDO, SE FORMA UNA CRITERÍA ESPANTOSA. LOS TRES HERMANOS Y RENATO PELEAN CON LOS TRES HOMBRES MIENTRAS MIRTA SE REVUELCA CON DOÑA REBECA Y LAS DEMÁS MUJERES GRITAN Y TRATAN DE AYUDAR. TELMO LE VA A PEGAR UN PUÑETAZO A RENATO)

RENATO (ASUSTADO). ¡Aro, aro, aro! (LA PELEA SE DETIENE. TODOS TOMAN UN VASO DE VINO)

TODOS —¡Salú! (BEBEN. RECUPERAN SUS POSICIONES ANTERIORES)

RENATO —¡No hay primera sin segunda! (RECIBE EL PUÑETAZO

DE TELMO. LA CONFUSIÓN ES INMENSA. LAS MESAS CAEN Y LA PELEA VA EN AUMENTO. AL FINAL SALEN LOS BORRACHOS EN RETIRADA, PERSEGUIDOS POR GRACIANO, GILBERTO Y NICOLÁS. VUELVEN Y GILBERTO CAE DESMAYADO AL SUELO)

CHEPA —(CORRIENDO HACIA ÉL) ¡Gilbertito!

NICOLASA —Con la tranca le pegó el degenerao. Bótenle toitos los dientes a ese baulaque.

NICOLÁS y GRACIANO —¡Ya! (SALEN CORRIENDO)

NICOLASA —(VA HACIA REBECA Y GOLPEA EN LA MESA. REBECA, QUE ESTÁ SEMIDESMAYADA, SE DESPIERTA, ASUSTADA). ¿Qué otra cosa ibai a tener vos, sino una chingana? Poco me importa lo que hayai hecho, pero si algo le pasa al Gilberto, te destrippo como a una gallina.

YOLA —(LLORANDO). ¡Justo los jue a pasar esto hoy día, delante'e los chiquillos!

NICOLASA —¡Las hijas adoptivas!

CHEPA —Páseme un vaso'e chicha, oña Nicolasa.

NICOLASA —¡La botaron toa!

CHEPA —¡Trae agua'e la casa, Yola (YOLA SALE CORRIENDO) (CHEPA ACARICIA LA FRENTE DE GILBERTO, QUE ESTÁ INCONSCIENTE)

Sana, sana,

potito'e rana

si no sana hoy

sanará mañana

y si no la otra semana.

¡Te llevo un atao'e velas, virgencita linda, si no le pasa na!

NICOLASA —No se preocupe por éste, que tiene la cabeza más dura que pieira'e molino.

CHEPA —¡Yola, apúrate con el agua. (VUELVE YOLA CON UN VASO DE AGUA QUE ENTREGA A CHEPA. CHEPA LE DA DE BEBER A GILBERTO)

REBECA —(LEVANTÁNDOSE REPENTINAMENTE). ¿Y el Renato? ¿Dónde está? (LLORA) ¡Se dio cuenta que ésta era una casa'e remolienda y se mandó cambiar!... ¡Ay, mi ñatito querío! ¡Sola pa siempre me voy a quear!

NICOLASA —¡Por lesa te pasa!

REBECA —(LLORANDO, AL PÚBLICO) ¿Y qué voy a hacer ahora?

ISAURA —(AL PÚBLICO). Si el Nico me deja botá, aquí mismito meto los deo en un enchufe.

YOLA —(AL PÚBLICO). Yo tamién. (LAS TRES LLORAN)

GILBERTO —(VOLVIENDO EN SÍ). ¿Qué pasó, por la flauta? ¿Que entró en erupción el volcán, de nuevo?

CHEPA —No. Es que le pegaron un trancazo a la pasá. ¿Ta bien ahora?

GILBERTO —Con usté al lado, ¿de qué otro modo hei de estar?

CHEPA —¿Por qué dice eso?

GILBERTO —Usté sabe.

CHEPA —¿Que me quiere toavía?

GILBERTO —¿Y cómo no la voy a querer a usté?

CHEPA —¿Que no oyó too lo que dijeron? ¿No entendió en lo que trabajo yo?

GILBERTO —Sí entendí. Pero sus razones tendría. Yo no soy quién pa criticarla. Un amigo, no más.

CHEPA —¿Y si juera mi novio?

GILBERTO —Distinto sería, entonces. Porque los casaríamos y los iríamos de aquí.

CHEPA —¿De veras?

GILBERTO —¡Claro!

CHEPA —Es que la cosa es mucho más complicá toavía. Yo tengo una guagua.

GILBERTO —Pero si allá arriba hay comía pa toos, ese no es problema.

CHEPA —Si yo no hablaba'e la comía. No entendió usté. Tengo una guagua. Es mía. Yo la tuve.

GILBERTO —Si entendí, pero es que el problema no lo veo. (A DOÑA NICOLASA). ¡Oiga, ñora! que es complicá la gente'el pueulo, ¿ah? En vez de hacer las cosas a la pata'e la llana, se ponen a difariar y a buscarle el cuesco a la breva. (A CHEPA). No se complique, si es re fácil. Si me quiere, listo el pescao... Si no me quiere, entonces... ei no hay na que hacerle.

CHEPA —Yo lo quiero hartazo a usté, Gilberto.

GILBERTO —¿Sí? ¿Ve que es facilito? Los vamos con guagua y too pa arriba.

CHEPA —Cuando usté diga, no más. (SE ABRAZAN. ENTRA NICOLÁS SEGUIDO POR GRACIANO)

NICOLÁS —A ese que te pegó le dejamos la jeta como bolsa'e papas.

GRACIANO —(A DOÑA NICOLASA). Oiga, ñora, mañana tempranito las emplumamos para la casa, que mucho adelanto habrá aquí, mucha luh eléutrica, pero la gente es tan torcía que toos parecen hijos de primo hermano.

YOLA —(PONIÉNDOSE A LLORAR, OTRA VEZ). ¿Qué te dije yo? ¡Ya no me quiere más!

NICOLÁS —Entretenía estuvo la rosca, pero a la ciudá no güelvo ni amarrao yo.

GRACIANO —Ya, poh, Yola, déjate de llorar, que no es pa tanto. Anda a hacer tus bultos, que vamos a salir de alba.

YOLA —(CON LOS OJOS MUY ABIERTOS). ¿Ah?

GRACIANO —¡Que vamos a salir de alba, oh!

YOLA —¿Me vai a llevar?

GRACIANO —¿Que querís que te deje aquí, después de esta tremenda gresca? Ni que estuviera malo'e la cabeza.

NICOLÁS —Vos también, Isaura.

ISAURA —Sí, mi amorcito. Acompáñenlos, será mejor, que andamos espirituás. (ISAURA Y YOLA SALEN RIENDO Y EMPUJÁNDOSE CON NICOLÁS Y GRACIANO)

CHEPA —(A GILBERTO). Venga a acostarse. Durmiendo se le va a pasar too.

GILBERTO —Si estoy bien yo.

NICOLASA —Haz lo que te dice tu mujer, vos, y no aleguís.

CHEPA —Puede dormir en mi cama. Yo tengo que juntar mis pilchas.

GILBERTO —Yo la ayudo. (LA PAREJA SALE CON DOÑA NICOLASA. REBECA QUEDA SOLA GIMOTEANDO, EMPIEZA A ORDENAR LAS SILLAS)

REBECA —¿Aónde te juiste, Ñatito querío? ¿Aónde estai?

RENATO —(APARECE TAMBALEÁNDOSE, DETRÁS DE UNA MESA VOLCADA). ¡Ay! ¡Ayayaycito!

REBECA —(CORRE HACIA ÉL). ¡Renatito!

RENATO —¡Me dejaron molío estos infelices! ¡Ay!

REBECA —(LE ACERCA UNA SILLA). Siéntate aquí, Ñatito. (RENATO SE SIENTA, QUEJÁNDOSE) ¿Me podrís perdonar algún día, Renato? (RENATO SE ARREGLA LA ROPA) ¿Por qué no me hablaí? Tai enojao conmigo... Tenís toa la razón. En libertá estai de irte, Renato, como si no hubiera pasao na. (MIRADA FURIOSA DE RENATO). Ahora sabís como son las coñas y no te puedo engañar.

RENATO —¿Y pa esto me dejaste botao, hace veinte años? ¿Pa venirme a este pueblucho y dedicarte a esto?

REBECA —No te dejé botao.

RENATO —¡Claro que sí! ¿Y pa qué? Pa terminar en esto, peor que basura.

REBECA —(EXALTÁNDOSE POCO A POCO). Paré que tenís mala memoria o no querís acordarte. Me jui porque te queríai casar con otra. Claro, yo estaba güena como amiga, no más, no pa mujer. Tener su casa, sus chiquillos, y yo fon-diá en otro lao, esperando que al caballero se le frunciera irme a ver, una vez a la semana. ¡Seguro que te iba a estar aguantando! Malos ratos hei pasao, rascándomelas con mis uñas, por culpa tuya, así que no tenís na que echarme en cara.

RENATO —¿Y preferiste esto a estar conmigo? ¿Que no te daba too lo que me pedíaí? Cualquiera otra se habría dao con una piedra en el pecho.

REBECA —¡Claro, más que fijo!

RENATO —Hartas que habían dispuestas.

REBECA —¿Y cómo te jue con ellas? ¿Bien?

RENATO —Bien me fue.

REBECA —¡Seguro! Cuando no te queará un piazó'e cabeza aonde no te hayan puesto un cacho.

RENATO —Tú, sobre todo, que hai andao con un ciento.

REBECA —Con mil, y tan tranquila.

RENATO —¡Pa lo que te han querío!

REBECA —Más que tú me querían, por si querís saberlo. Y más de una vez a la semana venían a verme. Gente alegre y de una cara.

RENATO —¡Como los que acaban de venir!

REBECA —¡Peores y mejores! Pero toos: pan, pan, vino, vino. Ni uno pechoño y colijunto como vos.

RENATO —No, si se ve que a ti te gustaban de otra laya.

REBECA —Claro, porque siempre juiste doble, como güen beato.

RENATO —A ver, a ver, eso sí que no se lo aguanto. ¿Cuándo te dije algo que no fuera cierto?

REBECA —Toos, toos los días.

RENATO —¿Qué cosa, a ver?

REBECA —(DESPUÉS DE UNA LIGERA PAUSA). Que me queríai más que a na en el mundo.

RENATO —(SE TURBA. SILENCIO). Era cierto. Hasta una casa te había comprao mejor que ésta.

REBECA —Yo no quería una casa.

RENATO —Cuando te juiste... me di cuenta. A la otra la dejé plantá.

REBECA —No te creo.

RENATO —Te salí a buscar por todas partes.

REBECA —Veinte años te demoraste en encontrarme.

RENATO —Pero te encontré.

REBECA —Por casualidad.

RENATO —Pero estoy aquí.

REBECA —Pero muerto'e vergüenza de estar en una casa e mala fama, y tratándome pior que a un perro. Y una, la güena lesa, ¡Hay que ver!, acordándose de él a cada rato.

RENATO —¿Sí? (LE TOMA LA MANO Y LE MIRA LA MUÑECA EN LA QUE DOÑA REBECA TIENE UNA PULSERA)... Tenís la pulsera toavía.

REBECA —Nunca más me la voy a sacar, te dije. Y nunca me la hei sacao.

RENATO —En eso me habís sio fiel, siquiera.

REBECA —En eso y en el amor que te tenía.

RENATO —Con otras he andao, pero ninguna como tú.

REBECA —Lo mismo digo yo. Na'e lo que dije es cierto.

RENATO —No, si es verdá. Pero no sacamos na con pelear.

Ahora no nos vamos a separar.

REBECA —Así es. Tenemos que olvidarnos de too y empezar de nuevo. Como que nos juéramos conociendo.

RENATO —(LE DA LA MANO). Mucho gusto de conocerla.

REBECA —(CON SENCILLEZ CASI TRISTEMENTE). Mucho gusto.

RENATO —Renato Sepúlveda, para servirla.

APAGÓN

SEGUNDO CUADRO

EL MISMO DECORADO DEL PRIMER CUADRO DEL PRIMER ACTO. ENTRA GRACIANO, CARGADO DE CANASTOS Y SEGUIDO POR YOLA.

GRACIANO —(DETENIÉNDOSE Y MIRANDO HACIA ATRÁS). Chitas, esta ñora ya se nos queó atrás de nuevo. (GRITA). ¡Apúrele, ñora!

YOLA —¡No seai irreverente con tu maire! ¿Que no veís que viene cargá?

GRACIANO —Si no es la carga lo que la sujeta, son ganas de golverse al pueulo pa encontrar marío. Capacito que le dé la indiá y se los degüelva. ¡Ñoraaaa, apúrele!

YOLA —(SE DECIDE A DEJAR SU MALETA EN EL SUELO) Ni se divisa. Mejor que se degolviera, digo yo.

GRACIANO —¿Por qué, cuando ella era la más apurá en partir?

YOLA —Yo decía no más.

GRACIANO —Sola no va a quear nunca con ustees, ahora.

YOLA —Si acompañá va a estar, pero ella querría tener su caballero, también pa pasar las tardes en gusto. Pa mí que el don Renato le gustaba y no se consuela de haberlo perdío.

GRACIANO —¿Tú creís? (ENTRA GILBERTO QUE TRAE VARIOS CANASTOS. DETRÁS DE ÉL ENTRA CHEPA CON UN NIÑO DE MESES EN BRAZOS)

YOLA —¿Y la Isaura?

CHEPA —(RIENDO). Ei viene la porfiá, sufriendo.

GILBERTO —Paré que quieren alcanzarnos, pero no hay caso.

YOLA —(A CHEPA). ¿Y el cabro?

CHEPA —Fresco como lechuga viene el diablo.

GILBERTO —¡Cómo no ha de estar, cuando viene tan re bien ubicao!

GRACIANO —Allá vienen.

YOLA —¡La lesa'e la Isaura, como viene al trote! ¡Que no le dije! Pero no hizo caso.

GILBERTO —Los quieren alcanzar.

GRACIANO —Apurémole, entonces, pa que se dé por vencía.

YOLA —¡Apurémolo! (RÁPIDAMENTE TOMAN SUS PAQUETES Y BULTOS. SE DETIENEN UN MOMENTO PARA ECHAR UNA ÚLTIMA MIRADA AL PUEBLO Y SALEN RIENDO. POR EL OTRO LADO ENTRA NICOLÁS, CUBIERTO DE PAQUETES Y MÁS ATRÁS, CASI CORRIENDO Y A DURAS PENAS, ISAURA, CON SUS ZAPATOS DE TACO ALTO)

NICOLÁS —¡Apúrele! ¡Un poquito más y los alcanzamos!

ISAURA —¡Ay! No tan ligero, Niquito.

NICOLÁS —Si voy despacio yo.

ISAURA —Espérate que se me salió un zapato. ¿Vis? Es que dai los trancos muy largos. Por cada uno que dai, yo tengo que dar dos. ¡Oye, aguaita el volcán! Medio colorao lo veo.

NICOLÁS —Ta igual que siempre.

ISAURA —¿Y ese humo?

NICOLÁS —Son nubes, no más.

ISAURA —¿Tai seguro?

NICOLÁS —(IMPACIENTE) ¡Por la! ¿Cómo no voy a saber? Que si juera erución me dejaría botao.

ISAURA —¡Se le ocurre, m'hijito! ¡Los iríamos los dos corriendo pa abajo, pa salvarnos!

NICOLÁS —¿Corriendo?... ¿Con esos zapatos?

ISAURA —¡Ay, mis deítos! ¿Ve, m'hijito? Pa qué me acordó'e los zapatos. Ayayay, sentémolo un ratito, que ya no siento los pieses.

NICOLÁS —Es que ei sí que no los vamo a alcanzar renunca.

ISAURA —Paré que no sirvieran los tacos pa el camino éste...

NICOLÁS —Paré que no.

ISAURA —¡Hay que ver que me aprietan! (SE SACA EL OTRO ZAPATO Y SE SIENTA, SUSPIRANDO DE ALIVIO) Aaaahh...

NICOLÁS —(MIRÁNDOLE LOS PIES Y LOS ZAPATOS). ¿Y cómo le ca-
bían ei dentro?

ISAURA —Empujando un poquito. La Chepa me ayudaba a
ponérmelos. (NICOLÁS COGE LOS ZAPATOS Y LOS ARROJA LEJOS).
¡Ay, m'hijito! ¿Qué es lo que hizo? Me voy a tener que ir
a pata pelá.

NICOLÁS —Cuando haigan pieiras, la llevo en brazos.

ISAURA —(LLORIQUEANDO). De Osorno me llegaron, encargaos
especiales pa mí... Tan re bonitos que eran. Un poquito
apretaos, no más... ¿Cierto que me va a llevar en brazos?

NICOLÁS —Y ayer, ¿que no me dijo que iba a subir el volcán a
pata pelá, detrás mío?

ISAURA —Eso lo dijo la Yola. Yo dije que lo iba a seguir hasta
la otra vida, no más.

NICOLÁS —Güeno, poh, si es lo mismo.

ISAURA —(PARÁNDOSE FRENTE A ÉL, MUY CERCA). ¿Y no me encuen-
tra muy chica?

NICOLÁS —(SONRIE). No.

ISAURA —(SE MIRA LOS PIES). A pata pelá, como cuando era chi-
ca. (SONRIE). Güeno, si usté lo hizo es que es pa mejor.
Ahora vamos a alcanzarlos y a pasarlos. Vamo a ser los pri-
meros en llegar arriba, vai a ver. (ENTRA DOÑA NICOLASA CON
UN ENORME ATADO DE CALAS). ¿Quiere que le ayude con las
flores, suegra?

NICOLASA —¡No me digai suegra, como si estuviéramos peliás,
mujer!

ISAURA —Güeno, oña Nicolasa.

NICOLASA —Ni oña Nicolasa tampoco, como si no me conocie-
rai. Tu maire soy ahora.

ISAURA —Güeno, mamá.

NICOLASA —Eso sí. Y después me podrís decir agüela, que eso
es lo que quiero ser de ahora en adelante, la agüela Nico-
lasa, ¿entendió?

ISAURA —Sí, mamá.

NICOLASA —¿Y en qu' están?

NICOLÁS —Ya nos vamos yendo. (ISAURA SE SUBE AL APA DE NICOLÁS Y SALEN. DESDE FUERA GRITA NICOLÁS) ¡Con almuerzo hecho la esperamos en el aserraero, ñora!

NICOLASA —¡Que no cocine el baulaque'e tu hermano Graciano, que hace puras mazamorras! Pa eso tienen mujeres ahora.

NICOLÁS —(DESDE AFUERA). ¡Hasta más rato, ñora!

NICOLASA—Ñora... ñora... (DE REPENTE SE RÍE SOLA, SUAVEMENTE)
¡Cómo te 'starís riendo de mí, Abelino, que en esta salagarda 'e casorios me hei quedao mirando! Será que a caa chanco le toca su San Martín, y yo ya te tuve a vos. Pior es mascar lauchas... Orgullosos 'e tus hijos tenís qu'estar, Abelino, que se han portao como te habríai portao vos... ¿Que las niñas han tenío sus amores?... (SE ENCOGE DE HOM-BROS). Yo también los tuve, y aperraos. Pero cuando te encontré... ¿Te acordai, Abelino? Too se golvío pura risa y canto y chiquillos... Es güeno golverse pa'arriba, otra vez, aunque sea sola. (MIRA HACIA EL PUEBLO). Triste ha 'e ser la vía en los pueulos, cuando la gente es tan re complicá y enreosa. Cosa que se dice la toman p'al otro lao. Lo qu'es losotro siempre jue pan, pan, vino, vino. Por eso será que no te hei orvidao... Pa que veai, ya ni me acuerdo quién jue el paire'el Nicolás, pero de vos me acuerdo, Abelino, que aunque nunca los casamos por las leyes, 'tamos tan requetecontra casaos, ¡que ni abajo 'e la tierra te hei de dejar tranquilo, verís! (SUSPIRA) ¡Te llevo el atao'e calas más grande que se ha visto por estos laos! No te podís quejar, Abelino, tu vieja se acuerda'e vos, ¡no te podís quejar! (SALE)

TELÓN

Tres obras de teatro

Principales montajes de cada una de las tres obras
incluidas en este volumen

INGENUAS PALOMAS

Estrenada el 12 de abril de 1989 en el Teatro *Galpón de Los Leones*, bajo la dirección de Alejandro Sieveking, con escenografía de Sergio Zapata, iluminación de Bernardo Trumper y vestuario de Marco Correa.

REPARTO

AMELIA	Kerry Keller
ANTONIETA	Anita Klesky
LEONTINA	Bélgica Castro
LORETO	Claudia Celedón
GABRIEL	Paulo Ausensi

TRES TRISTES TIGRES

Estrenada el 30 de junio de 1967 en el Teatro *Talía*, bajo la dirección de Nelson Villagra, en una producción del grupo *El Cabildo*.

REPARTO

RUDI	Jaime Vadell
ALICIA	Delfina Guzmán
TITO	Luis Alarcón
AMANDA	Shenda Román

El montaje realizado en el Teatro *Conventillo II* inició su temporada el 1 de octubre de 1987 bajo la dirección de Gustavo Meza.

REPARTO

RUDI	Jaime Azócar
ALICIA	Nancy Paulsen
TITO	Víctor Rojas
AMANDA	Schlomit Baytelman

LA REMOLIENDA

Se estrenó el 8 de octubre de 1965 en el Teatro *Antonio Varas*, en un montaje del ITUCH (Instituto del Teatro de la Universidad de Chile), bajo la dirección de Víctor Jara, con escenografía y trajes de Bruna Contreras.

El año 1981 se presentó en el Teatro *Del Ángel* bajo la dirección de Héctor Noguera y escenografía de Luz María Sotomayor, en un montaje del grupo *Los Comediantes*.

Una producción del Teatro Itinerante del Ministerio de Educación ofreció la obra en abril de 1988 en el Teatro *Camilo Henríquez*, bajo la dirección de Alejandro Sieveking, con escenografía de Sergio Zapata.

El montaje de 1965 contó con música de Víctor Jara.

REPARTO DE 1965

DOÑA NICOLASA	Bélgica Castro
NICOLÁS	Mario Lorca
GRACIANO	Juan Katevas
GILBERTO	Lucho Barahona
DOÑA REBECA	Carmen Bunster
YOLA	Kerry Keller
CHEPA	Sonia Mena
RENATO SEPÚLVEDA	Tennyson Ferrada
MAURO	Tomás Vidiella
MIRTA	María Castiglione
BAUDILO	Jorge Boudon
TELMO	Eduardo Barril

REPARTO DE 1981

DOÑA NICOLASA	Ana González
NICOLÁS	Jorge Gajardo
GRACIANO	Oscar Hernández
GILBERTO	Alberto Vega
DOÑA REBECA	Gabriela Medina
YOLA	Mónica Carrasco
CHEPA	María Izquierdo
RENATO SEPÚLVEDA	Fernando Farías
MAURO	Rolando Pulgar
MIRTA	Teresita Reyes
BAUDILO	Víctor Mix
TELMO	—

REPARTO DE 1988

DOÑA NICOLASA	Bélgica Castro
NICOLÁS	Osvaldo Salom
GRACIANO	René Silva
GILBERTO	Fernando Muñoz
DOÑA REBECA	M. Angélica Arcos
YOLA	Soledad Gutiérrez
CHEPA	Sandra Mesz
RENATO SEPÚLVEDA	Fernando Berríos
MAURO	Alejandro Sieveking
MIRTA	Sara Henríquez
BAUDILO	Alberto Pérez
TELMO	Carlos Concha

De la Colección
EL MUNDO DE LAS LETRAS

Ánimas de día claro y otras obras de teatro
Alejandro Sieveking

Antología Poética de Vicente Huidobro
Vicente Huidobro

Antología de Cuentos Hispanoamericanos
Mario Rodríguez Fernández

Cuentos. Oscar Wilde
Oscar Wilde

De sueños azules y contrasueños
Elicura Chihuailaf

El roto
Joaquín Edwards Bello

El burlador de Sevilla
Tirso de Molina

El mercader de Venecia
William Shakespeare

Invitación a comer. Cicatrices
Egon Wolff

Fábulas
Robert Louis Stevenson

La Amortajada
María Luisa Bombal

La Celestina
Fernando de Rojas

Mama Rosa
Fernando Debesa

Niebla
Miguel de Unamuno

Poema de Mio Cid
Versión moderna de *Cedomil Goic*

Romeo y Julieta
William Shakespeare

BIBLIOTECA NACIONAL

28 JUL 2006

DEPOSITO LEGAL

SECC. CHILENA